

Fernando Fernán Gómez

**LAS BICICLETAS
SON PARA EL VERANO**



En el verano de 1936 estalla la Guerra Civil. En la ciudad de Madrid, la familia formada por don Luis, su esposa Dolores y sus hijos, Manolita y Luisito, comparten la cotidianidad de la guerra con la criada y los vecinos del edificio. Luisito, a pesar de haber sido suspendido, quiere que su padre le compre una bicicleta. Pero la situación va a obligar a postergar la compra. Y el retraso, como la propia guerra, durará mucho más de lo esperado. El marido de Manolita muere a causa de una bomba, lo cual causa una gran desolación a la familia.

Con el telón de fondo de la Historia, *Las bicicletas son para el verano* presenta y representa la vida de un grupo de personas en el contexto de la guerra civil española. Su pretensión no es la de construir una tragedia o un drama desde el punto de vista de la épica, sino algo sencillo y cotidiano, donde las situaciones límite no lo parezcan. El dramaturgo pone ante nuestros ojos las repercusiones de la guerra en un microcosmos integrado por seres frágiles, indefensos, dueños tan sólo de un destino incierto.



Fernando Fernán Gómez

Las bicicletas son para el verano

ePub r1.0

Ledo & P3lμdμ5 23.10.13

Título original: *Las bicicletas son para el verano*

Fernando Fernán Gómez, 1984

Retoque de portada: Ledo & P3lμdμ5

Editores digitales: Ledo & P3lμdμ5

ePub base r1.0

más libros en espaebook.com

*A EMMA,
compañera de mi mejor verano.*

Estrenada en el Teatro Español de Madrid, el 24 de abril de 1982, con el siguiente reparto:

REPARTO

DON LUIS	Agustín González
DOÑA DOLORES	Berta Riaza
LUIS	Gerardo Garrido
MANOLITA	Enriqueta Carballeira
MARÍA	Pilar Bayona
PABLO	Alberto Delgado
DOÑA ANTONIA	María Luisa Ponte
DOÑA MARCELA	Mari Carmen Prendes
ANSELMO	Fernando Sansegundo
PEDRO	Juan Polanco
JULIO	José María Muñoz
BASILIO	Antonio Álvarez Cano
CHARITO	Margarita Miguelatiez
DOÑA MARÍA LUISA	María Jesús Hoyos
AMBROSIO	Julián Argudo
DON SIMÓN	Francisco Ruiz
MALULI	Sandra Sutherland
ROSA	Mar Díez
LAURA	Concha Martínez
JOSEFA	Antonia Calderón
VECINO	José Gómez

VECINA I
VECINA 2

María Molero
Ana Guerrero

Estenografía: JAVIER NAVARRO.
Dirección: JOSÉ CARLOS PLAZA

PRIMERA PARTE

PRÓLOGO

Campo muy cerca —casi dentro— de la ciudad. Cae de plano el sol sobre los desmontes, sobre las zonas arboladas y los edificios a medio construir. Se oye el canto de los pájaros y los motores y las bocinas de los escasos coches que van hacia las afueras.

(Por las carreteras sin asfaltar, por los bosquecillos y las zonas de yerba, pasean dos chicos como de catorce años, PABLO y LUIS. Llevan pantalones bombachos y camisas veraniegas).

PABLO: Me ha dicho Ángel García que a él le ha gustado un rato. Es de guerra, ¿sabes?

LUIS: Ya, ya lo sé.

PABLO: A mí son las que más me gustan.

LUIS: ¿Vas con tus padres?

PABLO: Sí, como todos los domingos. Se han empeñado en ir al Proye.

LUIS: Pero ahí echan *Vuelan mis canciones*.

PABLO: Claro, por eso. Me han mandado a las once a la cola, pero yo he sacado las entradas para el Bilbao. Luego les digo que en el Proye ya no quedaban, y listo.^[1]

LUIS: Se van a cabrear.

PABLO: Sobre todo mi madre. Las de guerra no las aguanta.

LUIS: La mía tampoco. Le gustan sólo las de amor.

PABLO: ¿Tú cuál vas a ver?

LUIS: Yo, *Rebelión a bordo*, de Clark Gable.

PABLO: Todavía no la he visto. Debe de ser de piratas.

LUIS: Sí; a mí, por las fotos, eso me ha parecido.

PABLO: ¿Vas con Arturo Romera?

LUIS: Sí. Vienen también Ángel García y Socuéllamos.

PABLO: ¿Y Charito y Coca van a ir con vosotros?

LUIS: No las han dejado en sus casas.

PABLO: Os habrán dicho eso. Seguro que se van con los del Instituto Escuela.

LUIS: (*Con un falsísimo encogimiento de hombros trata de simular indiferencia*). Bueno.

PABLO: Ayer estuvimos en el Ojo del Lagarto y estaban allí con ellos.^[2]

LUIS: Sí. Van todas las tardes. (*Quizá para cortar la conversación, se deja caer por un pequeño terraplén al que han llegado. PABLO le sigue*). ¿Y novelas de guerra has leído? Yo tengo una estupenda.

PABLO: ¿Cómo se llama?

LUIS: *El tanque número 13*. Si quieres, te la presto.

PABLO: A mí no me gusta leer novelas. El cine, sí. En el cine lo ves todo. En cambio, en las novelas no ves nada. Todo tienes que imaginártelo.

LUIS: Pero es como si lo estuvieras viendo.

PABLO: ¡Qué va! Y, además, son mucho más largas. En el cine en una hora pasan la mar de cosas. Coges una novela, y en una semana no la acabas. Son un tostonazo.

LUIS: Pues yo en una novela larga, de las que tiene mi padre, tardo dos días. Bueno, ahora en verano, que no hay colegio. Y me pasa lo contrario que a ti: lo veo todo. Lo mismo que en el cine.

PABLO: No es lo mismo.

LUIS: Pero bueno, tú, cuando lees novelas verdes, ¿no ves a las mujeres?

PABLO: Bueno..., me parece que las veo. Pero ¡joder, si hubiera cine verde!

LUIS: ¿Y no te crees que las cosas que cuentan en esas novelas te están

pasando a ti?

PABLO: Sí, pero eso es otra cosa.

LUIS: Es igual. Yo, ahora mismo, me acuerdo de *El tanque número 13* y puedo ver aquí los combates.

PABLO: ¿Aquí?

LUIS: Sí, esto podría ser un buen campo de batalla. En aquel bosquecillo está emboscada la infantería. Por la explanada avanzan los tanques. Los tanques y la infantería son alemanes. Y allí, en aquella casa que están construyendo, se han parapetado los franceses.

PABLO: Aquello va a ser el Hospital Clínico.

LUIS: Ya, ya lo sé.

PABLO: También habría nidos de ametralladoras.

LUIS: Sí, aquí, donde estamos nosotros. Un nido de ametralladoras de los franceses. (*Gatean hasta la elevación por la que se han dejado caer. Imitan las ametralladoras*) Ta-ta-ta-ta...

PABLO: Ta-ta-ta-ta...

LUIS: Primero avanzan los tanques. Es para preparar el ataque de la infantería... Alguno vuela por los aires, despanzurrado... ¿No lo ves?

(*PABLO le mira, sorprendido*).

LUIS: Aquel de allí... Es porque todo este campo está minado por los franceses... ¡Dispara, dispara, Pablo, que ya sale la infantería del bosquecillo! ¡Ta-ta-ta! ¡Ta-ta-ta!

PABLO: (*Que se ha quedado mirando fijamente a LUIS*). ¡Pero bueno, tú estás chalado perdido!

LUIS: (*Suspende su ardor combativo*). Hombre, no vayas a pensar que todo esto me lo creo.

PABLO: Pues lo parece.

LUIS: No es eso. Lo que quería explicarte es que si leo una novela de guerra, pues lo veo todo... Y luego, si salgo al campo, lo vuelvo a ver. Aquí

veo a los soldados de *El tanque número 13* y de *Sin novedad en el frente*, que también la he leído. Y lo mismo me pasa con las del Oeste o las policíacas, no te creas...^[3]

(Por la expresión de PABLO se entiende que no tiene muy buena opinión del estado mental de su amigo).

LUIS: *(Se ha quedado un momento en silencio, contemplando el campo).*
¿Te imaginas que aquí hubiera una guerra de verdad?

PABLO: Pero ¿dónde te crees que estás? ¿En Abisinia? ¡Aquí qué va a haber una guerra!^[4]

LUIS: Bueno, pero se puede pensar.

PABLO: Aquí no puede haber guerra por muchas razones.

LUIS: ¿Por cuáles?

PABLO: Pues porque para una guerra hace falta mucho campo o el desierto, como en Abisinia, para hacer trincheras. Y aquí no se puede porque estamos en Madrid, en una ciudad. En las ciudades no puede haber batallas.

LUIS: Sí, es verdad.

PABLO: Y, además, está muy lejos la frontera. ¿Con quién podía España tener una guerra? ¿Con los franceses? ¿Con los portugueses? Pues fíjate, primero que lleguen hasta aquí, la guerra se ha acabado.

LUIS: Hombre, yo decía suponiendo que este sitio estuviera en otra parte, que no fuera la Ciudad Universitaria, ¿comprendes? Que estuviera, por ejemplo, cerca de los Pirineos.^[5]

PABLO: ¡Ah!, eso sí. Pero mientras este sitio esté aquí es imposible que haya una guerra.

LUIS: Sí, claro. Tienes razón.

(PABLO y LUIS se levantan, se sacuden el polvo de sus pantalones bombachos y siguen su paseo).

PABLO: Ahora, algunos domingos, podré ir al cine con vosotros. Mis padres se van de veraneo.

LUIS: ¿Y tú no vas?

PABLO: Este año, no. Se han llevado sólo a mis hermanos mayores, a Jerónimo y a Salvador. Como me cargaron en tres, al bato se le ha metido en la chola que me quede aquí empollando.

LUIS: ¿Tú, solo en la casa?

PABLO: Se han quedado también mi hermana, que la han suspendido en dos, y la criada.

LUIS: Nosotros no nos vamos de veraneo hasta agosto.

PABLO: Y ¿adónde vais?

LUIS: A La Almunia, en Aragón. Tenemos familia. Vamos todos los años.

PABLO: ¿Cómo lo pasas?

LUIS: Bien. Tengo un primo, Anselmo; es mayor que yo, pero lo paso muy bien con él. Y también tengo amigos de los otros años.

(Siguen paseando).

CUADRO I

Espacioso comedor en casa de DOÑA DOLORES. Es una casa modesta, pero muy cuidada y, se podría decir, adornada. No es la casa de un obrero, sino la de alguien que se cree de la clase media. Entra muy buena luz por los dos balcones, que dan a una calle ancha. Es verano y hace mucho calor en la casa.

(Suena el timbre de la puerta. La criada, MARÍA, rostro bobalicón y carnes apretadas y bien dispuestas, va a abrir. Ruido de la puerta al abrirse y cerrarse. Rumor de voces. Vuelve a cruzar la criada).

MARÍA: ¡Señora, es doña Antonia! *(Y desaparece en dirección a la cocina).*

(Entra en el comedor la recién llegada, DOÑA ANTONIA, una mujer menuda, gris y lacia. Tiene alrededor de cincuenta años. Se oye la VOZ DE DOÑA DOLORES).

VOZ DE DOÑA DOLORES: ¡Hola, doña Antonia! ¿Necesita usted algo?

(Llega al comedor DOÑA DOLORES, la señora de la casa. Es aproximadamente de la misma edad que DOÑA ANTONIA, pero más frescachona, más decidida o más despierta).

DOÑA ANTONIA: No, hoy no. Buenos días, Dolores. Bueno, la verdad es

que sí. Necesito charlar un poco, porque toda la mañana encerrada en la cocina, no hay quien lo aguante.

DOÑA DOLORES: Pues siéntese, siéntese...

DOÑA ANTONIA: Muchas gracias... (*Se sienta*). Porque ya tengo la casa hecha, y los chicos han salido. ¿Qué ha puesto usted hoy?

DOÑA DOLORES: Cocido, como siempre. ¿Qué quiere usted que ponga? Antes comíamos arroz con pollo los domingos, pero no están los tiempos para florituras.

DOÑA ANTONIA: Pues usted no puede quejarse, doña Dolores, que otros andamos peor. Yo, la verdad, me veo y me deseo para dar de comer a estos hijos.

DOÑA DOLORES: ¡Ah!, por cierto, ya le he dicho a mi marido lo de su chico, de Julio.

DOÑA ANTONIA: No sabe cuánto se lo agradezco.

DOÑA DOLORES: Me ha dicho que preguntará en la oficina a ver si quieren alguno nuevo, pero que él no lo puede decidir.

DOÑA ANTONIA: No creo que sea fácil. Hay mucho paro ahora para encontrar un puesto así, de buenas a primeras.

(DOÑA DOLORES va al aparador).

DOÑA DOLORES: ¿Unas galletitas?

DOÑA ANTONIA: Sí, una. Muchas gracias.

DOÑA DOLORES: (*Acercando a la mesa un plato con galletas María*). ¿Se lo ha dicho usted a don Ambrosio?

DOÑA ANTONIA: Sí, claro que se lo dije. Y ¿qué va a contestar? Que hará todo lo que pueda. Pero no sé, no sé... (*No ve fácil la gestión de don Ambrosio, pero se ilusiona imaginando un resultado favorable*). Entrar en un banco, fíjese usted... ¡aunque fuera de botones! Es tener el porvenir asegurado. Pero ¡la de recomendaciones que deben de hacer falta para eso!

DOÑA DOLORES: Me figuro que sí. (*Se ha sentado también a la mesa*).

DOÑA ANTONIA: Y todo esto para colocar al mayor, que luego me queda Pedrito.

DOÑA DOLORES: Pero Pedrito es todavía un niño.

DOÑA ANTONIA: (*No está conforme con la apreciación de DOÑA DOLORES*).
¡Mujer!

DOÑA DOLORES: Quiero decir que aún no ha hecho el servicio.

DOÑA ANTONIA: Bueno, ni el otro.

DOÑA DOLORES: Ya, ya me acuerdo. El mayor se libra por hijo de viuda.

DOÑA ANTONIA: Sí. Ya ve usted: no hay mal que por bien no venga.

DOÑA DOLORES: ¡Y que lo diga usted! Ahí tiene a mi Manolita. Yo quería que entrase en un comercio para que trajese dinero a casa y ayudara a su padre...

DOÑA ANTONIA: (*Interrumpiéndola*). Pero su marido, en lo de los vinos, cobra un buen sueldo. Y tiene dietas y comisiones.

DOÑA DOLORES: Sí, desde luego. Pero nada es bastante. Bien lo sabe usted.

DOÑA ANTONIA: Qué me va usted a decir.

DOÑA DOLORES: (*Volviendo al tema anterior*). Pero a ella, a Manolita, se le metió en la cabeza lo de la Cultura General, que nos costaba un disparate la academia, y, mire usted por dónde, profesora. ¿Quiere usted que tomemos un anís? (*Se levanta y va al aparador*).

DOÑA ANTONIA: ¿Por qué no? Un día es un día.

DOÑA DOLORES: (*Saca una botella de anís y, con dos copitas, vuelve hacia la mesa*). No tiene fama, pero Luis dice que es mejor que «Las Cadenas». Es de las Bodegas.

DOÑA ANTONIA: Ya, ya sé.

DOÑA DOLORES: (*Sirviendo el anís*). Si se queda de profesora le pagarán muy poco. Pero algo es algo. Aunque no sea más que para el sueldo de la criada.

DOÑA ANTONIA: ¡Ay, si pudiera yo tener, por lo menos, una asistenta...! Pero, de verdad se lo digo, con lo que me queda del traspaso de la mercería y

la viudedad, es que no llego a fin de mes, ¡que no llego! Por más que tire de la cuerda, no llego.

DOÑA DOLORES: Yo que usted, no habría traspasado la tienda. ¡Tener un comercio, ahí es nada! ¡Qué seguridad!

DOÑA ANTONIA: (*Mueve la cabeza compasivamente, como si su vecina fuese un pozo de ignorancia*). Allí la hubiera querido yo ver, doña Dolores. Los chicos no podían ayudarme, porque una mercería no es trabajo de hombres. Como no iba a atender el trabajo yo sola, necesitaba una empleada... (*Se acerca a la vecina para hacerle enérgicamente —con la escasa energía de que ella es capaz— una confidencia*). Todas eran unas ladronas.

(*DOÑA DOLORES asiente, conocedora del mundo*).

DOÑA ANTONIA: Había que pagar el alquiler, los impuestos, la limpieza, el sereno... Además, estaba en la otra punta de Madrid. Tenía que ir y venir cuatro veces al día.

DOÑA DOLORES: Es verdad, que me dijo usted que no tenía vivienda.

DOÑA ANTONIA: ¡Qué iba a tener! Yo pensé en mudarme. Pero este piso cualquiera lo deja.

DOÑA DOLORES: El piso de usted es una ganga.

DOÑA ANTONIA: Por eso lo digo... Es muy pequeño, pero para lo que ha quedado de la familia...

DOÑA DOLORES: Yo oí una vez que cuanto más pequeña es la casa, más grandes son las cosas.

DOÑA ANTONIA: ¿Qué cosas?

DOÑA DOLORES: Mujer, es un dicho.

DOÑA ANTONIA: ¡Ah! (*Y vuelve a lo suyo*). ¿Sabe usted lo que no me gusta de mi piso?

DOÑA DOLORES: Que no tiene luz.

DOÑA ANTONIA: (*Se asombra*). Me lo ha adivinado.

DOÑA DOLORES: (*Divertida*). No, mujer. Si es que ya me lo había dicho.

DOÑA ANTONIA: No me extraña, porque lo digo siempre. En el patio da la luz de diez a once, y se acabó. Luego, ya lo sabe usted: un túnel. Cada vez que entro aquí, en su casa, me da una envidia... (*Se levanta y va hacia uno de los balcones*). Estos balcones a la calle...

DOÑA DOLORES: Mujer, pero pagamos el doble.

DOÑA ANTONIA: Bueno, no tanto.

DOÑA DOLORES: Casi, casi. Que cada primero de mes, cuando sube Braulio con el recibo, de verdad, me da un vuelco el corazón.

DOÑA ANTONIA: Pero ustedes pueden pagarlo. (*Se vuelve a sentar*).

DOÑA DOLORES: Sí, a duras penas, y porque a mi marido le dieron lo de las comisiones, que si no... Con su permiso, doña Antonia, voy a ir poniendo la mesa.

DOÑA ANTONIA: Yo la ayudo.

(Van las dos al aparador. Sacan el mantel, los cubiertos, los platos... Lo van poniendo todo en la mesa).

DOÑA ANTONIA: Mire, doña Dolores, sólo ver a su hijo Luisito estudiando en esa mesa que tiene, con aquella luz...

DOÑA DOLORES: Pues con esa mesa que tiene y con aquella luz le han suspendido en Física.

DOÑA ANTONIA: Y ahora, ¿qué? ¿Aprovecha el verano para estudiar?

DOÑA DOLORES: ¡Qué va a estudiar! Se pasa el día leyendo novelas.

DOÑA ANTONIA: Tiene mucha vida por delante.

(Suena el timbre de la puerta).

DOÑA DOLORES: Mi hija Manolita.

(Cruza, hacia la puerta, la criada).

MARÍA: Debe de ser la señorita.

(Ruido de la puerta al abrirse y al cerrarse).

DOÑA ANTONIA: Yo me voy a ir, doña Dolores, que también mis chicos estarán al caer.

VOZ DE MANOLITA: ¡Hola! *(Entra MANOLITA, una chica corriente, más bien mona)*. Hola, mamá. *(Le da un beso)*. ¿Cómo está, doña Antonia?

DOÑA ANTONIA: Tirando, hija, tirando. Bueno, doña Dolores, hasta luego o hasta mañana.

MANOLITA: *(En tono ligero)*. ¿Se va usted porque vengo yo?

DOÑA ANTONIA: No, hija, si ya me estaba despidiendo. *(Sale. DOÑA DOLORES la acompaña)*. No salga, doña Dolores, no se moleste.

DOÑA DOLORES: Pero, mujer, si no es molestia.

(Sigue poniendo la mesa MANOLITA. Se acerca MARÍA, la criada).

MARÍA: Déjeme que la ayude, señorita. ¿Buenas noticias?

MANOLITA: Sí, ya ha salido la foto. Esta mañana.

MARÍA: ¿Esta mañana? ¿Me la deja usted ver?

MANOLITA: Pero ¿estás loca, María? No lo he traído a casa.

MARÍA: ¡Ah, claro!

(Vuelve a entrar DOÑA DOLORES. Se dirige a la criada).

DOÑA DOLORES: Tú vete a preparar el escabeche. Nosotras acabamos esto.

(Se marcha la criada).

MANOLITA: Casi seguro que me dejan fija.

DOÑA DOLORES: ¿No tenías que estar un mes a prueba?

(Suena el timbre de la puerta).

DOÑA DOLORES: Ahí está tu hermano.

MANOLITA: Ya han pasado quince días.

(La criada vuelve a cruzar para abrir).

MANOLITA: Me acabo de encontrar a Juan, el ordenanza, que es el que allí lo sabe todo, y me ha dicho que don Alejandro, el director, está muy contento conmigo.

(Entra LUIS, el hijo. Da al pasar un beso a su madre y otro a su hermana).

LUIS: Hola, mamá. Hola.

DOÑA DOLORES: ¡Ay!, hija, no sabes lo bien que eso nos vendría.

MANOLITA: Pero no te hagas ilusiones, mamá. Es una miseria lo que dan. Trescientas pesetas.

DOÑA DOLORES: Pues con trescientas pesetas hay mucho que hacer. Lo de la chica, algo para ayuda de la casa, y todavía te quedará algo para tus cosas.

LUIS: Y a mí se me podrán aumentar las cuatro pesetas de la semana.

DOÑA DOLORES: Tu hermana no tiene por qué darte nada.

MANOLITA: Nos reuniremos en consejo de familia, a ver si podemos llegar al duro.

DOÑA DOLORES: *(Suspende lo que estaba haciendo, para abrazar y besar a su hija).* ¡Ay, Manolita, qué orgullosa estoy!

MANOLITA: Bueno, mamá, no creas que tienes una hija catedrático. Yo allí no hago más que dictar y corregir las faltas.

DOÑA DOLORES: Sí, anda, quítate méritos. Está lleno Madrid de señoritas

y señoronas que no hacen nada. Ni coser ni guisar saben.

MANOLITA: Eso no quita para que este trabajo sea una tontería. Pero, claro... *(Se acerca a donde está LUIS)* ... como al niño hay que pagarle el Bachillerato y luego la carrera de Comercio, tenemos que apenar los demás con lo que sea.

(Insinúa una caricia a su hermano, que se ha sentado a leer una novela, pero éste la aparta bruscamente).

LUIS: Pues por mí... Yo no quiero estudiar, ya lo sabes.

MANOLITA: *(Sonriente)*. No seas tonto, si lo digo en broma.

LUIS: Pero a lo mejor lo piensas en serio. *(Ahora es él el que bromea)*. Si quieres, tú estudias una carrera, y me compras trajes a mí para que haga una buena boda.

DOÑA DOLORES: *(Finge escandalizarse, pero le hacen gracia siempre las salidas de su hijo)*. ¡Pero qué disparates dices! Parecen las aleluyas del mundo al revés.

MANOLITA: Por nada del mundo estudiaría yo una carrera. ¡Vaya un tostonazo!

DOÑA DOLORES: No te gusta estudiar, no te gusta la casa...

MANOLITA: Tengo otras aspiraciones.

DOÑA DOLORES: ¿Cuáles?

MANOLITA: Las que yo me sé.

DOÑA DOLORES: ¡Ay, qué hijos! Vivís los dos en las nubes. Pero ya os dará la vida un trastazo y caeréis a la tierra.

MANOLITA: No seas agorera, mamá.

(DOÑA DOLORES se asoma a la puerta y llama).

DOÑA DOLORES: ¡María!

VOZ DE MARÍA: ¿Qué, señora?

DOÑA DOLORES: ¿Quedan huevos?

MARÍA: (*Entrando en este momento*). Claro. Hay una docena.

DOÑA DOLORES: Saca seis. Voy a hacer natillas. Hoy tenemos fiesta. Manolita está empleada.

(La criada va hacia la cocina. Ha sonado la llave en la cerradura, y en el parquet del pasillo los pasos del padre).

DON LUIS: (*Entrando*). Hola.

DOÑA DOLORES: Huy, qué cara traes... ¿Te ha pasado algo?

(DON LUIS, el cabeza de familia, viene con la chaqueta al brazo, sudoroso, el cuello desabrochado. Gasta tirantes).

DON LUIS: ¿Qué cara quieres que traiga? No sabéis cómo está Madrid. ¡Y el puñetero periódico! (*Arroja un periódico, el «Ahora»^[6], sobre la mesa. Se cae un vaso, que DOÑA DOLORES se apresura a colocar en su sitio*). No abre uno una página en la que no haya un muerto, un incendio... Yo no sé dónde va a parar la situación.

DOÑA DOLORES: Bueno, pero a vosotros no os afecta.

DON LUIS: ¿A qué nosotros?

DOÑA DOLORES: A las Bodegas.

DON LUIS: A las Bodegas, no. En este país si las cosas van bien, se bebe vino, y si van mal, se bebe más. Pero esto acabará afectándonos a todos. ¿Te acuerdas de Revenga, el dueño de los restoranes?

DOÑA DOLORES: Sí, que estuvo en la cena que dio tu jefe. Muy simpático.

DON LUIS: Bueno, pues a su hijo, dieciocho años, le han atado a un árbol, han hecho una hoguera debajo y le han quemado las piernas hasta las rodillas. En el hospital está.

DOÑA DOLORES: ¡Dios santo! ¿Y quiénes han sido?

DON LUIS: ¡Yo qué sé! Los comunistas, dicen. Y ahí lo tienes, en primera

página: ayer, cuando salía de su casa, han asesinado a tiros a un guardia.

DOÑA DOLORES: Pero ¿quién, Dios mío, quién?

DON LUIS: Los de Falange, parece. Anda, dame el vaso.

DOÑA DOLORES: Pues ya ves lo que son las cosas, aquí estábamos tan contentos... Va a ser mejor no salir de casa.

DON LUIS: (*Se estaba descalzando para airear sus pies, pero interrumpe la maniobra*). Si quieres, me hago notario.

DOÑA DOLORES: ¡No seas tonto!

DON LUIS: Y ¿por qué estabais contentos? ¿Por ignorancia?

DOÑA DOLORES: No, por lo del empleo de tu hija. Hay buenas impresiones. Don Alejandro, el director de la academia, lo ha dicho.

DON LUIS: Si no se cargan a ese don Alejandro un día de éstos...

MANOLITA: ¡Ay, papá, te pareces a mamá!

DON LUIS: Perdona, hija. Me alegro, me alegro de que se te arreglen las cosas. Yo sé que a ti te gusta ser libre, defenderte por ti misma, y me parece muy bien.

DOÑA DOLORES: Sí, métele esas ideas en la cabeza.

DON LUIS: Ya las tiene ella. En fin, no todo habían de ser desgracias.

DOÑA DOLORES: Voy a preparar las natillas. (*Va a salir, pero se detiene al hablar su marido*).

DON LUIS: Ah, una cosa. Escucha, que se me olvidó ayer. Todo lo contrario a lo de Manolita: pregunté en la oficina lo del chico memo de la pelma de la vecina, y me dijeron que es imposible.

DOÑA DOLORES: Si lo has planteado así, no me extraña.

DON LUIS: No, mujer. Esto del memo y la pelma queda entre nosotros.

DOÑA DOLORES: Yo pensé que como, en realidad, eres tú quien lleva la oficina, algo podrías hacer.

DON LUIS: Sí, soy el que lleva la oficina, pero hay otro que no hace nada y no lleva nada, pero que se lo lleva todo y es el que manda, ya lo sabes.

DOÑA DOLORES: El marquesito.

DON LUIS: Sí, y el marquesito dice que estamos en pleno verano y hay

menos trabajo. Que nos bastamos Oñate, yo y el botones. Que, de meter un hombre más, lo pensará cuando llegue el otoño.

DOÑA DOLORES: ¡Ah!

DON LUIS: Claro, mujer. Ahora no puede pensar, porque se va de veraneo.

DOÑA DOLORES: Pobre doña Antonia. Se va a llevar un disgusto.

DON LUIS: Lo comprendo. Porque estar todo el día en casa viendo al memo...

DOÑA DOLORES: ¡Cállate, Luis!

(Ha entrado MARÍA y está haciendo algo en la mesa).

DON LUIS: Yo, por lo menos, me he librado de tenerle en la mesa de enfrente a todas horas.

DOÑA DOLORES: No me gusta que hables así de los vecinos.

DON LUIS: Pero, mujer, si lo hago por hacerte rabiar.

MARÍA: Pues don Luis tiene razón. Ese chico es medio tonto.

DOÑA DOLORES: ¡Cierra la boca tú y vete a cascar los huevos!

(MARÍA se marcha a la cocina. Al mismo tiempo habla con cierta timidez, que se le pasa pronto, LUIS).

LUIS: Oye, papá...

DON LUIS: ¿Qué?

LUIS: Lo de la bicicleta.

DON LUIS: ¿Qué pasa con la bicicleta?

LUIS: Que a mí... lo de la bicicleta... me parece injusto.

DON LUIS: ¿Ah, sí?

DOÑA DOLORES: Pero ¿qué dices, Luisito?

MANOLITA: ¡Anda, que al niño le ha hecho la boca un fraile!

LUIS: *(Se vuelve, enfadado, hacia su hermana).* ¡Déjame hablar!

(Sin replicar MANOLITA sale del comedor).

DON LUIS: Habla.

LUIS: Yo la bicicleta la quiero para el verano.

DON LUIS: Pues el año que viene también tiene verano.

LUIS: Sí, ya... Tú siempre tienes una respuesta. Pero como todos los chicos de mi panda tienen bicicleta, yo no puedo ir con mi panda.

DON LUIS: Yo no sé cuál será tu panda. Pero los padres de las pandas que yo veo en esta calle no creo que tengan mucho dinero para bicicletas.

LUIS: No son tan caras. Y con los plazos que yo te he conseguido...

DOÑA DOLORES: ¿Qué hablas tú de plazos?

LUIS: Claro. Como papá tiene empleo fijo, se la dan a plazos. No es como Aguilar, que como su padre está eventual la tendría que pagar al contado. Además... *(Habla ahora a su padre)* ... tú me dijiste que no era por el dinero. Es porque me han suspendido en Física.

DON LUIS: Desde luego. Eso ya estaba hablado. Cuando apruebes, tienes bicicleta. Es el acuerdo a que llegamos, ¿no?

LUIS: Sí, pero yo no me había dado cuenta de lo del verano. Las bicicletas son para el verano.

DON LUIS: Y los aprobados son para la primavera.

LUIS: Pero estos exámenes han sido políticos.

DON LUIS: ¿Ah, sí?

LUIS: Claro; todo el mundo lo sabe.

DON LUIS: *(Cogiendo el periódico, que sigue sobre la mesa).* Aquí no viene.

LUIS: *(Molesto; como reprendiendo a su padre).* Ya estás con tus cosas. Pero es verdad que han suspendido a muchos por cosas políticas.

DON LUIS: ¿En Bachillerato?

LUIS: Sí, en Bachillerato.

DON LUIS: ¿Y qué tiene que ver la Física con la política?

LUIS: Todo es política, papá.

DON LUIS: Sí, es verdad. Eso dicen.

LUIS: Tú sabes que mi colegio es muy de derechas.

DON LUIS: Bueno... Es un colegio normal... No es de curas...

LUIS: Ya; pero es de derechas. Don Aurelio, el director, es de Gil Robles^[7].

DON LUIS: Pues ha hecho un pan como unas hostias.

LUIS: Claro. Como en febrero, con las elecciones^[8], ha cambiado todo, a nuestro colegio le han mandado a examinarse a un instituto nuevo en el que todos los catedráticos son de izquierdas, en vez de mandarle como siempre al Cardenal Cisneros, donde don Aurelio untaba a los catedráticos..., y, claro, se han cebado.

DON LUIS: ¿Y por qué no me lo habías dicho?

LUIS: No sé... Porque hablamos poco... Pero es verdad. Con los de curas y con los de derechas, se han cebado. A Bermúdez, el primero de sexto, se le han cargado en Ética y Derecho por decir que el divorcio era inmoral... Y él no tenía la culpa: lo dice el libro.

DON LUIS: ¿Es un libro antiguo?

LUIS: Sí, del año pasado. Las elecciones han sido cuando ya los libros estaban hechos.

DON LUIS: ¿Y la Física?

LUIS: No, ésa no la han cambiado. Pero, ya te digo, se han cebado, se han cebado.

DOÑA DOLORES: ¿No son disculpas, Luisito? ¿Tú qué sabes de política?

DON LUIS: No, no, yo le creo... Y si es así, me parece que ha habido una injusticia. (*Se vuelve de nuevo hacia su hijo*). ¿Qué has pensado tú que podemos hacer?

LUIS: Pues digo yo que lo mismo es que si apruebo me compras la bicicleta, que si me compras la bicicleta, apruebo.

DON LUIS: La Lógica sí la has aprobado, ¿verdad?

LUIS: Sí, claro, ya lo sabes.

(Ha vuelto a entrar MANOLITA. Se ha cambiado de ropa. Ahora en vez de la de calle lleva una más usada, de andar por casa).

LUIS: Y yo me comprometo, ¿eh? Me comprometo a aprobar en septiembre si me compras la bicicleta.

DON LUIS: Tendrá que cambiar el Gobierno.

LUIS: No, en septiembre te aprueban. El Gobierno lo que quiere es fastidiar.

DON LUIS: *(De eso está convencidísimo)*. ¡Sí, eso ya! Entonces, tú lo que quieres es que hagamos un nuevo acuerdo.

LUIS: Sí.

DON LUIS: No me parece mal. Yo te compro la bicicleta, y tú te comprometes a aprobar.

LUIS: ¿Cuándo me la compras?

DON LUIS: Pues... no sé...

LUIS: ¿Mañana por la mañana?

DOÑA DOLORES: ¿Qué dices?

MANOLITA: ¡Huy, qué prisas!

DON LUIS: Pero, hijo... Yo trabajo a las mismas horas que están abiertas las tiendas. Habrá que esperar a ver si en las próximas elecciones cambian los horarios...

LUIS: *(Presa de una rabieta tremenda, interrumpe a su padre)*. ¿Ves? ¡Ya estás con tus cosas! *(Y se marcha del comedor)*.

DOÑA DOLORES: *(Va hacia la puerta y habla desde allí)*. ¡Luisito! ¿Por qué contestas así a tu padre?

VOZ DE LUISITO: ¡Si no me he enfadado, mamá! ¡Es que es ya la una y media! ¡Se me ha hecho tarde!

DOÑA DOLORES: *(Desde la puerta)*. Pero ¿adónde vas a estas horas? ¡Estamos a punto de comer!

DON LUIS: Deja al chico. Está nervioso.

MANOLITA: Está en la edad del pavo.

VOZ DE LUIS: ¡Tengo que darle unos apuntes de Física a Pablo! ¡Vuelvo en seguida!

MANOLITA: (*Comenta, descreída, en voz alta*). ¿Qué apuntes serán esos?

(*Suena un portazo*).

DOÑA DOLORES: ¿Por qué lo dices?

MANOLITA: No sé. Olfato.

(*DON LUIS conecta la radio. Suena música*).

MANOLITA: (*Cambiando bruscamente de tema*). Tengo pretendientes, mamá.

DOÑA DOLORES: Ya me lo imagino.

DON LUIS: Cuando nos lo cuenta, es que es alguna guasa de las tuyas.

MANOLITA: ¿Es que crees que si fuera algo serio no os lo diría?

DON LUIS: Claro que no.

MANOLITA: Pues tienes razón. ¿Cómo lo has adivinado?

DON LUIS: Pero, hija, ¿tú crees que yo no he sido hijo?

MANOLITA: Tengo muchísimos. Pero hay uno que quiere pedir mi mano oficialmente.

DON LUIS: No me digas. ¿Con chaquet y con pastitas?

MANOLITA: Eso ya no lo sé, porque me parece que no es hombre de posibles. (*Simula una gran seriedad, aunque está muerta de risa por dentro*).

DOÑA DOLORES: Anda, anda, cuenta lo que sea, que estás reventando de risa.

MANOLITA: (*Se abalanza sobre su padre y le abraza, riendo*). ¡El memo, papá, el memo!

DON LUIS: ¿El vecino?

MANOLITA: Sí.

DON LUIS: Pero... ¿el mayor?

MANOLITA: (*Despectiva*). Hombre, claro. Si el otro es un niño de pecho.

DON LUIS: (*Que no tiene en mucho a DOÑA ANTONIA*). No sé de qué pecho.

DOÑA DOLORES: ¡Ay, qué cosas dices, Luis! (*Pero también se ríe de los vecinos*).

DON LUIS: Pero, entonces, ¿es ese que está sin empleo?

DOÑA DOLORES: Bueno, eso los dos.

DON LUIS: Pero uno de ellos tiene la justificación de la adolescencia; y ya se sabe que gente de su clase, en la adolescencia no trabaja: tienen que formarse. Pero el otro, que ya va camino de la ancianidad...

DOÑA DOLORES: Pero, Luis, si acaba de cumplir veinte años...

DON LUIS: Es que comiendo lo que se come en esa casa la ancianidad llega en seguida.

DOÑA DOLORES: Es un chico muy formal. Y su madre está muy contenta con él.

MANOLITA: Pues que se lo quede, mamá, que se lo quede.

DOÑA DOLORES: Pero ¿qué te ha dicho? Si es que puede saberse, claro.

DON LUIS: Mujer, eso son cosas de ellos.

MANOLITA: Cara a cara no me ha dicho nada... No se atreve.

DON LUIS: Ya me extrañaba a mí que tuviera tantos cojones.

DOÑA DOLORES: (*La frase le ha sonado como un escopetazo*). ¡Ay, Luis!

MANOLITA: Me ha escrito una carta. Y me pide relaciones, con mucho respeto. (*Vuelven a escapársele sonrisitas*). La debe de haber copiado de un librito de esos que venden en los quioscos... (*Se ríe ya más descaradamente*).

DON LUIS: Déjamela leer.

MANOLITA: (*Recobra en parte su seriedad*). No, papá. Estaría feo.

DOÑA DOLORES: Claro que estaría feo. ¡Pobre Julio!

DON LUIS: No, si yo no lo decía por reírme del chico, que no hace falta que me dé más motivos, ni por meterme en vidas ajenas, sino por mi afición a la literatura.

MANOLITA: Y me dice que hasta ahora no se había atrevido a decirme que yo le gustaba, pero que como ahora va a tener un empleo...

DON LUIS: (*Saltando*). ¡Anda coño, el empleo que le tengo que encontrar yo!

MANOLITA: (*Muerta de risa*). ¡Ese!

DOÑA DOLORES: (*Divertida también*). Todo se queda en casa.

DON LUIS: Pues oye, no es tan memo.

DOÑA DOLORES: Anda, para que veas.

DON LUIS: Claro; si le encuentro el empleo, caso a la niña, pensará él. Pensará él que voy a pensar yo. Bueno, chati, ¿así que tenemos boda?

MANOLITA: Pero ¿qué dices, papá? ¿Crees que estoy loca?

DOÑA DOLORES: No le hagas caso, hija, ¿no ves que en lo de hablar en plan de guasa sale a ti?

DON LUIS: (*Se acerca a su mujer*). ¡Hay que ver! Tanto hablar tú y yo por las noches, en la cama, de cuando se casaran los hijos y se fueran y nos dejaran en paz, con la casa para nosotros solos, para jugar, para achucharnos, para querernos de nuevo como antes... y ya ves, se casa con el vecino, y los tendremos siempre aquí. (*DON LUIS se hace gracia a sí mismo. Levanta la voz, se ríe mientras habla*). Aquí, quiero decir, ¿eh? ¡En la mesa, comiendo!

DOÑA DOLORES: No hables tan alto, Luis, que en esta casa se oye todo.

DON LUIS: Y el otro, Luisito, ¿cuándo crees tú que pide la mano de la hija de la portera?

DOÑA DOLORES: ¡Pero si la hija de la portera va a cumplir cuarenta años!

DON LUIS: Bueno, pero los niños de las casas siempre se enamoran de la hija de la portera.

DOÑA DOLORES: Afortunadamente, Luisito todavía no está en edad de pensar en esas cosas.

(*Ahora es MANOLITA quien suelta una carcajada*).

DOÑA DOLORES: (*Mira a su hija con perplejidad*). ¿De qué te ríes ahora?

DON LUIS: No te extrañes, Manolita; a las mujeres en cuanto dan a luz se les borran los recuerdos.

CUADRO II

Un parque. Quizá el pequeño parquecillo que hay ante el Museo de Ciencias Naturales. O el Parque del Oeste.

(En uno de sus bancos están sentados LUIS y CHARITO. CHARITO tiene en sus manos unas cuartillas que LUIS acaba de entregarle).

CHARITO: ¿Lo has escrito tú?

LUIS: Claro. Es una poesía. La he escrito para ti. Para que te la lleves al veraneo. Y si quieres, la lees de vez en cuando.

CHARITO: Bueno.

LUIS: Léela ahora.

(CHARITO va leyendo el papel con la mirada).

LUIS: No, pero en voz alta.

CHARITO: *(Empieza a leer lentamente)*. «Quiero estar siempre...». ¿Aquí qué dice?

LUIS: A tu lado.

CHARITO: No entiendo bien la letra. ¿Por qué no la lees tú la primera vez?

LUIS: Trae. *(Coge el papel y empieza a leer, aunque, en realidad, se la sabe casi de memoria)*. «Quiero estar siempre a tu lado, quiero a tu lado estar siempre, aunque se pasen las horas, aunque se vayan los trenes, aunque se acaben los días, y aunque se mueran los meses. Quiero estar frente a tus

ojos, *quiero a tu lado estar siempre*. Quiero estar frente a tus labios, *quiero estar frente a tus dientes*. La mariposa se va, *la mariposa no vuelve*. Sé como la golondrina *para que siempre regreses*, que los caminos del cielo / los encuentra y no los pierde». (*Deja de leer*). Ya está.

CHARITO: Es muy bonita. Qué bien escribes. Eres el que mejor escribe de quinto.

LUIS: ¿Te gusta de verdad?

CHARITO: Sí, de verdad. Y me gusta mucho que la hayas escrito para mí.

LUIS: ¿Te la quieres llevar?

CHARITO: Claro. (*Toma el papel y le echa una ojeada*). Sólo hay una cosa que no me gusta. Bueno, que me gusta menos.

LUIS: ¿Cuál?

CHARITO: Esto... (*Busca entre los renglones*). Esto de los dientes... Aquí: (*Lee*). «Quiero estar frente a tus dientes».

LUIS: Eso he tenido que ponerlo para que pegue. Es un romance. Y los romances tienen que tener ocho sílabas y rima asonante en los versos pares. Como he empezado por «siempre» tengo que seguir e-e, e-e, e-e. Por eso he puesto «dientes» en vez de «cara» o «pelo» o «cuerpo». Porque si no, no era un romance.

CHARITO: ¿Ah, no?

LUIS: Claro, Charito, ¿no te acuerdas?

CHARITO: No; la verdad es que eso nunca me entró.

LUIS: (*Vuelve a tomar el papel para ampliar sus explicaciones*). Y eso de aquí, lo de la mariposa, es que es un lepidóptero de vida efímera, o sea que vive sólo un día. Si se va, ya nunca vuelve. En cambio, la golondrina es un ave migratoria que aunque todos los años se marcha a países más cálidos, siempre vuelve a su nido.

CHARITO: Sí, eso sí lo sé.

LUIS: (*Habla titubeando y con cierta emoción*). Charito... antes de que te marches de veraneo... ¿podemos vernos otra vez?

CHARITO: Me marchó pasado mañana. Pero mañana, para despedirnos, hacemos una excursión en bicicleta a la Casa de Campo. Vienen Coca y los

otros. ¿Por qué no vienes tú también?

LUIS: Ya sabes que no tengo bicicleta. Como me han suspendido...

CHARITO: Pues la alquilas.

LUIS: No, alquilada no.

CHARITO: Huy, qué soberbia.

LUIS: Es que son muy malas. (*Pausa*). Y cuando vuelvas... ¿nos veremos? Como yo este año voy a ir al Instituto en vez de ir al colegio...

CHARITO: Si quieres, nos veremos por las tardes. Puedes ir a buscarme a la salida, y me acompañas a casa. (*Se levanta*). Es muy tarde.

LUIS: (*Se levanta también y le muestra el papel a CHARITO*). ¿Te la llevas?

CHARITO: Sí, trae. (*Coge el papel, lo dobla y se lo guarda*).

CUADRO III

Comedor en casa de DOÑA ANTONIA. Más pequeño que el de casa de DOÑA DOLORES. Muy lóbrego. Una única ventana que da a un patio algo oscuro.

(Julio, el hijo mayor, veinte años, está sentado, tristísimo. No es muy agraciado y usa gafas de miope. Tiene un ejemplar de «Cinegramas» en las manos. Pero no lo mira. Suena el ruido de la puerta al abrirse).

VOZ DE DOÑA ANTONIA: *(Muy alegre)*. ¡Julio, Julio, se ha arreglado lo de tu empleo! ¡Acaba de decírmelo don Ambrosio!

(Entra, muy excitada, DOÑA ANTONIA. Deja un paquete con bollitos sobre la mesa y va junto a su hijo).

DOÑA ANTONIA: Para lo del banco habrá que esperar, pero te ha encontrado un puesto en el bazar de un amigo. Y sin oposiciones ni nada. *(Contiene su entusiasmo ante la indiferencia de JULIO)*. Pero, hijo... ¿no te alegras?

JULIO: *(Se levanta y abraza a su madre)*. Sí, mamá. Y, además, te lo agradezco, porque lo has hecho todo tú. Yo sin ti, no sirvo para nada... *(Parece que el chico contiene el llanto)*.

DOÑA ANTONIA: Pero ¿qué dices, hijo? ¿Qué te pasa? A ti te ha pasado algo.

JULIO: No quería decírtelo... Pero, mira... (*Coge de la mesa el ejemplar de «Cinegramas» y se lo da a su madre, abierto por una página*).

DOÑA ANTONIA: ¿Qué es esto?

JULIO: Ahí, en esas fotos... (*Con cierta impaciencia*). Pero ¿no lo ves?

DOÑA ANTONIA: ¿Estas chicas?

JULIO: (*Señalando*). Ésa, Ésa de ahí... ¿No la conoces?

DOÑA ANTONIA: ¡Huy! Manolita, la vecina. Y, ¿por qué sale en el periódico?

JULIO: Es un concurso, un concurso para sacar artistas nuevas. Y Manolita se ha presentado, y ha mandado la foto. Quiere ser artista.

DOÑA ANTONIA: (*Escandalizada*). ¡Válgame Dios! Pero esa chica está loca. Seguro que sus padres no saben esto.

JULIO: Seguro que no. No lo sabe nadie. Lo ha hecho a escondidas. A mí, para que viera la foto, me ha dado el *Cinegramas*^[9] el hijo del panadero, que es un mala leche.

DOÑA ANTONIA: No hables así, Julito.

JULIO: Perdóname, mamá.

DOÑA ANTONIA: No pueden saberlo. Porque aunque don Luis es un golfo, eso no cabe duda, y por más que con nosotros disimule es republicano perdido y quién sabe si algo peor, doña Dolores es muy decente y muy sufrida, la pobre.

JULIO: (*Se deja caer de nuevo en la silla, abatidísimo*). ¡Ha sido ella sola, ella sola!

DOÑA ANTONIA: (*Sorprendida por la actitud de su hijo*). Pero, bueno, no es para que tú te pongas así. Cada uno hace de su capa un sayo.

JULIO: (*Titubea antes de hablar*). Es que... No te lo había dicho, pero... Íbamos a ser novios.

DOÑA ANTONIA: (*Se escandaliza mucho más que antes*). ¿Vosotros? ¿Manolita y tú? Pero ¿andas ya con novias, Julito? ¿Y sin decírmelo, sin decírselo a tu madre? (*Parece que el mundo se le viene abajo*). ¿Ese es el cariño que me tienes?

JULIO: No, mamá... Todavía no somos nada... Pero yo le he pedido relaciones. Y me ha dado esperanzas.

DOÑA ANTONIA: ¿Te ha dado esperanzas? ¿Esa zorra?

JULIO: ¡No la insultes, mamá! No me hagas sufrir. (*No puede evitar el llanto*). No me hagas sufrir.

DOÑA ANTONIA: (*Cambia de actitud ante el llanto de su hijo. Más tierna, más maternal*). No, hijo, no. No sufras por una tontería así.

(*Suena el timbre de la puerta*).

DOÑA ANTONIA: ¡Madre mía, deben de ser don Ambrosio y su señora, que les he dicho que entraran a tomar una copa para celebrar lo tuyo...! (*La pobre mujer está un poco perdida, no sabe adónde ir ni qué hacer*). He subido bollitos de tahona... Pero todavía no tengo el anís... (*Ha salido del comedor y ha ido a abrir la puerta. Se le oye gritar:*) ¡Es Pedrito!

VOZ DE PEDRO: Hola, mamá.

(*Entra PEDRO, el hermano pequeño, dieciocho años. Trae un periódico*).

PEDRO: Se han cargado a Calvo Sotelo^[10]. Anoche. (*Por el periódico*). Aquí no viene, pero ya lo sabe todo el mundo.

DOÑA ANTONIA: (*Interrumpiéndole*). Déjate ahora de esas cosas. Pues menudo disgusto tenemos aquí.

PEDRO: ¿Qué ha pasado?

DOÑA ANTONIA: Algo horrible, Pedrito, horrible.

PEDRO: ¿Más horrible que eso?

DOÑA ANTONIA: Tu hermano se ha hecho novio de la vecina. Y ella le ha pagado metiéndose a artista.

PEDRO: (*Sorprendidísimo*). ¿Quién? ¿Manolita, la vecina? ¿Artista?

DOÑA ANTONIA: Sí.

PEDRO: Pero ¿cómo se va a hacer artista así, de la noche a la mañana?

DOÑA ANTONIA: Pues ahí lo tienes. *(Por el «Cinegramas»)*. En ese periódico.

PEDRO: ¿Y dónde sale? ¿En el Martín^[11]? Porque me gustaría echarle un vistazo.

JULIO: ¡Qué imbécil eres!

DOÑA ANTONIA: *(Sin hacer caso a PEDRO)*. Y precisamente yo, ahora, tengo que invitarles.

JULIO: No, mamá. ¡No quiero verla, no quiero verla! *(Se levanta)*.

DOÑA ANTONIA: Pero, hijo, son nuestros vecinos. Les molestamos mucho. Don Luis se ha preocupado por ti. Además tengo que pedirle el anís a doña Dolores. Tranquilízale tú, Pedrito. *(Va hacia la puerta)*. Yo vuelvo ahora mismo.

(Suena el timbre de la puerta. DOÑA ANTONIA se detiene).

DOÑA ANTONIA: ¡Ay, Dios mío, don Ambrosio ya está aquí! *(Y no tiene más remedio que ir a abrir)*.

PEDRO: *(A su hermano)*. ¿Pero es que tú estabas colado por la Manolita?

JULIO: Me gustaba. Era un secreto.

PEDRO: Pues si se hace artista, mejor para ti: te la tiras y ya está.

JULIO: ¡Qué burro eres! No comprendes nada.

(Ya han entrado en la casa los invitados. Van llegando todos al comedor. Son: DON AMBROSIO, un señor como otro cualquiera, que anda por los cuarenta años; LAURA, su mujer, bastante más joven que él, guapetona; la madre de DON AMBROSIO y el padre de DON AMBROSIO, dos ancianos).

DOÑA ANTONIA: Pasen, pasen... Ahí están mis hijos. Yo voy un momento a invitar a don Luis. Ahora mismo vuelvo.

PEDRO: (*Por lo bajo, a su hermano*). Sécate las lágrimas, gilipollas. (*A los recién llegados*). ¿Qué hay? Muy buenos días.

(*Se saludan unos a otros sin que se entienda muy bien lo que dicen. Sí destaca la frase de JULIO a DON AMBROSIO*).

JULIO: Muchas gracias, don Ambrosio. No sé cómo agradecerécelo.

DON AMBROSIO: A mí no me lo agradezcas. Yo no he hecho nada. Ha sido la suerte. Que se ve que tienes buena suerte.

JULIO: Nadie lo diría.

DON AMBROSIO: Pues, ¿no lo estás viendo? Un compañero me oyó contar lo tuyo y dijo: «Mis tíos los del bazar andan buscando un muchacho». Y ya está.

PEDRO: ¿Qué opina usted de lo de Calvo Sotelo, don Ambrosio? ¿Qué dicen en el banco?

DON AMBROSIO: Calla, calla, no me hables de eso, que me tiene toda la mañana descompuesto.

LAURA: Yo digo que sean las que sean las ideas, estas cosas no debieran pasar nunca.

DOÑA MARCELA: (*Encarándose con su marido*). ¿Lo oyes, Simón? Estas cosas no hay nada que las justifique: ni la revolución, ni el progreso, ni la lucha por la libertad, ni nada.

DON SIMÓN: Yo no he dicho eso.

DOÑA MARCELA: Sí lo has dicho. A mí. Hace un rato.

DON SIMÓN: Lo que pasa es que no me comprendes cuando hablo.

DOÑA MARCELA: Será porque no te expresas. Pero te pongas como te pongas, esto ha sido una salvajada.

DON SIMÓN: Cállate, Marcela, que tú no entiendes de esto.

DOÑA MARCELA: No entenderé, pero cuando una cosa es una salvajada...

DON SIMÓN: (*Prudente*). No sabemos las ideas de los demás.

DOÑA MARCELA: Tú no sabes ni las tuyas.

DON AMBROSIO: A mí lo que me preocupa es lo que harán los militares.

PEDRO: No creo que puedan hacer mucho, porque como todo el mundo se huele hace tiempo que quieren dar la campanada, el gobierno ya estará prevenido.

DON AMBROSIO: Por sí o por no, esta mañana tú no sabes la de dinero que ha salido del banco.

(Suena el ruido de la puerta y entra DOÑA ANTONIA con los demás: DON LUIS, DOÑA DOLORES, MANOLITA y LUIS. DOÑA ANTONIA viene abrazada a su botella de anís).

DOÑA ANTONIA: Pasen, pasen... Están ya don Ambrosio y su señora... Y sus padres...

(Se saludan todos. Se confunde lo que dicen. A partir de este momento no se entiende casi nada de lo que hablan. DOÑA ANTONIA prepara las copas y sirve en ellas el anís. De vez en cuando, destaca entre la confusión alguna frase suelta).

DON AMBROSIO: Al director le han llamado de la central.

DON LUIS: No cabe duda que es una represalia por lo del teniente Castillo^[12].

DON SIMÓN: Yo me tomo la copita muy deprisa porque me tengo que ir a la Casa del Pueblo^[13].

DOÑA MARCELA: Tú no vas a ningún lado.

DON SIMÓN: Tengo que ir, Marcela. Si uno falta, se nota.

DOÑA MARCELA: ¿No dices que sois veinte mil afiliados en UGT?

DON SIMÓN: Veinte mil cuatrocientos en Madrid. Pero si falto, se comenta, se comenta.

DOÑA MARCELA: *(A DOÑA DOLORES)*. Lo comentarán los cuatro viejos borrachos que van con él.

DON SIMÓN: Cállate, Marcela.

LAURA: (*Que está ahora cerca de DON LUIS*). Qué calor hace hoy, ¿verdad?

DON LUIS: Pues a usted, Laura, el calor no le sienta nada mal. Y además lo comunica.

LAURA: Cállese, Luis, no empiece.

DOÑA ANTONIA: He subido bollitos de tahona. Poca cosa...

PEDRO: También es que los discursos de estos días de Calvo Sotelo...

DON AMBROSIO: Sean las que sean las ideas de cada uno, yo creo que estos no son momentos de comentarios, sino de lamentar lo sucedido.

MANOLITA: (*Que, por primera vez, llega cerca de JULIO*). Hola, Julio.

JULIO: Vete a la mierda. (*Y se marcha bruscamente del comedor*).

DOÑA MARCELA: (*A su marido, siguiendo con el tema anterior*). Pero ¿qué quieres hacer? ¿Ponerte otra vez el gorrito merengue y el pañuelo y salir a la calle cantando el chíbiri^[14]?

DON SIMÓN: ¿Quién ha hablado aquí de gorrito merengue?

DON AMBROSIO: Por favor, mamá, no empiece.

(Hablan todos uno sobre otro).

DOÑA MARCELA: Si es él el que ha empezado. Se quiere echar a la calle...

DON SIMÓN: Cállate, Marcela.

LAURA: Por favor, dejadlo, que estamos de visita.

DOÑA ANTONIA: No, por nosotros no se preocupen; no faltaba más.

DOÑA MARCELA: Él solito quiere arreglar la cuestión social. ¡No te digo!

DON SIMÓN: Cállate, Marcela...

DON AMBROSIO: Bueno, ya está bien. Se acabó.

DOÑA MARCELA: Me callo porque lo dice Ambrosio, porque me lo dice mi hijo, pero no porque me lo mandes tú. Porque cuando tengo razón a mí nadie me calla la boca, y como tengo razón...

CUADRO IV

Comedor en casa de DOÑA DOLORES.

(Están MANOLITA y JULIO).

JULIO: Perdón, Manolita. El otro día no supe lo que decía.

MANOLITA: Pues yo lo entendí muy bien.

JULIO: Bueno... Si lo piensas..., eso, al fin y al cabo, no quiere decir nada.

MANOLITA: ¿Ah, no?

JULIO: Quiere decir sólo que uno está enfadado. Y yo estaba enfadado.

MANOLITA: Pues yo también lo estoy ahora.

JULIO: Manolita... Yo no tengo la culpa de lo que me pasa... De que me gustes, quiero decir... Es, a lo mejor, por vivir tan cerca...

MANOLITA: ¿Nada más que por eso?

JULIO: Quiero decir que si tú vivieras en otro barrio, muy lejos..., no te habría conocido... Y, entonces..., no me habría... enamorado de ti.

MANOLITA: Hombre, claro.

JULIO: Pero viviendo puerta con puerta...

MANOLITA: Qué cosas dices.

JULIO: Sí, tonterías... Pero es que yo no sé cómo hablar.

MANOLITA: Pues no hables. Nadie te lo pide.

JULIO: A mí... no me importa que quieras ser artista... Lo he pensado.

MANOLITA: *(Sarcástica)*. Ah, ¿me das permiso?

JULIO: Comprendo que tienes que vivir. Y el ser artista es un trabajo como otro cualquiera. Mi madre lo dice: lo que pasa en un teatro, igual puede pasar en una oficina.

MANOLITA: Dale las gracias.

JULIO: Tú eres más lista que yo. No sé por qué he venido a hablarte.

MANOLITA: Porque tenías la obligación.

JULIO: Sí, ya lo sé. Yo lo que digo es que lo del otro día fue un pronto; y como tú me habías dado esperanzas...

MANOLITA: ¿Yo?

JULIO: Claro.

MANOLITA: ¿Cuándo?

JULIO: Cuando lo de la carta. Me dijiste que la habías leído.

MANOLITA: Sí.

JULIO: Y no me pusiste mala cara.

MANOLITA: La que tengo.

JULIO: Bueno, pues eso ya quiere decir algo.

MANOLITA: ¿Ah, sí?

JULIO: Hombre... A mí me pareció.

MANOLITA: Con poco te conformas.

JULIO: *(En un repentino ataque de ira, propio de un tímido, se exalta, vocífera)*. ¡No! ¡No me conformo con eso! ¡Quiero hablar con tus padres! ¡Y pedir tu mano! ¡Y que nos casemos y que no tengas que trabajar!

MANOLITA: Cálmate, cálmate... No des voces, que están ahí mi madre y la chica...

JULIO: Perdóname, Manolita. Ya sabes que no sé expresarme.

(A las voces, entra MARÍA).

MARÍA: ¿Pasa algo?

MANOLITA: *(Disimula, discreta)*. No, es que Julio me estaba contando un chiste.

MARÍA: (*Sorprendida*). ¿Éste?

JULIO: (*Ha ido hacia la puerta y desde allí se despide*). Adiós, Manolita.
(*Y se marcha. Suena un portazo*).

MARÍA: ¿Y tenía gracia?

MANOLITA: (*No la contesta*). ¡Ay, qué lío, María, qué lío!

MARÍA: ¿Sigue con lo mismo?

MANOLITA: Sí. Antes, me hacía reír. Pero ahora me da pena, y no sé qué contestarle.

MARÍA: Si es que es para dar pena a cualquiera.

MANOLITA: Sobre todo cuando se pone tan tierno, con esa pinta, con esas gafas...

MARÍA: Desde luego no es un José Mojica^[15].

(*Llaman con varios timbrazos cortos y golpes en la puerta*).

MARÍA: Es Luisito. (*Va a abrir*).

(*Un fuerte portazo*).

VOZ DE LUIS: ¡Se han sublevado los militares!

(*Entran en el comedor, muy precipitados, muy agitados, LUIS y PABLO*).

LUIS: ¡En África! ¡Lo hemos oído decir en el café de la esquina! (*Va a conectar la radio*).

PABLO: ¡Así estaba el café, así! (*Hace un gesto de apiñamiento con los dedos*).

MANOLITA: ¿Y qué hacíais vosotros en el café?

LUIS: Lo hemos oído desde fuera, chivata.

(En la radio suena música. Llega DOÑA DOLORES al comedor).

DOÑA DOLORES: Pero ¿qué pasa? ¿Qué jaleo es éste? ¡Baja esa radio!

LUIS: Si es que seguramente darán noticias, mamá.

DOÑA DOLORES: ¿Qué noticias?

LUIS: Dicen que se han sublevado los militares.

DOÑA DOLORES: ¡Dios Santo!

PABLO: Hay guerra.

LUIS: No, esto no es guerra. Es un golpe de estado.

DOÑA DOLORES: ¿Y eso qué es, Luisito?

LUIS: No sé explicártelo, mamá. Pero no es guerra.

DOÑA DOLORES: ¿Y tu padre? ¿Se habrá enterado ya tu padre?

LUIS: Claro que se habrá enterado.

DOÑA DOLORES: Si no, habría que bajar al taller del escultor y llamarle por teléfono.

LUIS: Calla, mamá, calla. Dan noticias.

LOCUTOR DE LA RADIO: ... una parte del Ejército de Marruecos se ha levantado en armas contra la República. Nadie, absolutamente nadie, se ha sumado en la Península a este empeño...

(Ha sonado el ruido de la puerta. Llega DON LUIS. DOÑA DOLORES se abalanza a él).

DON LUIS: ¿Qué? ¿Ya lo sabéis?

(Sigue hablando, en un segundo plano, EL LOCUTOR DE RADIO).

DOÑA DOLORES: ¡Has venido, Luis, has venido!

DON LUIS: Claro. Los he largado a todos de la oficina. Quien más, quien menos, quieren estar pegados a la radio. O irse a la Casa del Pueblo, a sus

partidos... Y allí, para cuatro gatos que somos...

DOÑA DOLORES: ¿Y tu jefe? ¿Qué dice tu jefe? ¿No lo tomará a mal?

DON LUIS: ¿El marquesito? He querido preguntarle lo que hacíamos, pero no se le encuentra. Parece que se han sublevado en Zaragoza, en Oviedo y en La Coruña.

PABLO: ¿En La Coruña también?

MANOLITA: La radio acaba de decir que en la Península no ha pasado nada.

DON LUIS: Bueno, todo son rumores.

LUIS: Escucha, papá, escucha.

LOCUTOR DE LA RADIO: ... y heroicos núcleos de elementos leales resisten a los sediciosos en las plazas del Protectorado^[16]. El Gobierno de la República domina la situación. Última hora: Todas las fuerzas de la Península mantienen una absoluta adhesión al Gobierno. La escuadra ha zarpado de Cartagena hacia los puertos africanos y pronto logrará establecer la tranquilidad.

PABLO: No han dicho nada de La Coruña.

DON LUIS: No.

PABLO: Es que allí están mis padres. Se fueron ayer de veraneo con mis hermanos. Tenemos allí unos primos.

DOÑA DOLORES: ¿Y tú qué haces aquí solo?

PABLO: Estoy con la criada y con mi hermana.

LUIS: Es que le han suspendido en tres.

DOÑA DOLORES: Ah.

LOCUTOR DE LA RADIO: Transmitirnos ahora un comunicado de la UGT. Camaradas, en estos momentos cruciales para el destino de la clase obrera de España y de los compañeros obreros de todo el mundo, os pedimos serenidad. Las fuerzas de la reacción de nuevo se han alzado contra nosotros...

MARÍA: Han llamado a la puerta, señora.

DOÑA DOLORES: (*Muy alarmada*). ¿Que han llamado? ¿Que han llamado, dices?

MARÍA: Sí, sí señora.

DON LUIS: ¡Pues abre, coño!

(MARÍA va a abrir).

LOCUTOR DE LA RADIO: ... permaneced todos en vuestros puestos atentos a la voz de mando que os puede pedir de un momento a otro el máximo esfuerzo, el esfuerzo definitivo, que os lleve a terminar con vuestros enemigos, con los opresores y con los colaboradores de la opresión...

(Entran en el comedor, agitados, excitados, DOÑA ANTONIA y su hijo JULIO. Pero a JULIO se le va en seguida la mirada a buscar a MANOLITA).

DOÑA ANTONIA: Doña Dolores..., doña Dolores, perdone... *(Se queda cortada al verlos a todos reunidos)*. Ah, están todos aquí.

DOÑA DOLORES: Entre, entre.

DOÑA ANTONIA: Es que... como no tenemos radio... Fíjese, doña Dolores, mi Pedrito está en la calle, en la calle...

DON LUIS: Pero, doña Antonia, si aquí, en Madrid, no pasa nada. Siéntese, siéntese si quiere oír la radio.

DOÑA DOLORES: ¿Quiere un vaso de agua?

DOÑA ANTONIA: Sí, se lo agradezco. Pero yo me lo sirvo, no se moleste.

(Va al aparador a servirse el agua. JULIO se acerca a MANOLITA. En la radio suena ahora el «Himno de Riego»).

JULIO: Oye, Manolita...

MANOLITA: ¿Qué?

JULIO: Don Ambrosio... ¿sabes?... El vecino.

MANOLITA: Sí.

JULIO: El del banco.

MANOLITA: Ya, ya.

JULIO: Ha hablado con su compañero, el que me encontró el empleo, para preguntarle que cuándo me incorporo. Él, el compañero, no don Ambrosio...

MANOLITA: Sí, te entiendo.

JULIO: ... ha llamado a su tío, el del bazar... ¿Te dije que era un bazar?

MANOLITA: Un bazar, sí.

JULIO: Pero el tío, el tío del compañero de don Ambrosio, le ha dicho que hoy no es día para hablar de esas cosas.

MANOLITA: Tiene razón.

DOÑA DOLORES: ¡Y ese hijo en la calle!

JULIO: Pero que en cuanto esto pase, que me presente en el bazar, que el puesto lo tengo seguro.

MANOLITA: Qué alegría, Julio.

DOÑA DOLORES: ¿Y de Cartagena? ¿Qué hay de Cartagena?

DON LUIS: Pues nada. ¿Qué va a haber de Cartagena?

DOÑA DOLORES: Que allí tienes un amigo: Basterreche.

DON LUIS: ¿Y qué?

DOÑA DOLORES: Que han dicho que la escuadra ha zarpado de Cartagena.

DON LUIS: ¿Y eso qué tiene que ver con Basterreche, que es dueño de una papelería?

MARÍA: ¿Y de Segovia? ¿Qué pasa en Segovia?

DON LUIS: ¡Ay que coño! No pasa nada.

MARÍA: Usted perdone, don Luis, pero es que yo en Segovia, en Fresnedal, tengo a toda mi familia.

DON LUIS: Pero si no pasa nada. No pasa nada en Segovia, ni en Cartagena, ni en ningún lado. Sólo en África, ¿no lo habéis oído?

PABLO: Pero... la gente dice que se han sublevado en La Coruña, ¿no, don Luis?

DON LUIS: La gente puede decir lo que quiera, pero estas son las últimas

noticias.

JULIO: (*Como si los otros no hubieran hablado*). Por eso quería preguntarte... Y no sé si dirás que insisto demasiado... Que cuándo puedo hablar con tus padres...

MANOLITA: Julio, por favor... Pero ¿ahora? ¿Tú crees que yo tengo la cabeza para nada? Con lo que está pasando... ¿Tú crees que puedo pensar en esas cosas?

JULIO: Para mí... en el mundo... no hay nada más importante que estas cosas... Pero ya sé que tú crees que yo no... (*Hace un ademán como indicando que no rige muy bien*).

MANOLITA: (*Se compadece*). Julio... No, Julio, no es eso... Mira, en cuanto esto pase, yo hablo con mis padres, ¿eh? Les hablo yo primero para prepararles, y después les hablas tú.

JULIO: ¿De verdad, Manolita?

MANOLITA: De verdad. Total, por unos días...

JULIO: Gracias, Manolita, gracias.

DOÑA DOLORES: Estoy muy preocupada, Luis.

DON LUIS: Lo comprendo. Yo también.

DOÑA DOLORES: No, si no es por eso. Es por lo de la oficina. ¿Tú crees que no te regañarán mañana por haber salido antes de la hora?

DON LUIS: No, ¡qué va! De todos modos yo pensaba salir antes para comprarle a éste la bicicleta, ¿no te acuerdas? Lo único que he hecho ha sido decirles a Oñate y al botones que se fueran.

DOÑA DOLORES: Es verdad, la bicicleta. No se os ocurrirá ir a comprarla ahora.

LUIS: ¿Por qué no?

DOÑA DOLORES: Pero ¿estás loco, Luisito?

DON LUIS: Pero, hijo, si a lo mejor no hay ni tiendas abiertas.

LUIS: No, si a mí ya me da igual.

DON LUIS: ¡Ah!, ¿ya no la quieres?

LUIS: No, no es eso. Pero los de la panda ya están de veraneo.

DON LUIS: ¿Todos? ¿Y la querías sólo para un día?

LUIS: Que no es eso, papá. Tú no lo entiendes.

DON LUIS: No.

LUIS: De todas maneras, la quiero. Puedo salir estos días con otros chicos.
Y luego llevármela a La Almunia.

DON LUIS: Y la usará Anselmo más que tú.

LUIS: No me importa prestársela. Pero sí, la quiero.

DON LUIS: Claro, hombre. En cuanto pase esto, vamos a comprarla y tienes todo el verano por delante.

CUADRO V

Comedor en casa de DOÑA DOLORES. Es de noche. Las luces están encendidas y las persianas levantadas.

(Sobre la mesa hay paquetes de tienda de comestibles, bolsas, latas de conserva. DOÑA DOLORES y MARÍA están separándolas en grupos).

MARÍA: Es que todo esto me lo tiene que vender Basilio muy tarde, cuando ya han cerrado la tienda. Porque de día está muy controlado.

DOÑA DOLORES: Pimientos, tomates, tres de espárragos. Pues mira, es una suerte que sea paisano tuyo... Si no es algo más.

MARÍA: Que no, señora, de verdad que no... Es el que me recomendó a usted, ¿ya no se acuerda? Aquel tan flaco.

DOÑA DOLORES: Digo que es una suerte porque por lo menos debemos comprar para quince días. Yo no me fío de que esto termine antes.

MARÍA: Y en la otra tienda ya no queda nada, de verdad. Ni bacalao ni escabeche tienen. Sólo les quedan garbanzos y no sé qué más. Y con unas colas...

DOÑA DOLORES: ¿Y esto?

MARÍA: Tres kilos de azúcar.

DOÑA DOLORES: Pero, bueno, mujer... Tenemos para un año. Tampoco es para tanto.

MARÍA: Yo, por si acaso.

DOÑA DOLORES: Dale las gracias de mi parte a tu paisano. Mañana iré yo a verle.

MARÍA: No, mejor no vaya usted, porque la gente está a la que salta. Ya sabe cómo son las vecinas... Él, ahora, en la tienda puede hacer lo que quiera, pero lo hace según y con quién.

DOÑA DOLORES: ¿Puede hacer lo que quiera?

MARÍA: Claro. El dueño —que tiene cinco tiendas en Madrid, no vaya usted a creer que es un don nadie—, ha desaparecido. Pero dan por seguro que le han matado, porque estaba muy mal visto en el sindicato. Basilio, mi paisano, está muy bien visto, y como el otro dependiente, que llevaba más tiempo que él, se ha ido a la sierra de miliciano...^[17] ¡Menudo era! Fue de los que quemaron los conventos al empezar esto. Y de los que entraron en el cuartel ése a tiros.

DOÑA DOLORES: En el Cuartel de la Montaña^[18].

MARÍA: Sí, en ése. Pues claro, Basilio se ha quedado al frente de todo. Está como de encargado.

DOÑA DOLORES: Bueno, vamos a ver lo que llevamos a la cocina y a la despensa y lo que dejamos aquí.

MARÍA: ¿Sabe usted? Ha desaparecido el casero.

DOÑA DOLORES: ¿El escultor, don Álvaro?

MARÍA: Sí, ha desaparecido. ¿Se acuerda usted del día que se liaron a tiros con la casa, porque en el escaparate había estatuas de santos?

DOÑA DOLORES: ¿Cómo no me voy a acordar, mujer? Si por poco nos matan a todos.

MARÍA: Bueno, pues desde el día siguiente no se le ha visto más. Fue de visita a casa de un amigo, y no ha vuelto.

DOÑA DOLORES: No sabía nada.

MARÍA: Algunos dicen que le han matado, como al tendero.

DOÑA DOLORES: ¡No me digas!

MARÍA: Sí, que le han dado el paseo^[19], que es como llaman a eso.

DOÑA DOLORES: Sí, ya lo sé. Pero ¿estás segura? ¡Ay, cómo estará doña

María Luisa! Ella sola con la niña...

MARÍA: No, segura no estoy. Basilio, mi paisano, dice que a lo mejor es que se ha escapado él mismo, por, miedo a que le maten, y se ha metido en una embajada^[20].

DOÑA DOLORES: Pero ¿por qué le van a matar? Un hombre tan bueno...

MARÍA: Pero como hace santos... Y, además, es muy rico. Fíjese, para ser el dueño de esta casa...

(Entra LUIS con un gran montón de libros. Lo deja sobre la mesa).

DOÑA DOLORES: Pero ¿dónde vas con eso, Luisito? Si no tenemos en dónde ponerlos.

LUIS: Sí, en mi cuarto caben. Tiene muchísimos en el baúl de la buhardilla. Casi cien.

MARÍA: Bueno, todo esto me lo llevo a la cocina.

(Sale del comedor con unos cuantos paquetes y latas de los que había sobre la mesa. DOÑA DOLORES va metiendo algunas de las otras cosas en el aparador).

LUIS: Yo no creí que papá tuviera tantos libros. ¿Y es verdad que era escritor?

DOÑA DOLORES: No, Luisito. Tu padre nunca ha sido escritor. ¿Quién te ha dicho eso?

LUIS: No sé... Me parece que os lo he oído decir a vosotros.

DOÑA DOLORES: No. Lo que pasa es que de joven le gustaba escribir... Yo no sé lo que escribiría... Poesías, novelas... No sé... Pero, según me ha contado, no las acababa nunca.

LUIS: ¿Y a ti nunca te escribió una poesía?

DOÑA DOLORES: ¿A mí? No... Lo que hacía eran coplas... Unas coplas muy chistosas. Y un amigo suyo las cantaba con una bandurria.

LUIS: ¿Y cómo eran?

DOÑA DOLORES: No me acuerdo, hijo. Pero decían muchas picardías. Luego, cuando estábamos recién casados, empezó a escribir una función... Pero no la acabó nunca.

LUIS: No sé por qué no la acabó, porque ser escritor es muy bonito.

DOÑA DOLORES: Creo que no se gana una gorda con eso. Todos andan por ahí dando sablazos.

LUIS: Eso no tiene que ver para que sea bonito.

DOÑA DOLORES: ¿Sabes lo que le pasaba a papá con eso de escribir? Yo no se lo he dicho nunca... Tampoco se lo digas tú.

LUIS: No, mamá. ¿Qué le pasaba?

DOÑA DOLORES: Que sabía poco. Para escribir novelas o funciones, hay que saber mucho. Hay que haber estudiado.

LUIS: Pero papá ha estudiado.

DOÑA DOLORES: ¡Bah! Las cuatro reglas, como yo. Lo que pasa es que él tiene más memoria. En los únicos sitios que enseñan de verdad es en los colegios de curas, y éstos son carísimos. Tu padre, ya lo sabes, no pudo ir más que a la escuela nacional. Y allí no se aprende.

LUIS: Me parece que no tienes razón, mamá. Bueno, que no tienes razón en todo. Hay colegios que no son de curas y que enseñan mucho. Ahora el mejor que hay es el Instituto Escuela, y no son curas.

DOÑA DOLORES: Pero será también carísimo.

LUIS: Sí, eso sí. Creo que sí.

DOÑA DOLORES: ¿Lo ves? El caso es que tu padre un día, en una época en que nos iban muy mal las cosas, Manolita era muy pequeña y tú estabas a punto de nacer, cogió todos los libretes y los metió en un baúl...

LUIS: ¿En ése de arriba?

DOÑA DOLORES: Sí. Y luego cogió todos sus papeles y los quemó. Y se echó a la calle a buscar otro empleo para las horas libres. Y desde entonces empezó a irnos un poco mejor.

LUIS: Pues a mí una de las cosas que más me gustaría ser es escritor.

DOÑA DOLORES: Cuando acabes el Bachillerato y saques unas oposiciones, piensa en eso. De momento, estudia la Física. *(Lo ha dicho acariciando con ternura a su hijo).*

LUIS: Si la estudio, mamá.

(Entra MARÍA con un queso de bola).

MARÍA: El queso habrá que dejarlo aquí, en el aparador.

DOÑA DOLORES: Sí, claro.

MARÍA: Pues lo habíamos puesto con lo de la cocina.

DOÑA DOLORES: *(Sale, llevándose casi todo lo que quedaba en la mesa).*
Esto me lo llevo ya para la despensa...

(En lo que MARÍA está colocando el queso en la quesera, LUIS se acerca a ella y le roza el culo con las manos).

MARÍA: *(Dándole un manotazo).* ¿Qué haces, Luisito? ¡Estate quieto!

LUIS: *(Acercándose más, cogiendo a la chica de un brazo).* No grites, tonta...

MARÍA: *(Escabulléndose).* No me llames tonta.

(El chico va tras ella. La toca. Está excitadísimo).

MARÍA: Quita las manos.

LUIS: *(Agarrándola como puede por la cintura, apretándola contra la pared).* Déjame que te bese.

MARÍA: *(En medio de su enfado se le escapan sonrisas nerviosas. Dice con voz sorda:)* Luisito, que llamo a tu mamá. *(Y de un empujón se deshace de LUIS).*

LUIS: *(Sigue yendo tras ella).* Pues el año pasado, cuando jugábamos al escondite en el pasillo, me dejabas que te tocara.

MARÍA: Eras un niño.

(Ahora LUISITO, al intentar zafarse ella, la coge de espaldas y le aprieta las tetas).

MARÍA: ¡Doña Dolores! ¡Doña Dolores!

LUIS: *(Masculla, lleno de ira)*. ¡Imbécil!

(En el marco de la puerta está MANOLITA, que viene de la calle. Nadie ha oído esta vez el ruido de la puerta. MANOLITA está guardando la llave en el bolso. Viene, precipitada, la madre).

DOÑA DOLORES: ¿Que quieres, María? ¿Ha pasado algo?

(LUIS ha cogido el montón de libros y ha salido hacia su cuarto. Se detiene un momento en el pasillo para escuchar la respuesta de la criada).

MARÍA: Que los botes de mermelada adónde van: ¿a la cocina o se quedan aquí? *(Y lanza una sonrisa a LUIS, que sale disparado hacia su cuarto).*

DOÑA DOLORES: A la despensa mujer. La mermelada siempre la hemos tenido allí.

(MARÍA se va con los botes hacia la cocina).

MANOLITA: ¡Y péinate un poco, María, que estás hecha una destrozona!

VOZ DE MARÍA: ¡Sí, señorita, sí! ¡Si es que no tiene una tiempo para nada!

MANOLITA: Hola, mamá. *(Le da un beso).*

DOÑA DOLORES: Hola, hija. Procura no venir tan tarde, que con estas cosas está una con el alma en un hilo.

MANOLITA: No es tarde, mamá.

DOÑA DOLORES: Anda, ayúdame a poner la mesa.

MANOLITA: Sí, mamá. (*Va al aparador y entre las dos empiezan a sacar las cosas y a poner la mesa*).

DOÑA DOLORES: ¿Vienes de la academia?

MANOLITA: Ya no hay academia.

DOÑA DOLORES: ¿Qué dices?

MANOLITA: La han cerrado.

DOÑA DOLORES: Entonces, ¿tu puesto de profesora...?

MANOLITA: Bueno, en cuanto esto pase la abrirán.

DOÑA DOLORES: Sí, pero mientras tanto...

MANOLITA: Mientras tanto yo voy a tener otro trabajo.

DOÑA DOLORES: ¿Ah sí?

MANOLITA: Quiero hablar contigo antes de decírselo a papá, para que me ayudes a convencerle.

DOÑA DOLORES: ¿A convencerle de qué?

MANOLITA: De que me deje trabajar.

DOÑA DOLORES: Pero si te deja.

MANOLITA: Aunque no me hace falta. En el sindicato me han dicho que yo tengo derecho a trabajar y que mis padres no pueden impedírmelo.

DOÑA DOLORES: ¿En el sindicato? Pero ¿de qué hablas?

MANOLITA: Ahora, para trabajar, hay que estar sindicada. Y yo esta tarde he ido al Sindicato de Espectáculos con Vicenta, que tiene un amigo allí, y nos hemos apuntado. Ya tengo el carné.

DOÑA DOLORES: ¡Pero, hija..., hija...! ¿El Sindicato de Espectáculos? Pero..., pero..., ¿sigues con esa idea?

MANOLITA: Sí, mamá.

DOÑA DOLORES: ¿Después del escándalo del concurso?

MANOLITA: ¿Pero qué escándalo, mamá?

DOÑA DOLORES: (*La pobre no sabe muy bien lo que dice o lo que debe decir*). ¿No te acuerdas...? Los vecinos... Cómo se puso el pobre Julio...

MANOLITA: ¡Bueno, mamá, a Julio que le frían un huevo! ¡No vamos a vivir pendientes de los demás! Y menos ahora, con lo que han cambiado las cosas.

DOÑA DOLORES: Hay cosas que no cambian. En fin, tu padre verá...

(Suena el ruido de la llave en la cerradura. El abrirse y cerrarse de la puerta).

DOÑA DOLORES: Mira, ahí está...

MANOLITA: *(Se acerca a su madre)*. Mamá, yo quería que me ayudaras.

DOÑA DOLORES: Sí, hija, sí...

DON LUIS: *(Entra y va a dar un beso a su mujer y otro a su hija)*. Hola.

MANOLITA: Hola, papá.

DOÑA DOLORES: Hola, Luis. *(Echa una mirada a su hija)*. Anda, Manolita, díselo...

MANOLITA: Pero, mamá, ¿así, de sopetón?

DOÑA DOLORES: ¿Y qué ganas con tardar?

MANOLITA: Mamá quiere que te diga que voy a ser artista. Que ya me he apuntado en el Sindicato de Espectáculos.

DON LUIS: *(De momento no dice nada. Mira a una y a otra)*. ¿Y lo de la academia?

MANOLITA: La han cerrado.

DON LUIS: Ya. *(Vuelve a mirar a las dos. Se encara con MANOLITA)*. ¿A ti te gusta eso?

MANOLITA: Sí, papá.

DON LUIS: *(Mira ahora a la madre)*. Entonces, ¿qué pasa?

DOÑA DOLORES: No, nada, nada... Sólo que yo decía que debía hablarlo antes contigo.

DON LUIS: Sí, eso sí. *(A DOÑA DOLORES)*. ¿A ti te parece mal?

DOÑA DOLORES: *(Con evidente hipocresía)*. A mí qué va a parecerme... Es un trabajo...

DON LUIS: Claro que es un trabajo... Y no están los tiempos para andar por ahí tocándose las narices... La profesión de cómico es una profesión como otra cualquiera.

DOÑA DOLORES: Sí, eso sí... Hinestrosa, aquel amigo de tu padre, era un hombre muy tratable, y era cómico.

DON LUIS: Como otra cualquiera: está llena de golfos, de vagos, de borrachos, de jugadores, de maricas, de putas... Y supongo que de gente corriente y de pobres desgraciados, como cualquier otra. Además, yo quería escribir obras de teatro, ¿no te acuerdas?

DOÑA DOLORES: Sí.

DON LUIS: Y si las hubiera escrito, las habrían tenido que hacer los cómicos. Entonces, ¿cómo voy a querer que no haya cómicos? (*Se va exaltando*). ¿Y por qué voy a querer que se metan a cómicas las hijas de los demás, pero no mi hija? ¿Con qué derecho?

DOÑA DOLORES: Pero Luis, si nadie te dice nada.

DON LUIS: Claro. Por eso hablo solo. (*Se sienta a la mesa*). Bueno, Manolita, y eso, ¿cómo se empieza, cómo se aprende? Porque no vas a ser María Guerrero^[21], así de repente... ¿O tiras para lo de Celia Gámez^[22]?

MANOLITA: No, papá; si no sé cantar. Antes se empezaba de meritoria sin sueldo. Pero ahora, de comparsa con un duro, porque han prohibido trabajar gratis. Ahora es fácil colocarse porque, como es verano, muchas compañías están fuera, y en Madrid casi no hay cómicos.

DON LUIS: Ni teatros. Están todos cerrados. Has elegido un buen momento.

(Entra LUIS y, después de dar un beso a su padre, va a sentarse a su sitio en la mesa).

LUIS: Hola, papá.

MANOLITA: Pero los van a ir abriendo. Los cómicos tienen que trabajar... Se están incautando de los teatros para explotarlos por su cuenta... La gente, además, necesita entretenerse, aunque sea en una situación como ésta.

DOÑA DOLORES: *(En un lamento)*. Y tendrás que ir al teatro todos los días...

DON LUIS: ¡Claro, joder, claro que tendrá que ir!

DOÑA DOLORES: ¿Sin nadie que la acompañe?

DON LUIS: Pero ¿si no la iban a acompañar a la academia, por qué la van a acompañar al teatro?

DOÑA DOLORES: No es lo mismo, Luis, no es lo mismo.

DON LUIS: Bueno, se ha acabado esta conversación. Cambiemos de tema.

(Hay un silencio. Se miran unos a otros).

LUIS: Han matado al casero.

DON LUIS: ¿Sí?

LUIS: Por lo menos, ha desaparecido.

DON LUIS: Como cambio de tema, no está mal. También han matado al marquesito.

DOÑA DOLORES: ¿A tu jefe?

DON LUIS: Sí, también. Ya ves, como estaba muy metido en el ajo, se marchó por ahí a esconderse, y un hombre que tiene casas en las cuarenta y nueve provincias, o casi, en vez de meterse en una de las que cayeron en manos de unos, se metió en una que cayó en manos de otros. Se le han cargado a él, a su padre y a sus dos hermanos. Y a un señor que estaba de visita.

DOÑA DOLORES: ¿Qué dices?

DON LUIS: Sí, sí, no es ninguna broma. Estaba allí para vender algo, abonos o no sé qué historias, se creyeron que era de la familia, y se lo cepillaron también.

DOÑA DOLORES: ¡Qué barbaridad! ¿Y a la madre la han respetado?

DON LUIS: Sí, la han respetado. Porque estaba en México. Se escapó hace tres años con un torero. Abre la radio, Luisito, a ver si dicen algo de la no intervención.

(LUIS va a abrir la radio. Suena música).

DOÑA DOLORES: ¿Y eso qué es?

DON LUIS: Las potencias democráticas han decidido no intervenir ni a favor de unos ni de otros. Francia va a cerrar la frontera^[23].

DOÑA DOLORES: ¿Y eso es bueno?

DON LUIS: Unos dicen que sí y otros que no.

(DOÑA DOLORES se acerca a la puerta).

DOÑA DOLORES: ¡María! ¿Está ya la sopa?

(Responde la VOZ DE MARÍA desde la cocina).

VOZ DE MARÍA: ¡Un momento, señora!

DON LUIS: ¿Por qué está la luz encendida y las persianas levantadas?

DOÑA DOLORES: Porque lo han mandado así, ¿no te acuerdas?

LUIS: Lo dijo la radio. Es por los pacos^[24]. Para que no se escondan...

DON LUIS: No señor; es al revés...

MANOLITA: Tiene razón papá.

DOÑA DOLORES: Pero si lo oímos todos. Y llevamos la mar de días haciéndolo.

LUIS: Es que si las casas están a oscuras, los pacos...

DON LUIS: Que no señor, que es las luces apagadas o las persianas echadas. Por si vienen aviones a bombardear... Lo han dicho hoy.

DOÑA DOLORES: ¿Pero aquí cómo van a venir a bombardear? ¿Para qué?

LUIS: Pero entonces los pacos...

DON LUIS: ¡Déjame de pacos, leche!

UNA VOZ: *(Desde la calle).* ¡Esa luz!

DON LUIS: ¡Echa las persianas, Luisito, echa las persianas!

(LUIS va corriendo a hacer lo que le han dicho. Tira con gran energía de la correa. La correa se rompe. La persiana no baja).

UNA VOZ: ¡Esa luz!

DON LUIS: ¡Agáchate, Luis!

(LUIS se agacha. Inmediatamente suena un disparo. La bala rompe el vidrio del balcón. Todos se levantan de la mesa de un salto).

DOÑA DOLORES: ¿Te ha pasado algo, Luis?

LUIS: No, mamá.

DON LUIS: ¡Apagad la luz, coño!

(Rápidamente apaga MANOLITA. En la puerta, en penumbra, aparece MARÍA con la sobera).

MARÍA: ¿Qué ha sido eso?

DOÑA DOLORES: Nada, nada; anda, pon la sobera.

DON LUIS: Sí, que vamos a comer la sopa a tientas. El cristal está hecho añicos.

DOÑA DOLORES: ¡Dios mío! ¡Podían haber matado a este hijo!

DON LUIS: Claro que le podían haber matado.

DOÑA DOLORES: Trae la vela, María, que así no veo dónde sirvo.

(Se va MARÍA).

DON LUIS: Y decías tú que persianas arriba y luces encendidas.

DOÑA DOLORES: *(A punto de llorar)*. Pero, bueno, Luis, yo... Yo no... Es que cambian tanto...

DON LUIS: No, mujer, si tú no tienes la culpa... ¡Joder con los leales y con

los facciosos y con la madre que los parió!

MARÍA: *(Entrando con la vela)*. Aquí está la vela.

(Suena una explosión lejana. Todos se quedan un momento en suspenso).

MARÍA: ¿Qué ha sido eso?

DOÑA DOLORES: Sí, ¿qué ha sido?

MANOLITA: No sé...

DON LUIS: Yo creo que... que ha sido una bomba...

DOÑA DOLORES: ¿Una bomba?

DON LUIS: Sí, pero muy lejos.

MANOLITA: ¿Una bomba... de la aviación?

DON LUIS: Sí, debe de ser eso...

(MARÍA acaba de colocar la vela en el centro de la mesa).

UNA VOZ: *(Desde la calle)*. ¡Esa luz!

(Automáticamente las cinco cabezas se inclinan sobre la vela y soplan. La vela se apaga).

DON LUIS: Bueno, pues vosotros diréis...

DOÑA DOLORES: A la cocina, vamos a cenar a la cocina. María, llévate la sopera. *(Ella empieza a coger los cubiertos)*. Tú, Manoli, lleva los platos...

(En la oscuridad, se mueven todos en dirección a la puerta. Se oye un grito de MARÍA).

MARÍA: ¡Ay!

DOÑA DOLORES: ¿Qué pasa, María?

MARÍA: Nada, señora, que he tropezado.

(Y se oye también la VOZ DE DON LUIS).

DON LUIS: ¡A ver cuándo cojones quiere Dios que acabe esto!

(Dos explosiones más, seguidas).

CUADRO VI

Cuarto de MARÍA, la criada. Es una habitación pequeña, miserable. Los muebles son una cama, una mesilla, un lavabo y un baúl. En una de las paredes hay un ventanuco alto. Ahora es de noche y está encendida la bombilla sin tulipa que pende en el centro de la habitación.

(MARÍA escupe en el lavabo el agua con que acaba de enjuagarse la boca. Se quita la especie de bata sucia que lleva puesta y se queda en camisa corta. Comienza a rezar mientras vierte agua en el lavabo. Se refresca los sobacos).

MARÍA: Dios te salve, María. Llena eres de gracia. El Señor es contigo. Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén. *(Después de secarse, apaga la luz y se mete en la cama).*

(La oscuridad es casi total, pero entra algo de la luz de la luna por el alto ventanuco. Suenan unos golpes muy leves en la puerta).

MARÍA: *(Desde la cama).* ¿Eh? ¿Quién es? ¿Es usted, señora? *(Se levanta y va a la puerta).* ¿Qué quiere? *(Entreabre la puerta y aparece LUISITO que hace intención de entrar. MARÍA se lo impide).* Vete, Luisito, vete. *(Ha hablado con energía, pero en tono susurrante).*

LUIS: *(Con un hilo de voz)*. Déjame entrar. *(Y empuja la puerta)*.

MARÍA: Que no, que te vayas... *(Hablan los dos en un tono de voz bajísimo todo el resto de la escena)*.

LUIS: Déjame, mujer... Si es que quiero hablar contigo...

MARÍA: Estas no son horas de hablar... Vete, Luisito, vete... *(Siguen los dos forcejeando)*. ¡Que grito!

LUIS: Pero si no te voy a hacer nada. *(LUIS ha conseguido entrar. A su espalda queda la puerta entreabierta)*.

MARÍA: ¡Vete, Luisito! ¿No ves cómo estoy? *(Se refiere a su semidesnudez)*.

LUIS: Déjame verte.

(Suena una explosión lejana, muy amortiguada por la distancia, pero ninguno de los dos le presta atención. De vez en cuando, a lo largo de toda la escena, se oirán, muy lejanos, cañonazos, disparos aislados, un corto tableteo de ametralladora).

MARÍA: Pero si estamos a oscuras.

LUIS: Entonces, ¿qué más da?

MARÍA: Vete, Luisito, que llamo a tu madre... *(Y, para taparse, corre a meterse en la cama)*. No te acerques a la cama, ¿eh? No te acerques.

LUIS: Déjame estar un rato.

MARÍA: Pero sin acercarte.

(LUIS, sigiloso, cierra la puerta).

MARÍA: ¿Por qué cierras?

LUIS: Es que se oye todo.

MARÍA: Pues no hables.

LUIS: Pero como hablas tú... Que no haces más que dar voces... *(Se acerca a la cama)*.

MARÍA: Te dije que no te acercaras.

LUIS: (*Sentándose en la cama*). Si me estoy aquí quieto, sólo un rato.

MARÍA: Pues vaya una tontería. No te muevas, Luis, que mete mucho ruido el somier.

LUIS: Pues dices que has tenido pesadillas.

MARÍA: Quita las manos, Luis. (*Breve pausa*). ¡Que no me toques!

LUIS: ¿Por qué no quieres? A ti también te gusta.

MARÍA: ¿Tú qué sabes, niño?

LUIS: Lo sé porque, a veces, cuando te toco en el pasillo, no puedes disimular y te ríes.

MARÍA: Porque me pongo nerviosa. ¡Quita las manos de ahí, bruto! ¿No ves que me haces daño?

LUIS: No quiero hacerte daño.

MARÍA: Bueno, pues estate quieto de una vez. Se ha acabado. (*Breve pausa*). ¡No me pellizques, Luis, que se quedan señales!

LUIS: Pues déjate. En el colegio, chicas más pequeñas que tú, se dejan...

MARÍA: Serán unas putas.

LUIS: No, puta es otra cosa.

MARÍA: ¡Que te estés quieto, o te doy una bofetada!

LUIS: Pero si te gusta... Porque yo noto que te gusta... ¿por qué no te dejas?

MARÍA: Porque me pongo muy caliente, Luis... ¡Y no puede ser, no puede ser!

LUIS: Bueno, pues me estoy quieto si me tocas tú a mí.

(*Un silencio. Dos explosiones seguidas, a lo lejos. Tableteo de ametralladoras más largo que antes*).

MARÍA: Pero estate quieto de verdad, ¿eh?

LUIS: Sí.

MARÍA: (*Después de una pausa*). No respire tan fuerte, que se oye todo.

LUIS: Si es que... es que... que te quiero, María, te quiero mucho...

MARÍA: No digas tonterías.

(Un cañonazo más fuerte que los otros. Más tableteo de ametralladoras. Muchos disparos de fusil. Se generaliza el tiroteo).

MARÍA: Hay combate.

LUIS: Sí.

CUADRO VII

Comedor de DOÑA DOLORES. Es el mes de noviembre. De dos y media a tres de la tarde.

(DOÑA DOLORES está colocando sobre la mesa un camino bordado y un centro de cristal con flores de trapo. DON LUIS fuma y bebe una copita).

DOÑA DOLORES: ... pero como Manolita se queda estudiando los papeles por las noches, tarda en dormirse...

DON LUIS: ¿Estudiando los papeles? Pero si en la obra esa que vimos no decía más que: «¡Han dao una puñalá a Manoliyo!».

DOÑA DOLORES: Pero es que estudia funciones que a lo mejor no hará nunca, para ir aprendiendo. Y es entonces cuando oye a Luisito levantarse y meterse en el cuarto de María.

DON LUIS: ¡Vaya problema!

DOÑA DOLORES: ¿Qué hacemos, Luis?

DON LUIS: ¿Pero Manolita está segura?

DOÑA DOLORES: Una noche se levantó ella después y se puso a escuchar a través de la puerta.

DON LUIS: Así que esta casa de noche es una feria.

DOÑA DOLORES: Dice que incluso miró por el ojo de la cerradura.

DON LUIS: ¿Y qué vio?

DOÑA DOLORES: Dice que desde la cerradura no se ve la cama.

DON LUIS: Menos mal. O sea que mientras tú y yo estamos en la cama..., tan ricamente..., el niño y la criada también están tan ricamente. Y, claro, la pobre Manolita, desesperada por los pasillos.

DOÑA DOLORES: No digas burradas.

DON LUIS: Todavía si tuviéramos chófer...

(En este momento llega al comedor MANOLITA, ya preparada para salir a la calle).

MANOLITA: Me voy: se me hace tarde para el ensayo. *(Besa a sus padres)*.

DOÑA DOLORES: *(A DON LUIS)*. Anda, pregúntale, pregúntale.

DON LUIS: ¿Ensayáis una obra nueva?

MANOLITA: Sí, la que leyeron ayer. Yo tengo varias frases.

DON LUIS: ¿De qué trata?

DOÑA DOLORES: Deja eso ahora, Luis.

MANOLITA: De los evacuados, de la gente de los pueblos que va llegando a Madrid.

DOÑA DOLORES: *(Preocupada y apremiante)*. Anda, cuéntale a tu padre...

DON LUIS: Ah, tema de actualidad.

DOÑA DOLORES: ¡Luis!

DON LUIS: Manolita, tu madre me ha contado lo de Luis y María. Es un problema. Pero... ¿tú crees qué han llegado a mayores?

MANOLITA: A mí me parece que las noches que yo he escuchado, no.

DON LUIS: ¡Ah! ¿Pero tú has ido allí a escuchar más de una noche?

MANOLITA: Dos o tres.

DON LUIS: ¿Y para qué?

MANOLITA: Pues para eso... Para enterarme... Para poder decíroslo a vosotros... Porque hay que ocuparse de Luisito, ¿no? A mí me parece que lo que le pasa es natural. Está en una edad muy peligrosa... Sobre todo en estas circunstancias, aquí encerrado, rodeado de mujeres...

DON LUIS: Sí, en eso tienes razón.

MANOLITA: Porque a la pobre María ya hace tiempo que la traía frita.

DOÑA DOLORES: (*Muy sorprendida*). ¿Sí?

MANOLITA: Claro, mamá. Le metía mano al menor descuido.

DOÑA DOLORES: Pero, entonces, ¿tú crees que se ha enamorado?

MANOLITA: (*Divertida ante lo que considera ingenuidad de su madre*).

¡No, mamá! Qué se va a enamorar. Es otra cosa.

DOÑA DOLORES: (*Sin comprender*). ¿Qué cosa?

DON LUIS: Pues que le gusta meter mano, ¿no lo estás oyendo?

DOÑA DOLORES: (*Insistente*). Pero a María.

MANOLITA: A María y a quien se le ponga por delante. Si cada vez que me cruzo con él por el pasillo, parece que el pasillo se ha estrechado.

DOÑA DOLORES: (*Casi en tragedia griega*). ¡Manolita!

MANOLITA: ¿Qué pasa, mamá?

DOÑA DOLORES: Que eres su hermana.

DON LUIS: Toma, pues por eso.

DOÑA DOLORES: ¿Cómo que por eso? Pero ¿qué decís?

DON LUIS: Que por eso se cruza con ella en el pasillo: no se va a cruzar con Marlene Dietrich.

DOÑA DOLORES: ¡Jesús, Jesús!

MANOLITA: Pero ¿a ti no te apretuja, mamá?

DOÑA DOLORES: Es natural, soy su madre. Y antes, cuando era más pequeño, alguna vez le he pillado espiándome cuando iba a bañarme. Pero era curiosidad. Ya no lo hace.

MANOLITA: Claro. Desde que yo me he desarrollado.

DON LUIS: (*Irónicamente escandalizado*). ¡Qué casa, Dios mío, qué casa! Nos van a echar del piso.

MANOLITA: Bueno, ahora sí que tengo que irme. Es tardísimo. Y coger el metro es una lucha.

DOÑA DOLORES: Sí, vete, hija, vete. Además, estas cosas prefiero hablarlas a solas con tu padre.

(*MANOLITA se marcha*).

DOÑA DOLORES: En fin, tú dirás.

DON LUIS: ¿Qué diré?

DOÑA DOLORES: Lo que hacemos.

DON LUIS: Pues... no sé... Tiene razón Manolita. Me gusta, me gusta esta hija. Es muy justa de ideas, muy moderna... Tiene una mirada muy clara, sabe ver... Luis es ya un hombre...

DOÑA DOLORES: Es un niño.

DON LUIS: Para ti lo será siempre. Pero es ya un hombre, y el año que viene lo será más.

DOÑA DOLORES: Pero el año que viene es distinto, la vida ya será normal.

DON LUIS: Y se casará, ¿no?

DOÑA DOLORES: No, Luis, pero... (*No sabe qué decir*). ¡Ay, no me pongas nerviosa!

DON LUIS: Si ya lo estás. Lo que quiero decir es que tienes que hacerte a la idea de que ese niño crecerá, crecerá de una manera incontenible, acabará llenando toda la casa, dejándonos a nosotros sólo un rincón, y querrá meter mano, meter mano a toda la carne que se le ponga por delante.

DOÑA DOLORES: (*Harta*). ¡Sí, sí, sí! Pero yo lo que digo, Luis, es que ahora, ¿qué hacemos?

DON LUIS: Pero ¿tú qué es lo que quieres? ¿Que le dé un duro para que se vaya de putas?

DOÑA DOLORES: ¡Ay, no! ¡Eso sí que no! ¡En esta situación!

DON LUIS: Pues he oído decir que hay más higiene que antes.

DOÑA DOLORES: ¡Si hasta por la radio les tienen que decir a los milicianos que sean limpios, que tengan cuidado! ¡Si han muerto batallones enteros por eso!

DON LUIS: Bueno, eso cuentan...

DOÑA DOLORES: Y será verdad. No, con mujeres de ésas, no... ¡Señor, Señor, un chico de Acción Católica^[25]!

DON LUIS: Era sólo aspirante.

DOÑA DOLORES: Algo tendrás que pensar, Luis.

DON LUIS: ¿Yo?

DOÑA DOLORES: Eres su padre. Y eres un hombre.

DON LUIS: Sí, una coincidencia.

DOÑA DOLORES: Háblale.

DON LUIS: ¿Hablándole voy a contener las fuerzas de la naturaleza, el genio de la especie?

DOÑA DOLORES: No digas más tonterías, Luis. Y piensa algo, que me estés sacando de quicio.

DON LUIS: La hija de la casera, Maluli, creo que debe de andar ya por los quince años. ¿Te parece que se lo diga a doña María Luisa y les apareamos?

DOÑA DOLORES: Eres imposible. ¿Qué hacemos con María?

DON LUIS: ¿Con la muchacha?

DOÑA DOLORES: Sí, claro. Tendremos que echarla.

DON LUIS: Mujer... Eso me parece un poco... un poco feudal... Que ella sea la que pague el pato...

DOÑA DOLORES: Pues a mí me parece más feudal, como tú dices, tenerla aquí, en ese cuarto, para que el niño haga con ella lo que quiera.

DON LUIS: Lo que quiera ella.

DOÑA DOLORES: ¡Me da igual! Luis, hace ya días, antes de saber esto, María me habló... Me habló de que quizá fuera mejor para ella irse al pueblo en vista de que aquí —ella lo ve mejor que nosotros— está muy difícil lo de la comida.

DON LUIS: ¿A su pueblo, a Segovia? Pero si allí no se puede ir, están los facciosos en San Rafael y en Los Molinos.

DOÑA DOLORES: Pero tiene familia también en Torrelaguna. Ella me lo ha dicho. Yo podría arreglarme sola.

DON LUIS: ¿Ahora, con Manolita en el teatro?

DOÑA DOLORES: Cuando tú vuelvas a trabajar, podemos buscar otra muchacha.

DON LUIS: ¿Otra igual?

DOÑA DOLORES: No, distinta.

DON LUIS: Una muchacha muy viejecita, muy viejecita...

DOÑA DOLORES: (*Dejándole por imposible*). Sí, eso es. (*Va hacia la puerta*). ¡María!

DON LUIS: Pero ¿se lo vas plantear ya?

DOÑA DOLORES: No puede pasar una noche más en casa, compréndelo.

MARÍA: (*Llega al comedor*). ¿Llamaba, señora?

DOÑA DOLORES: Sí, siéntate.

MARÍA: No, no señora.

DOÑA DOLORES: Siéntate. Es que yo... estoy muy nerviosa... Y me pone más nerviosa hablar contigo... así... estando tú de pie.

MARÍA: Como usted diga, señora.

DOÑA DOLORES: He estado pensando aquello que me dijiste el otro día de que querías irte al pueblo, con tu familia...

MARÍA: Yo no dije eso.

DOÑA DOLORES: ¿No te acuerdas? Me dijiste que aquí comíamos muy mal, y que comprendías que nosotros no podíamos hacer más, y que ya veías que pagarte la miseria que te pagamos...

MARÍA: Yo no dije eso.

DOÑA DOLORES: No, lo de la miseria lo dije yo. Y que te habías enterado de que en el pueblo había más víveres y que podías ayudar a tu tía, porque su marido y su hijo se habían ido a las milicias.

MARÍA: Sí, eso sí se lo dije.

DOÑA DOLORES: Y que aquí, en Madrid, te encontrabas muy mal.

MARÍA: Sí, eso también lo dije.

DOÑA DOLORES: Pues, ¿entonces?

MARÍA: Es que, ahora, aquí en Madrid, me encuentro mucho mejor.

(*En una pausa, el padre y la madre se miran*).

DOÑA DOLORES: (*Llena de sospechas*). ¿Por qué?

MARÍA: Porque lo peor era lo de los víveres y, ya lo sabe usted, con lo de Basilio, mi paisano el de la tienda, algo vamos arreglando.

DOÑA DOLORES: Muy poco.

MARÍA: Sí, pero ahora va a ser mejor. Porque ya sabe usted que se quedó de encargado y ahora es de los que más entienden de alimentación y como dentro del sindicato ya le dije a usted que estaba muy bien visto, pues le han metido en abastos y yo creo que a mí no me faltará nada... Bueno, ni a ustedes...

DOÑA DOLORES: Está bien. (*Toma una enérgica decisión*). Mira, María, para acabar de una vez...

DON LUIS: (*Interrumpiendo a su mujer*). Déjame a mí. (*Se levanta, y se acerca a MARÍA*). María: Luis, mi hijo, tiene ya quince años. Afortunadamente, he podido comprobar que le gustan las mujeres. A su madre, hace tiempo, la espiaba cada vez que iba a bañarse, y cuando le agarra un brazo se lo deja con más manchas que el lomo de una pantera; a su hermana, cuando se la tropieza por los pasillos le da unos achuchones que ya tienen hoyos las paredes; y a ti se te mete en la cama una noche sí y otra no.

MARÍA: (*Levantándose de golpe*). ¡Señor! ¿Pero, qué...?

DON LUIS: Y la noche de en medio debe de ser para tomar fuerzas, porque como ahora se come tan poco...

DOÑA DOLORES: Luis, no hace falta que...

DON LUIS: Cada uno a su aire. Afortunadamente también... (*Vuelve a dirigirse a MARÍA*) ... tú estás estupenda y te gustan, como es lógico y natural, los hombres, y Luisito ya lo es. (*Corta de pronto su discurso y habla en otro tono*). Antes de que prosiga... ¿Habéis llegado a mayores?

MARÍA: (*Se vuelve a dejar caer en la silla, a punto de llorar*). ¡No, no! ¡Por la Virgen de la Fuencisla que no!

DON LUIS: Bien, bien, cálmate. Si no es para llorar. A este valle de lágrimas hemos venido a llorar lo menos posible. Y a gozar y a divertirnos lo más que podamos. Lo que ocurre es que, de momento y hasta que las cosas no cambien del todo, es costumbre que en estas diversiones de hombres y

mujeres haya por medio algo de dinero o algo de amor, y en vuestro caso no hay ni lo uno ni lo otro. Vosotros hacéis lo que hacéis porque estáis bajo el mismo techo, porque la casa es pequeña y os tropezáis a cada momento... Y nada más... Es mejor que tú te vayas a Torrelaguna a ayudar a tu tía y allí encuentres a un mozo un poco mayor que Luisito, del que te puedas enamorar... Y que Luisito se quede aquí estudiando la Física y solucionando los problemas de su desarrollo como Dios le dé a entender, que para eso era de las Juventudes Católicas. Tienes que irte, María. Todo esto es una injusticia, pero estoy convencido —y tú también— de que tiene que ser así.

MARÍA: (*Llora ya con un llanto incontenible*). Estoy muerta de vergüenza. (*Se levanta*). ¿Me dejan que me vaya a mi cuarto?

DON LUIS: Sí, mujer, sí. ¿Quieres un trago de anís?

MARÍA: (*Marchándose ya, muy deprisa*). No, prefiero agua.

DOÑA DOLORES: ¡Y haz el baúl!

DON LUIS: (*Tapa, violento, la boca de doña Dolores*). ¡Calla, mujer! (*Va a sentarse en la silla que hay junto a la mesita de la radio. La enciende*).

DOÑA DOLORES: Lo has hecho muy bien.

DON LUIS: Déjame en paz. Dame el anís.

(*DOÑA DOLORES sirve el anís y acerca la copa a su marido. Mientras tanto ha empezado a oírse la VOZ DE UN LOCUTOR*).

LOCUTOR DE LA RADIO: ... Los intelectuales antifascistas del mundo entero han lanzado una convocatoria pidiendo solidaridad con el pueblo español, y próximamente tendrá lugar una asamblea...^[26]

(*DOÑA DOLORES, al acercar la copa a DON LUIS, le mira a los ojos*).

DOÑA DOLORES: Tienes lágrimas.

DON LUIS: ¿Yo? ¡La madre que los parió!

DOÑA DOLORES: ¿A quién?

DON LUIS: ¡Yo que sé!

(DOÑA DOLORES le pasa una mano por la cabeza).

DON LUIS: Déjame escuchar la radio.

DOÑA DOLORES: ¿Estás enfadado? Pues aún te queda hablar con Luisito.

DON LUIS: ¡Déjame escuchar, Dolores!

LOCUTOR DE LA RADIO: ... una medida de gran oportunidad el establecimiento del Gobierno en Valencia...

(DOÑA DOLORES sale del comedor y, al pasar, llama a LUIS).

DOÑA DOLORES: ¡Luis! ¡Tu padre quiere hablar contigo!

VOZ DE LUIS: ¡Voy, mamá!

VOZ DE LOCUTOR: ... han sido ya designados los miembros que constituirán la junta de Defensa. El cargo de presidente de dicha Junta ha recaído en el general Miaja^[27]. Dentro de unos minutos dirigirá la palabra al pueblo de Madrid Dolores Ibárruri, la Pasionaria^[28].

(En la radio comienza a oírse «La Internacional»^[29]).

LUIS: *(Entrando en este momento en el comedor)*. ¿Qué quieres, papá?

DON LUIS: Siéntate. Tengo que hablar contigo. Pero sólo unos minutos. Estoy citado ahora con Oñate y con los otros...

LUIS: ¿Vais a volver a trabajar pronto?

DON LUIS: De momento vamos a fundar el Sindicato de Distribución Vinícola. Hay que poner las Bodegas en marcha, porque como se han quedado abandonadas...

LUIS: Pues tú dirás, papá.

DON LUIS: *(Cierra la radio)*. ¿Te acuerdas de aquello que me dijiste el otro día, lo de las cajas de puros de la viuda del comandante de carabineros?

LUIS: No es viuda, papá. El padre de Romera ha desaparecido. Pero están seguros de que se ha pasado a la otra zona. Esperan un día de éstos una carta por medio de la Cruz Roja.

DON LUIS: Bueno, ojalá sea así.

LUIS: Sí, están casi seguros.

DON LUIS: Pues lo he pensado. Esa señora tiene cajas de puros, ¿no?

LUIS: Sí, bastantes. Son de decomiso del contrabando.

DON LUIS: Ya. Y quiere cambiarlas por vino.

LUIS: (*Bromeando*). No es que sea una borracha... Es que están acostumbrados a beber vino en las comidas. Y, además, piensa que a lo mejor puede cambiar las botellas de vino por garbanzos o por algo así. Nosotros también podríamos cambiar las cajas de puros por víveres, ¿no?

DON LUIS: Hombre, de momento... No lo había pensado... Pero sí, podemos cambiar algunas cajas y yo fumarme algún purito suelto, ¿no te parece? Porque si no, yo podía cambiar directamente el vino por bacalao, y ya estaba.

LUIS: (*Ligeramente avergonzado*). No, papá, si yo creo que tú tienes derecho a fumar puros. ¿Es eso lo que querías decirme?

DON LUIS: Sí, eso. Que le digas a tu amigo que estoy dispuesto al cambio.

LUIS: Bueno, se lo diré.

DON LUIS: ¿Y dónde ves a ese amigo? Porque estás casi todo el día encerrado aquí, en casa.

LUIS: Es que a mamá le da miedo si salgo.

DON LUIS: Ya, ya; pero no le hagas mucho caso. Hay que hacerse a todas las circunstancias. Hay que vivir siempre.

LUIS: Sí, eso le digo yo. A veces voy al bar de la esquina, nos vemos en los billares.

DON LUIS: Ah. ¿Juegas bien?

LUIS: No, muy mal; pero nos reunimos.

DON LUIS: Sí, eso es lo importante.

LUIS: Te advierto que también lo paso bien aquí solo, leyendo.

DON LUIS: Pero hay que salir, hijo, salir... ¿Y quién va por allí, por los billares?

LUIS: Pues chicos del barrio, algunos señores mayores... Y milicianos de esta calle, cuando están de permiso...

DON LUIS: ¿Y chicas, no?

LUIS: No, papá. ¿A los billares?

DON LUIS: Tienes razón. Qué tonterías digo. Pobres chicas, ¿dónde estarán en una situación como ésta?

(El padre y el hijo hablan con absoluta indiferencia, como si nada de aquello les importase nada).

LUIS: Casi todas están en sus casas. No las dejan salir. Algunas juegan aquí, en la calle, por las tardes. Desde el balcón se las ve.

DON LUIS: Ah, ¿se las ve jugar desde el balcón?

LUIS: Sí; también hay pandas de chicos que juegan a la guerra con botes. Pero son chicos pequeños.

DON LUIS: Claro. Y chicas pequeñas.

LUIS: Sí. De las otras, de las que son algo mayores... algunas van al Socorro Rojo.

DON LUIS: *(Sorprendido)*. ¿Al Socorro Rojo?

LUIS: *(Sorprendido de que su padre se sorprenda)*. Sí, papá. ¿No sabes lo que es el Socorro Rojo?

DON LUIS: Sí, hombre. Vamos, creo que sí, que lo sé. Es una asociación para ayudar a los presos, a los perseguidos...

LUIS: Pues Rovira y otro del colegio, de los mayores, de los de sexto, se han incautado de un piso, ahí, en Cardenal Cisneros, y han puesto un centro del Socorro Rojo.

DON LUIS: ¿Y allí qué hacen?

LUIS: Pues inscriben socios, recaudan fondos que mandan luego a la central, hacen un periódico mural... se reúnen...

DON LUIS: ¿Con chicas también?

LUIS: Si están afiliadas... Se reúnen por las tardes.

DON LUIS: ¿Y bailan?

LUIS: (*Asombrado*). No, papá. ¿Por qué iban a bailar?

DON LUIS: Para pasar el rato... ¿Qué hacen cuando no inscriben socios ni mandan fondos?

LUIS: Pues Rovira dice que se sientan por allí y hablan.

DON LUIS: (*Dándole una palmada en la rodilla*). Hazte del Socorro Rojo, hombre, hazte del Socorro Rojo.

LUIS: Pero es que me da no sé qué.

DON LUIS: ¿No se han hecho tus amigos?

LUIS: Como yo era de la Juventud Católica...

DON LUIS: ¿Y tus amigos no?

LUIS: Uno sí, pero es que a ése todo le da igual...

DON LUIS: ¿Y a ti no? Tu madre se quejaba de que llevas un año sin ir a misa.

LUIS: Es que a mí la misa...

DON LUIS: Tú eras de la Juventud Católica para jugar al fútbol y al billar.

LUIS: Sí.

DON LUIS: Claro; como yo fui del Círculo Maurista. ¿Por qué no te vas a hacer ahora del Socorro Rojo?

LUIS: ¿Por qué tienes tanto interés, papá?

DON LUIS: No, no, si yo... Lo decía para que no estuvieras todo el santo día leyendo. Leer está bien, pero no a todas horas.

LUIS: No, papá; por las noches no leo.

DON LUIS: Ya, ya.

LUIS: Para no gastar luz.

DON LUIS: Claro. ¿Qué estás leyendo ahora?

LUIS: *Los miserables*, de Víctor Hugo.

DON LUIS: ¿Y te gusta?

LUIS: Sí, muchísimo.

DON LUIS: ¿Qué novelas son las que más te han gustado?

LUIS: Las de Salgari y las de Sabatini.

DON LUIS: Pero ésas ya las tenías tú. Digo de las que has bajado de la guardilla, de las mías.

LUIS: Pues me parece que *Sin novedad en el frente*, *Los misterios de París...*

DON LUIS: Y españolas, ¿no has leído? Esas que hay de Felipe Trigo, de Zamacois, de Pedro Mata...

LUIS: No, ésas no... Oye, a ti, ¿cuál es el autor que más te gusta?

DON LUIS: Máximo Gorki.

(Suena la explosión de un obús, cercana. Inmediatamente, otras dos muy seguidas).

DON LUIS: Ya estamos.

(Fuerte tiroteo, muy continuado. Disparos de fusil, tableteo de ametralladoras, explosiones de granadas).

DON LUIS: Qué barbaridad. Parece que están en esta misma calle.

LUIS: Ya hace días que están muy cerca.

DON LUIS: Sí, en la Casa de Campo, en la Universitaria...

(Entran en el comedor, apresurados, nerviosos, precipitados, DOÑA DOLORES, DOÑA ANTONIA, PEDRITO y JULIO).

DOÑA ANTONIA: ¿Han oído la radio?

DON LUIS: Yo la he oído hace un rato.

DOÑA ANTONIA: ¿Y han dado noticias?

DON LUIS: Sí, pero no me he enterado muy bien. *(Va hacia la radio y vuelve a conectarla).*

DOÑA ANTONIA: Mi Pedrito viene de la calle y dice que esto ha terminado.

DON LUIS: (*Refiriéndose al tiroteo que no deja de oírse*). ¿Sí? Pues nadie lo diría.

(En la radio suena música sinfónica).

DOÑA ANTONIA: Son los últimos coletazos. El Gobierno ha huido a Valencia.

DON LUIS: Se ha trasladado. Pero ya hace días que se estaba procediendo a esa retirada de los mandos. Y lo de que se haya acabado esto no lo veo claro, doña Antonia, porque precisamente hoy llegan a Madrid las brigadas de extranjeros...^[30]

DOÑA ANTONIA: A mi Pedrito le han dicho que ahora, a las tres menos cuarto, iban a dar noticias...

PEDRO: Sí, eso me han dicho. Y que iba a hablar la Pasionaria.

DON LUIS: (*A su hijo*). La Pasionaria debe de haber hablado en lo que charlábamos tú y yo.

DOÑA ANTONIA: ¿Y no la han oído ustedes?

DON LUIS: Es que teníamos otro asunto.

(Se han sentado todos a escuchar la radio. Sigue el tiroteo, las explosiones).

JULIO: Mamá, yo tengo que irme al bazar.

DOÑA ANTONIA: ¿Cómo vas a irte ahora, con este combate?

JULIO: Pero, mamá, si ahora combate lo hay todos los días.

DOÑA ANTONIA: Bueno, pues espérate un poco, a ver si dicen algo. Es muy pronto. ¿Ustedes no oyen nunca la radio de la otra zona?

DON LUIS: No señora.

DOÑA ANTONIA: Pues da noticias mucho mejores. Yo no lo digo por nada,

¿eh?, que ya saben ustedes que nosotros no tenemos radio, pero me han dicho que Unión Radio no dice más que mentiras. Como están con el agua al cuello... (A DON LUIS). ¿Por qué no busca usted la otra radio?

PEDRO: Se oye en onda corta, mamá, y sólo por la noche.

(Sin que deje de oírse la música sinfónica, empieza a oírse, cantada a coro por hombres y mujeres, «la Varsoviana»)^[31].

DON LUIS: *(Que se ha levantado de junto a la radio)*. No dan noticias, doña Antonia. Sólo himnos.

LUIS: *(Ha ido al balcón)*. Ese himno no es de la radio, papá.

(«La Varsoviana» se oye ya más cerca. Sigue el ruido del combate).

DON LUIS: ¿No lo estás oyendo?

LUIS: Pero no es de la radio; es de aquí, de la calle. Baja la radio...

(El padre baja el volumen de la radio. Se oye cerquísima el himno).

LUIS: ¿No oyes?

PEDRITO: *(Que también está mirando por el balcón)*. Sí, son milicianos que van al frente.

LUIS: A la Universitaria.

DOÑA ANTONIA: Suba, suba la radio, don Luis. Seguro que van a dar noticias.

(DON LUIS, de mal humor, sube la radio. Suenan al mismo tiempo las explosiones, los disparos de fusil, el tableteo de las ametralladoras, «la Varsoviana» y la música sinfónica. Todos se

sientan a escuchar la radio).

TELÓN

SEGUNDA PARTE

CUADRO VIII

Una cama. Una pequeña estantería con libros. Otros montones de libros por el suelo. Es el cuarto de Luis.

(LUIS está con PABLO; pero se ocupa de ordenar su biblioteca. LUIS lleva dos jerseys, uno encima de otro. PABLO no se ha quitado el abrigo, que ya le queda algo raquítico. De vez en cuando LUIS suspende su labor para atender con más interés a la Conversación. Luz de invierno).

PABLO: Nosotros, es que no podemos irnos a ningún lado...

LUIS: Claro, ni nosotros.

PABLO: Pero el Gobierno ha dado orden de evacuar Madrid...

LUIS: Sí; y todos los días repiten por la radio que el que pueda, que se marche. Mis padres lo han pensado.

PABLO: Pero tu padre, aquí, trabaja.

LUIS: Y yo voy a entrar en la Bodegas dentro de unos meses.

PABLO: A mí un compañero de mi padre me va a meter de repartidor de telégrafos.

LUIS: Eso está bien.

PABLO: Han llamado cuatro quintas.

LUIS: Sí; y en la otra zona, igual.

PABLO: Creo que allí, más.

LUIS: No sé.

PABLO: Lo digo por mis hermanos. Seguro que Salvador está ya en el frente. Y a lo mejor el otro también. O algo peor, porque es comunista.

LUIS: ¿Sí?

PABLO: Eso decía. Menudas peloterías armaba en la mesa con mi padre...

LUIS: Pero tu padre es republicano.

PABLO: Sí, pero no comunista. Jerónimo es partidario de que no haya propiedad, que todo sea del Estado, y que los hijos no hereden a los padres, y del amor libre y todo eso...

LUIS: A mí no me parece mal; lo que creo es que no se puede hacer.

PABLO: ¿El qué no te parece mal?

LUIS: Todo eso que dice tu hermano.

PABLO: ¿Lo del amor libre tampoco?

LUIS: Hombre, el amor debe ser libre.

PABLO: ¿Sí? ¿Tú crees? Pero en los países que hay amor libre, no hay putas.

LUIS: Claro que no.

PABLO: Entonces, cuando un hombre quiere joder...

LUIS: Pues busca una mujer que también quiera.

PABLO: ¿Y si quiere, pero no con él?

LUIS: Pues busca otra.

PABLO: ¿Y si ninguna quiere?

LUIS: ¡Coño, qué difícil lo pones!

PABLO: No lo pongo yo, es que es muy difícil. Porque si hay matrimonio, la mujer que se casa tiene que joder. Y si hay putas, las pagas, y ya está. Pero si no hay ni lo uno ni lo otro, todas van a ser para Clark Gable.

LUIS: No sé... No sé cómo tendrán arreglado eso.

PABLO: Yo tampoco. Bueno, dame la novela.

LUIS: Mira, éstas son las que te decía. Las de Eduardo Zamacois, Pedro Mata, Felipe Trigo...^[32]

PABLO: ¿Son verdes?

LUIS: Sí. Pero no son como las que llevaba Cascales al colegio. Son más

serias, mejor escritas...

PABLO: ¿Y te ponen cachondo?

LUIS: Claro. Lo que pasa es que sólo en algunos capítulos. Yo los otros me los salto.

PABLO: Es natural. ¿Y has leído muchas?

LUIS: Todas. Por eso te puedo prestar la que quieras.

PABLO: Tú verás. Dame la que te parezca mejor.

LUIS: Toma ésta.

PABLO: Cuando la acabe me dejas otra. (*PABLO se mete la novela entre el pantalón y los calzoncillos*).

LUIS: La que tú quieras. ¿Por qué te la metes ahí?

PABLO: Para que no me la vea Florentina.

LUIS: ¿Quién, tu criada? ¿Pero se preocupa de eso?

PABLO: Sí, se preocupa de todo. Como se ha quedado sola con mi hermana y conmigo... Bueno, la verdad es que ahora se preocupa menos... Se ha casado, ¿sabes?

LUIS: ¿Florentina?

PABLO: Sí. Se ha casado de repente. Como se casan ahora. Con un extranjero, uno de esos de las brigadas internacionales.

LUIS: ¿Y se ha ido de casa; estáis vosotros solos?

PABLO: No; sigue viviendo allí, en mi casa, fíjate, en casa de mis padres.

LUIS: ¿Con él, con su marido?

PABLO: Claro.

LUIS: ¿Y vivís todos juntos en el piso, tu hermana, tú, la muchacha y el de las brigadas?

PABLO: Sí. Bueno, ahora no, porque él está en el frente. Pero cuando viene a Madrid, allí se mete.

LUIS: Hombre, si están casados...

PABLO: Pero es la casa de mis padres.

LUIS: Sí, eso sí.

PABLO: Ella, el otro día, me dijo que lo había hecho para ayudarnos,

porque ya no sabía qué hacer para encontrar comida... Como nos hemos quedado sin casi nada de dinero...

LUIS: Pero tu tío, el anticuario...

PABLO: ¿El de Alicante?

LUIS: Sí. ¿No os mandaba dinero?

PABLO: Le han dado el paseo. Nos hemos enterado hace unos días.

LUIS: Y entonces se ha casado Florentina, ¿no?

PABLO: Sí.

LUIS: Pues es verdad que lo ha hecho por vosotros.

PABLO: (*Con cierta rabia contenida, que intenta disimular*). Y porque le gusta el de las brigadas.

LUIS: (*En persona mayor*). Bueno... claro... Florentina es una mujer.

PABLO: Pero se meten allí, en casa.

LUIS: ¿Y se acuestan en la alcoba de tus padres?

PABLO: Sí. Ella no quería, pero él la ha convencido.

LUIS: ¿Os lleva comida?

PABLO: Sí. El otro día llevó mucha. Nos sentamos todos juntos en el comedor: mi hermana, yo, y ellos dos... pusieron el gramófono... Y él abrió muchas latas... de unas comidas raras que yo no sé lo que eran...

LUIS: ¿Y tú comiste?

PABLO: (*A punto de llorar*). Claro, claro que comí... hace la mar de tiempo que no comía tanto.

LUIS: Pero ¿por qué lloras?

PABLO: Si no lloro. Es que hace mucho frío.

LUIS: Estás llorando. ¿Por qué?

PABLO: No lo sé, Luis...

LUIS: (*De un salto vuelve a la estantería donde están los libros. Trata de hablar en tono de broma*). Me parece que tú estás cabreado porque te gusta Florentina.

PABLO: ¡No seas gilipollas, qué me va a gustar!

LUIS: (*Señalando uno de los estantes*). Éstas son de aventuras, pero

también tienen capítulos que ponen cachondo.

PABLO: ¿Cuáles?

LUIS: (*Sacando un libro*). Ésta por ejemplo: *Margarita de Borgoña*.

VOZ DE DOÑA DOLORES: ¡Luisito! ¿Puedes venir? ¡Ha venido tu primo!

LUIS: (*Entreabre la puerta*). ¿Qué primo?

VOZ DE DOÑA DOLORES: ¿Cuál va a ser? ¡Anselmo, el de La Almunia!

LUIS: Es que estoy con Pablo, ¡estamos estudiando!

VOZ DE DOÑA DOLORES: ¡Pues venid los dos! ¡Quiere verte!

CUADRO IX

Comedor de DOÑA DOLORES.

(Están DOÑA DOLORES, DON LUIS, MANOLITA y el primo ANSELMO, un joven vestido de miliciano, con sus pistolas y un pañuelo rojo y negro al cuello).

ANSELMO: Pues sí, hombre, me parece cojonudo que os hayáis incautado de las Bodegas. Allí en Aragón hay muchas industrias que están colectivizadas.

DON LUIS: Sí, ya lo sé.

ANSELMO: Y la tierra, también la tierra.

(Entran en el comedor LUIS y PABLO).

LUIS: Hola, Anselmo.

ANSELMO: ¡Coño, cómo has crecido!

DOÑA DOLORES: Va a hacer dos años que no os veáis.

ANSELMO: Tienes razón, porque el año pasado se jodió el veraneo.

LUIS: Este es Pablo, un compañero de colegio.

ANSELMO: ¿Cómo estás?

PABLO: Bien, gracias.

DON LUIS: Yo tuve noticias de que estabas en la Universitaria, pero creí que si tenías suerte lo primero que harías sería venir por casa.

ANSELMO: Eso pensaba. Pero me mandaron con un coche a llevar a Valencia a uno del alto mando. Y hasta hoy no he vuelto. Ya veis, lo primero que he hecho...

DON LUIS: Y aquello, ¿cómo está? Me han dicho que es la Costa Azul...

ANSELMO: Mira, no me preguntes, no me preguntes, porque vengo echando leches... Sale uno de aquí, del barro, de la mierda, de la sangre, de los montones de amigos muertos, del hambre... Y se encuentra con aquello, ¡qué cabronada, tío! Hazte una idea: los puestos del mercado están llenos de comida...

DOÑA DOLORES: ¡No me digas! Y ¿por qué no mandan?

ANSELMO: De verdad, hay de todo. Bueno, por lo menos de todo lo que yo conozco. Y más, más, porque en La Almunia no había tantas cosas: pavos, gallinas, turrón, piñas, dátiles, naranjas —eso, claro, por descontado—, granadas... Pero de las de comer, ¿eh?; de las otras, ni una. (*Por el tableteo de las ametralladoras, los disparos de fusil que suenan de vez en cuando*). Y esa música no la han oído. Pero ¿vosotros no compráis la CNT^[33]?

DON LUIS: Sí, y el A B C por las mañanas.

ANSELMO: ¿Y no habéis leído los versos que ponen?

DON LUIS: A veces.

ANSELMO: (*Repitiendo unos versos que recuerda*). «... tenéis carne, tenéis fruta *porque hay de todo en Valencia*: huevos duros, huevos blandos / pero no de los que cuelgan». ¡Qué tío, qué gracia tiene! Por lo visto, allí les han gustado siempre las bandas de música, y en la plaza hay todos los días una dándole a las marchas y a las zarzuelas. Como en la feria, de verdad, como en la feria. Y unas gachís con unas cestas vendiendo flores... Y limpiabotas... De todo, de verdad, de todo, ¡no veas!... En lo único que se nota la guerra es en que hay carteles pegados por las paredes, «El enemigo escucha» y leches de ésas. También se ven milicianos, claro, como yo, de los que llegan de otra parte. Pero, lo que es los emboscados de allí, todos bien vestidos, bien lavados... Y en cuanto sale un poquito de sol, hala, a la calle a pasear.

DOÑA DOLORES: Igual que aquí.

ANSELMO: Sí, igualito, igualito.

DOÑA DOLORES: Ay, quién estuviera en Valencia.

ANSELMO: Para vosotras, para las mujeres, es la gloria. Pero, de verdad, a nosotros se nos sube la sangre a la cabeza.

DOÑA DOLORES: Y tú que vienes del frente y has estado en Valencia con el Gobierno...

ANSELMO: No tanto.

DOÑA DOLORES: Pero estarás enterado de más cosas que nosotros. Porque aquí oímos la radio, sí, y nos llegan bulos y más bulos todos los días, pero no se puede una fiar. Algunas veces hemos oído la radio del otro lado...

ANSELMO: Bah, una sarta de mentiras. Propaganda.

DOÑA DOLORES: Ya, por eso digo, tú, ¿cuándo crees que acabará esto?

ANSELMO: En seguida. ¿No ves cómo les hemos sacudido aquí? En la Universitaria, en la Casa de Campo, en todo el frente. Hemos ganado la batalla. Les hemos parado. ¡No han pasado! ¿Lo habéis visto? ¡No han pasado^[34]! Y la repercusión internacional que esto ha tenido, ¡no veas! Porque los fascistas se lo han jugado todo a tomar Madrid. Y no lo han tomado. Ahora están que no saben qué hacer. Además, Francia va a abrir la frontera y entonces entrará todo lo que queramos: armas, víveres, lo que sea. Cuestión de días, ya os digo.

DOÑA DOLORES: Dios te oiga. Perdona, ojalá, quiero decir. Porque aquí se ven las cosas tan distintas... Combates y más combates..., bombardeos, hambre... No pasa día sin que nos llegue la noticia de una muerte.

DON LUIS: ¿Sabes lo de Heliodoro y la Catalina?

ANSELMO: ¿El qué?

DON LUIS: Murieron en el bombardeo del barrio de Argüelles. Los dos. A la niña la han evacuado a Alicante.

DOÑA DOLORES: ¿Y lo de tu primo Antonio, el nieto de la tía Eudisia?

ANSELMO: Casi no le conozco. ¿Qué le ha pasado?

DOÑA DOLORES: Le dieron el paseo.

ANSELMO: ¿Quién, los de Falange?

DOÑA DOLORES: No...

DON LUIS: (*Interrumpiendo a DOÑA DOLORES*). Bueno, no se sabe...

ANSELMO: ¿Cómo que no se sabe? Si era un obrero. Carpintero, ¿no?

DOÑA DOLORES: Sí, pero como trabajaba en un convento...

DON LUIS: Escondió en su casa unas casullas o algo así.

ANSELMO: ¡A quién se le ocurre!

DOÑA DOLORES: El hombre era muy religioso.

ANSELMO: ¿Sí? Pues era un equivocado, eso es lo que era, un equivocado. ¿Cómo se puede ayudar a los curas, hombre? Los curas y los militares se han vendido al capital para hacernos la puñeta a nosotros, a los de siempre, a los que arrimamos el hombro. Pero, joder, si eso lo ve un ciego.

DOÑA DOLORES: (*Conteniendo las lágrimas*). Pero el pobrecillo era tan infeliz...

DON LUIS: No remuevas ahora esas cosas, mujer.

ANSELMO: No empieces con lloros, tía, que yo venía muy contento.

DOÑA DOLORES: Claro, como tú crees que esto está acabando...

ANSELMO: Que está acabando y que todo va a ser distinto. Distinto y mucho mejor que antes. Vendrá la paz, pero una paz cojonuda y para mucho tiempo. Ya no nos cargaremos a nadie; sólo al que no quiera trabajar, al que escurra el bulto; a ése sí. Se terminó ya lo de los explotadores y los explotados. (*A LUIS*). Tú ya trabajas, ¿no?

DON LUIS: En cuanto cumpla los dieciséis va a entrar en la oficina conmigo.

DOÑA DOLORES: Ahora para andar por la calle hace falta la carta de trabajo.

ANSELMO: Natural. Ya habrá tiempo, cuando la sociedad libertaria esté en marcha, de trabajar lo menos posible, que ese es el ideal.

MANOLITA: ¿Ah, sí?

ANSELMO: Anda ésta, pues claro. Primero, a crear riqueza; y luego, a disfrutarla. Que trabajen las máquinas. Los sindicatos lo van a industrializar todo. La jornada de trabajo, cada vez más corta; y la gente, al campo, al cine o a donde sea, a divertirse con los críos... Con los críos y con las gachís...

Pero sin hostias de matrimonio, ni de familia, ni documentos, ni juez, ni cura... Amor libre, señor, amor libre... Libertad en todo: en el trabajo, en el amor, en vivir donde te salga de los cojones... ¿Que te gusta Madrid? Pues Madrid. ¿Que te gusta la montaña? Pues la montaña.

LUIS: ¿Y al que le guste irse al extranjero?

ANSELMO: Pues al extranjero. ¿Qué coño importa eso? ¡Las fronteras a tomar por el culo! ¿Tú crees que el ejemplo de España no va a cundir? Claro que va a cundir: la sociedad libertaria será una sociedad internacional y cada trabajador trabajará donde le apetezca. Y en lo otro, ya te digo, Manolita, se acabó esa vergüenza que habéis pasado siempre las mujeres. Os acostáis con el que os guste.

PABLO: ¿Y el que no guste...? (*No le sale la voz, carraspea antes de seguir*).

ANSELMO: ¿Qué?

PABLO: ¿El que no guste a las mujeres?

ANSELMO: Siempre hay un roto para un descosido. Pero, ya os digo, nada de eso de los hombres y las mujeres es pecado. Se acabó el pecado, joder. Únicamente hay que respetar, eso sí, el mutuo acuerdo entre la pareja. Que uno se quiere largar, pues se larga. Pero nada de cargarse a la chica a navajazos. Cada uno a su aire. Y en la propiedad, ni tuyo ni mío. Los mismos trabajadores organizan la distribución de los frutos del trabajo, y ya está. Y la educación, igual para todos, eso por descontado. Tendrás todos los libros que quieras, Luis, para que sigas con tu manía. Y para que enseñes a los demás trabajadores, que ahí está la madre del cordero.

DOÑA DOLORES: ¿Y de verdad tú crees que será pronto todo eso que dices?

ANSELMO: Pero, tía Dolores, si está a la vuelta de la esquina. Bueno, si nos dejan.

DON LUIS: ¿No dices que esto se ha acabado?

ANSELMO: Sí, pero quedan los chinos.

DOÑA DOLORES: ¿También van a entrar los chinos en esta guerra?

DON LUIS: Mujer, ellos llaman chinos a los comunistas.

DOÑA DOLORES: Ah, no lo sabía.

LUIS: Yo tampoco.

ANSELMO: Yo les comprendo, ¿eh?, les comprendo, sé por dónde van con la táctica y la oportunidad y todo eso. Lo que pasa es que están equivocados. Un estado fuerte, un estado fuerte... ¿y a mí qué más me da que me haga la puñeta el cacique o que me la haga el Estado? Yo lo que quiero es que no me hagan la puñeta. (*Ha echado una mirada al reloj*). Y me largo, que me están esperando a la puerta de Chicote^[35].

(Se levantan todos y le van despidiendo pisándose las frases unos a otros).

DOÑA DOLORES: Vuelve pronto.

DON LUIS: Adiós, Anselmo, que tengas mucha suerte.

ANSELMO: (*A LUIS*). Tú estudia la Física ésa, no hagas rabiar a tu madre.

LUIS: Pero ¿va a seguir habiendo exámenes?

ANSELMO: Ah, yo de eso no sé nada. (*A PABLO*) Adiós, chaval.

MANOLITA: Hasta muy pronto, Anselmo.

ANSELMO: Que esta tarde voy a verte al teatro, ¿eh?

MANOLITA: Casi no hago nada, no te vayas a creer.

ANSELMO: Hombre, claro: estás empezando.

(Dos explosiones de obús muy cerca. Se quedan todos quietos un instante. Y en silencio. Una explosión más).

DOÑA DOLORES: Al sótano, al sótano.

MANOLITA: Vamos al sótano.

DOÑA DOLORES: (*Coge de una mano a ANSELMO*). Ven, ven, en el sótano hay un refugio.

DON LUIS: En el almacén del escultor.

(Van saliendo todos rápidamente).

VOZ DE ANSELMO: Yo tengo que ir a Chicote.

VOZ DE DOÑA DOLORES: ¿Cómo vas a salir ahora?

VOZ DE MANOLITA: Yendo por la acera segura...

VOZ DE LUIS: Y de portal en portal...

(Continúan las explosiones).

CUADRO X

Comedor de DOÑA ANTONIA.

(Sentadas a la mesa, DOÑA ANTONIA, DOÑA MARCELA —la anciana madre de DON AMBROSIO— y DOÑA DOLORES. Está abierta la ventana que da al patio. En el alféizar hay un botijo, y la persiana está a medio echar. Una botella de anís de DOÑA DOLORES y unas copitas, en la mesa. Alguna de las señoras se airea de vez en cuando con un abanico. Suena algún que otro disparo suelto, casi siempre seguido de una corta ráfaga de ametralladora).

DOÑA DOLORES: *(Siguiendo una conversación ya iniciada).* Pues a mí me tiene muy preocupada, de verdad. Una incautación, al fin y al cabo, es una incautación. Es quedarse con lo que es de otros.

DOÑA MARCELA: Pero, mujer, si eso ahora es el pan de cada día.

DOÑA ANTONIA: Además, lo hicieron con buen fin: para que la gente tuviera trabajo.

DOÑA DOLORES: Sí, y para que a Madrid llegaran los suministros. Eso sí es verdad. Porque las Bodegas estaban empantanadas... Pero a mí, cuando me lo dijo, me dio mucho miedo. Le dije que por qué no esperaban a que esto pasase.

DOÑA ANTONIA: Pues cuando esto pase, de poco se van a poder incautar.

DOÑA DOLORES: Mujer, depende de quién gane. Aún está la pelota en el tejado. Al fin y al cabo, lo que dice Luis de que los beneficios se los deben

repartir los que trabajan, me parece razonable.

DOÑA MARCELA: Esa monserga se la vengo oyendo a mi marido desde hace cuarenta años. Cháchara, ¿sabe usted, doña Dolores?, cháchara nada más.

DOÑA ANTONIA: Yo creo que las cosas estaban bien como estaban. Y que lo que tienen que hacer los hombres es trabajar, procurar relacionarse lo mejor posible, y nosotras pedir a Dios que les ayude.

DOÑA DOLORES: Pero es que no todos trabajan, doña Antonia. Y ahí ha estado el mal.

DOÑA MARCELA: Cháchara, doña Dolores, cháchara.

(Una chica joven pasa por el fondo, hacia la puerta de la casa).

ROSA: Adiós, doña Antonia.

DOÑA ANTONIA: Adiós, Rosa.

(Suena el golpe de la puerta al cerrarse).

DOÑA ANTONIA: ¿Otra copita? Ah, y muchas gracias por la botella, doña Dolores.

DOÑA DOLORES: Tenemos que aprovechar. Porque las que teníamos ya se nos han acabado. Y ahora van a llegar con cuentagotas.

DOÑA ANTONIA: ¿Ahora que su marido es mandamás?

DOÑA DOLORES: ¿Qué dice usted? Ahora habrá mucho más control. *(Para hablar de otra cosa)*. ¿Tienen ustedes criada?

DOÑA ANTONIA: ¿Nosotros? ¿Criada?

DOÑA DOLORES: Como he visto a esa chica...

DOÑA ANTONIA: Pero ¿no se lo dije a usted, doña Dolores?

DOÑA DOLORES: ¿A mí?

DOÑA ANTONIA: La otra noche, después de oír Radio Burgos^[36]. El día que dieron la noticia de la ocupación de Santander.

DOÑA DOLORES: A mí no me ha dicho usted nada. O, a lo mejor, sí, porque es que no sé dónde tengo la cabeza.

DOÑA ANTONIA: Ni yo, ni yo; no me extrañaría que, sin habérselo dicho, creyera que se lo había dicho. No saben ustedes, no saben ustedes cómo me tiene esto... Es la novia de Pedrito.

DOÑA DOLORES: ¡Ah!

DOÑA MARCELA: ¿Su prometida?

DOÑA ANTONIA: No sé, no sé... A mí no me parece mal que tenga novia. El otro, no; pero éste siempre ha sido un díscolo... Pero que la traiga aquí... Pero, ya ven, dice que la pobre se ha quedado sin casa..., sola en Madrid... y ¿qué va a hacer una?

DOÑA MARCELA: ¿Y qué tal chica es?

DOÑA ANTONIA: Pues ¿qué quiere usted que le diga, si apenas la conozco?

DOÑA MARCELA: No, que si trabaja.

DOÑA ANTONIA: Eso, sí. Dispuesta sí parece. Se levanta temprano y lo limpia todo. Ahora se iba a la cola, que dicen que van a dar patatas.

DOÑA DOLORES: Pues menos mal.

DOÑA ANTONIA: Y cuando esto pase, ya veremos. Ya veremos si la largamos.

DOÑA DOLORES: O si se casan.

DOÑA ANTONIA: Por Dios, qué se van a casar. Si él es un crío y ella es una chica de no sé qué pueblo, sin casa, sin familia...

DOÑA MARCELA: Familia sí tendrá. No va a haber nacido de una col.

DOÑA ANTONIA: Pues si la tiene, ha desaparecido, o la han matado, o vaya usted a saber.

(El tiroteo se generaliza. Explosiones).

DOÑA DOLORES: Hay combate.

DOÑA ANTONIA: Sí.

DOÑA MARCELA: (A DOÑA ANTONIA). ¿Ha terminado usted con lo suyo?

DOÑA ANTONIA: ¿Qué?

DOÑA MARCELA: Que si ha acabado usted de contar sus desgracias.

DOÑA ANTONIA: Sí, doña Marcela, sí.

DOÑA MARCELA: Pues ahora voy a contar yo mis alegrías.

DOÑA DOLORES: No me diga. ¿Alegrías en estos tiempos?

DOÑA MARCELA: Me divorcio, doña Dolores.

DOÑA ANTONIA: ¿Qué dice usted?

DOÑA MARCELA: Que me divorcio, doña Antonia.

DOÑA DOLORES: Pero..., perdóneme doña Marcela, ¿a estas alturas?

DOÑA MARCELA: ¿Y a qué alturas quiere usted que lo hubiera hecho, si antes no había divorcio? Miren ustedes, en cuanto lo implantaron, al llegar la República, pensé pedirlo..., y ya me dirán lo que hubieran hecho ustedes casadas con ese cafre... Pero no lo hice, por mi hijo... Estaban a punto de nombrarle director del banco, de la sucursal de Teruel, y yo no iba a dar la campanada. Pero ahora, en esta situación, que cada uno hace lo que le sale de las narices...

DOÑA DOLORES: Pero, su marido, ¿está de acuerdo?

DOÑA MARCELA: ¿Y qué va a decir él? Si toda la vida ha sido partidario de la libertad, del progreso, del librepensamiento... ¡Si hasta creo que un día vio de lejos a Pablo Iglesias^[37]! Ese mastuerzo no puede decir nada.

DOÑA ANTONIA: Pero ¿le parece bien?

DOÑA MARCELA: Él tiene más ganas de perderme de vista que yo a él.

DOÑA DOLORES: Pero para divorciarse creo que hacen falta unas causas.

DOÑA MARCELA: Incompatibilidad de caracteres.

DOÑA DOLORES: Si llevaban ustedes casados... ¿cuántos años?

DOÑA MARCELA: Cuarenta y ocho. A ver si al cabo del tiempo no vamos a saber si somos o no somos incompatibles.

DOÑA ANTONIA: Cómo me gustaría tener el humor que usted tiene, doña Marcela.

CUADRO XI

Comedor de DOÑA DOLORES.

(Están sentadas, hablando, la madre y la hija. Algo acaba de decir la hija que ha espantado a la madre, que le ha hecho llevarse las manos a la boca).

DOÑA DOLORES: Pero ¿tú estás segura?

MANOLITA: Sí, mamá, ya te lo he dicho.

DOÑA DOLORES: ¡Dios mío, Dios mío! ¿Y cuánto... cuánto tiempo llevas?

MANOLITA: Ya voy para el cuarto mes.

DOÑA DOLORES: ¡Madre mía! No se puede hacer nada...

MANOLITA: No, mamá.

DOÑA DOLORES: Además, en estas circunstancias, ¡calla, calla! Pero ¿por qué no me lo has dicho antes?

MANOLITA: ¿Para qué, mamá? Sabía que te haría sufrir. Cuanto menos tiempo, mejor.

DOÑA DOLORES: Y ahora... tú te vas a tu trabajo y yo me quedo aquí... Y cuando tu padre y tu hermano vengan de la oficina, ¿qué les digo?

MANOLITA: Hoy no les digas nada. Con papá, prefiero hablar yo.

DOÑA DOLORES: ¿De verdad, hija? ¿No te da miedo?

MANOLITA: Es un problema mío, mamá. Y estoy segura de que él sabrá comprenderlo.

DOÑA DOLORES: Pero ¿el qué va a comprender? ¿El qué?

MANOLITA: Además, mamá, esto ahora no es tan trágico como tú lo ves.
¿Se te ha olvidado todo lo que explicó Anselmo?

DOÑA DOLORES: Eso son locuras.

MANOLITA: No lo son.

DOÑA DOLORES: Son sueños.

MANOLITA: Las cosas no son como antes, de verdad.

DOÑA DOLORES: Ya te lo decía yo, ya te lo decía yo...

MANOLITA: ¿El qué me decías?

DOÑA DOLORES: El teatro, hija, el teatro. ¿Quién es el padre? Un cómico,
¿no?

MANOLITA: No, mamá. Sería todo más fácil.

DOÑA DOLORES: ¿Y qué dice? ¿Quiere casarse?

MANOLITA: Deja eso, mamá.

DOÑA DOLORES: ¿Y por qué dices que sería todo más fácil?

MANOLITA: No es un cómico. Era un militar, un capitán.

DOÑA DOLORES: ¿Era?

MANOLITA: José Fernández. Un miliciano de un batallón de los sindicatos.
Pero le habían hecho capitán.

DOÑA DOLORES: Manolita...

MANOLITA: Le han matado en la sierra.

DOÑA DOLORES: ¡Hija mía!

MANOLITA: Nos queríamos mucho, mamá. No soy ninguna mujer
engañada. No nos habríamos casado, porque ninguno de los dos creíamos en
eso... Pero habríamos vivido juntos hasta que nuestro amor se hubiese
acabado.

DOÑA DOLORES: ¡Esta guerra, esta maldita guerra!

MANOLITA: Una cosa así me podía haber ocurrido aunque no hubiera
guerra.

DOÑA DOLORES: Pero no le habrían matado, hija.

MANOLITA: A lo mejor no.

DOÑA DOLORES: Y ahora... ¿ese hijo? En estos momentos... Sin comida

ni para nosotros, que ya no tenemos nada que llevarnos a la boca... ¿Qué vamos a hacer?

MANOLITA: Mamá, no creo que, desde que empezó la guerra, sea la única mujer que ha tenido un hijo.

DOÑA DOLORES: Y cuando esto acabe..., soltera, con un hijo... Tú no sabes lo que es eso.

MANOLITA: Ahora eso no tiene nada que ver, mamá.

DOÑA DOLORES: ¿Tú crees? Y de momento no podrás trabajar. En ese oficio tuyo...

MANOLITA: Durante dos o tres meses más, sí. Y luego, cuando no pueda trabajar, cobro igual.

DOÑA DOLORES: ¿Estás segura?

MANOLITA: Eso me han dicho.

(Suena el timbre de la puerta. DOÑA DOLORES va a abrir).

DOÑA DOLORES: ¿Quién demonios será ahora?

(Ruido de la puerta al abrirse).

VOZ DE DOÑA ANTONIA: Buenas tardes.

VOZ DE DOÑA DOLORES: Pase, pase, doña Antonia.

VOZ DE DOÑA ANTONIA: Gracias, doña Dolores.

(Entran las dos en el comedor. DOÑA ANTONIA viene acongojada, y se queda cortada al ver a MANOLITA).

DOÑA ANTONIA: Ah, está aquí Manolita.

MANOLITA: ¿Cómo está usted, doña Antonia?

DOÑA ANTONIA: ¿Cómo quieres que esté, hija? *(No disimula su congoja).*
No gana una para disgustos. *(Saca un pañuelito).*

DOÑA DOLORES: Pero ¿está usted llorando?

DOÑA ANTONIA: Doña Dolores, he entrado porque tengo necesidad de hablar con alguien. Si no, me voy a ahogar, doña Dolores, créame, me voy a ahogar. Creí que estaba usted sola, pero no me importa, no me importa que esté aquí Manolita, no me importa...

MANOLITA: Si quiere hablar a solas con mi madre...

DOÑA ANTONIA: Quédate, quédate; ya eres una mujer.

DOÑA DOLORES: Pero ¿qué le ha pasado, doña Antonia? ¿Quiere una copita? Anís ya no tenemos, pero nos queda vino...

DOÑA ANTONIA: Deme lo que tenga, por favor. Y un vaso de agua. Esa mujer..., esa mujer..., doña Dolores... Esa mujer que tengo ahí en casa, la novia de mi hijo Pedrito, es una mala mujer...

DOÑA DOLORES: ¿Qué le ha hecho?

DOÑA ANTONIA: No, no me ha hecho nada. La pobre se porta muy bien. Y hasta creo que me ha tomado cariño. Pero es una mala mujer, usted ya me entiende.

DOÑA DOLORES: No, doña Antonia.

DOÑA ANTONIA: Es... es una mujer de la calle... (*La pobre mujer tiene un nudo en la garganta, desfallece*).

DOÑA DOLORES: (*Después de una breve pausa en la que no sabe lo que decir*). Vamos, vamos, doña Antonia... Beba, beba usted un trago.

DOÑA ANTONIA: (*Entre ahogos*). Me lo han dicho en un anónimo.

MANOLITA: ¿En un anónimo?

DOÑA ANTONIA: Sí... Entre esas mujeres debe de haber muchas malquerencias... Ya se pueden ustedes imaginar... Y alguien... no sé... alguna envidiosa... O un hombre despechado, yo qué sé... Me ha mandado una carta horrible... No se pueden hacer una idea... La he roto en mil pedazos, la he quemado.

DOÑA DOLORES: Pero, mujer, a lo mejor es todo un enredo, una calumnia.

DOÑA ANTONIA: No, no. Se lo he preguntado a él, a mi Pedrito. Y es verdad, él me lo ha dicho. Y que no le importa. Y que la quiere. Y que no está dispuesto a que se vaya de casa. Y que ella también le quiere. Pero

¡cómo voy yo a vivir bajo el mismo techo con esa mujer! ¡Y con mi hijo!

DOÑA DOLORES: Beba agua. Le irá mejor.

DOÑA ANTONIA: Y es verdad. Se quieren. Yo lo noto. Se quieren...

DOÑA DOLORES: Doña Antonia... Ahora las cosas están cambiando... Algunas han cambiado ya del todo... Y hay problemas que antes parecían muy gordos y ahora ya no son nada... Fíjese usted, lo que hacía esa chica, Rosa, por ejemplo, dentro de nada, cuando esto acabe, ya nadie lo hará. Y entonces, ¿quién se va a acordar de que ella lo hacía? Y aunque se acuerden, ¿a quién le va importar? Este ya no es nuestro mundo, doña Antonia. Y el mundo que va a venir, mucho menos. Nosotras hacemos una tormenta de lo que ya no es más que una gota de agua. ¿Ahora quién les va a criticar a ustedes, doña María Luisa, la casera, porque su marido hace santos? Pues a lo mejor dentro de poco lo que ya no dejan es hacer santos. ¿No ha dicho usted siempre que Rosa es una buena chica, y muy limpia y muy trabajadora? ¿No dice usted ahora que los dos se quieren, y que ella se ha encariñado con usted? Pues, hala, a vivir... De ahora en adelante el amor es libre, doña Antonia. ¡Lo que nos hemos perdido usted y yo!

CUADRO XII

El sótano de la casa.

(Al principio, oscuro total. Suena la explosión de un obús. Luego otra. Inmediatamente, dos más seguidas. Ruido de una puerta al abrirse. Se enciende la luz de una bombilla que cuelga del techo).

En el sótano hay amontonados grandes cajones de madera y algunas cajas de cartón, y muchas figuras, grandes, de vírgenes y santos de escayola, blancos, sin policromar.

(Entran, no con excesiva precipitación, sino con cierta costumbre, DOÑA MARÍA LUISA —la casera—, MALULI —su hija, quince años—, una vecina y un vecino de edad y aspecto indeterminados, DON AMBROSIO, LAURA, DOÑA MARCELA, LUIS, DOÑA DOLORES, MANOLITA —con un niño de pecho en brazos—, DON LUIS y dos señoras y un señor. Todos visten de verano muy descuidadamente, como de andar por casa. Siguen sonando las explosiones de los obuses).

DOÑA MARÍA LUISA: Cierra la puerta, Maluli.

MALULI: ¿Qué, mamá?

DOÑA MARÍA LUISA: Que cierres la puerta, hija.

MALULI: Sí, mamá. *(Va a cerrar).*

DON AMBROSIO: Aún quedan muchos por bajar.

LAURA: Pero si ya no baja casi nadie.

VECINO: Claro; antes, cuando esto empezó, bajaban casi todos, pero ahora ya no.

DOÑA DOLORES: Se han acostumbrado.

DON LUIS: La gente se acostumbra a todo.

DOÑA MARÍA LUISA: Eso digo yo siempre. Y si no fuera por los que se empeñan en alborotar, podríamos todos vivir en paz y tranquilidad.

DOÑA DOLORES: (A DOÑA MARCELA). El primero que se negó a bajar al refugio fue su marido, doña Marcela... Bueno, perdón, su ex marido.

DOÑA MARCELA: Por llevar la contraria.

VECINA: Yo le conozco poco, pero me parece un señor muy amable.

DOÑA MARCELA: ¿Sí? Pues también dice que no baja porque prefiere morirse lejos de mí. La felicito a usted por conocerle poco.

(Suenan golpes en la puerta).

DOÑA MARÍA LUISA: Abran, por favor.

DOÑA DOLORES: (A LUIS, que está cerca de la puerta). Abre, Luisito.

(LUIS abre la puerta y entran DOÑA ANTONIA, JULIO y ROSA).

DOÑA ANTONIA: Creí que no llegábamos, que deshacían antes la casa. Pero es que como a éste se le han roto las gafas... tenemos que bajar los escalones a tientas...

DOÑA MARCELA: Pues para su trabajo... Estás de contable, ¿no?

JULIO: Bueno, sí... En el bazar llevo los libros... Hago de todo...

DOÑA ANTONIA: Y cualquiera compra ahora unas gafas... Si no nos llega ni para las verdolagas.

(Suena una explosión más cercana que las otras).

VECINA: Ése ha caído muy cerca.

DOÑA ANTONIA: Esto de los bombardeos es un crimen, un crimen...

DOÑA MARÍA LUISA: ¿Qué dice usted, doña Antonia? Si no bombardean las ciudades, esto no acabará nunca. En las ciudades están los centros de aprovisionamiento, los almacenes, los mandos...

DOÑA ANTONIA: ¿Y usted cree que así... acabará esto pronto?

DOÑA MARÍA LUISA: Días contados, doña Antonia. ¿No oye usted la radio de los nacionales?

DOÑA ANTONIA: Sí, en casa de don Luis.

(DON LUIS se levanta de golpe del cajón en el que se había sentado).

DON LUIS: ¡Doña Antonia!

DOÑA ANTONIA: Ay, perdone, don Luis... Pero yo creo que eso no es ningún secreto.

DOÑA MARCELA: *(A DON LUIS)*. No se preocupe. Hasta mi marido la oye. Hay que estar informado.

(Nueva explosión cercana).

DOÑA DOLORES: Ésa ha caído en esta calle.

DOÑA ANTONIA: Pero ¿por qué tiran a esta calle, por qué?

DOÑA MARÍA LUISA: Doña Antonia, en la esquina hay un garaje.

DOÑA ANTONIA: ¿Por qué no viviremos en la zona protegida?

DON LUIS: Aquel barrio era muy caro, doña Antonia.

DOÑA MARÍA LUISA: Y ahora allí no viven más que los mandamases. *(A DOÑA MARCELA)*. Los amigos de su marido, doña Marcela.

DOÑA MARCELA: ¿Sus amigos? De los que yo conocí ya no queda ni uno.

DOÑA ANTONIA: ¿Y cuánto falta para que llegue la paz, doña María Luisa? Usted que está enterada. Porque mi Pedrito está en el frente pero aún

no ha entrado en combate.

DOÑA MARÍA LUISA: No falta nada. Las potencias extranjeras siguen negando su ayuda a los revolucionarios. Y aquí, los militares, después de la toma de Burriana, están a punto de ocupar Valencia. Aunque los periódicos de Madrid no lo digan.

VECINO: Yo sigo los movimientos de las tropas en un mapa, con banderitas.

DOÑA MARÍA LUISA: Y nosotros. La última plaza ocupada ha sido Castuera.

VECINO: Y les digo que el mes que viene está todo liquidado.

DON AMBROSIO: Es muy posible que antes se llegue a un acuerdo.

DOÑA MARCELA: Ojalá aciertes, hijo.

DOÑA DOLORES: ¡Ay, Dios le oiga!

(LUIS y MALULI —la hija de la casera— han quedado juntos, sentados en un cajón).

LUIS: *(Dando un papel doblado a MALULI).* Toma.

MALULI: ¿Qué es esto?

LUIS: Una poesía. La he escrito para ti.

MALULI: ¿Tú escribes poesías?

LUIS: Bueno... Las escribo muy mal, pero me gusta escribirlas... ¿A ti te gustan?

MALULI: Mucho. Casi todas las noches leo poesías.

LUIS: ¿Y qué poeta te gusta más?

MALULI: A mí, Bécquer. Tengo un libro con todas sus poesías. Me lo regaló papá.

LUIS: Las *Rimas*.

MALULI: Sí.

LUIS: Yo también lo tengo. Lo tenía mi padre, y yo me he quedado ahora con todos sus libros.

(MALULI desdobla el papel).

LUIS: No, no lo leas ahora.

MALULI: ¿Por qué?

LUIS: No sé... Pero... Me parece que me da vergüenza.

MALULI: Qué tontería. *(Va a leerlo).*

LUIS: No, de verdad, no lo leas. Además, te podría ver tu madre.

MALULI: Sí, es verdad. *(Se guarda el papel en el pecho).* Y ¿por qué has escrito una poesía para mí?

LUIS: Bueno... no sé... Es una poesía a tus ojos cuando subes la escalera..., la escalera de aquí, de casa... Ya lo verás... Hablo de tus ojos y de mis ojos y de la escalera...

MALULI: Sí; cuando nos cruzamos en la escalera, te quedas siempre mirándome.

LUIS: ¿Te habías dado cuenta?

MALULI: Claro.

LUIS: Cuando la leas, me dices lo que te ha parecido.

MALULI: Pero si no nos vemos nunca, más que así, al pasar...

LUIS: Pues aquí, la próxima vez.

MALULI: ¿Y si no hay más bombardeos?

LUIS: En otro lado.

MALULI: No puede ser. A mí no me dejan salir sola de casa.

LUIS: Podemos vernos sin salir de casa. Quiero decir, del edificio.

(MALULI le mira sin comprender).

LUIS: Arriba en las guardillas.

MALULI: Yo no he estado nunca.

LUIS: Yo sí. Porque voy a buscar los libros que tiene mi padre. Podemos vernos allí.

(MALULI tarda en contestar).

LUIS: ¿Quieres que un día subamos?

MALULI: No, Luis; a eso no me atrevo.

(DOÑA MARÍA LUISA se acerca a DON LUIS, que está ahora un poco apartado de los demás).

DOÑA MARÍA LUISA: Don Luis, yo quería decirle una cosa. Entre vecinos.

DON LUIS: Dígame, doña María Luisa.

DOÑA MARÍA LUISA: Me han dicho... Bueno, ha llegado a mis oídos, que usted tiene víveres.

DON LUIS: *(Escandalizado)*. ¿Yo? ¿Viveres?

DOÑA MARÍA LUISA: Sí. Y creo que lo sé de buena tinta.

DON LUIS: Qué barbaridad. Cómo es la gente. Pero si estamos muertos de hambre. Que lo que más me preocupa es lo de Luisito, por la edad en que le ha pillado esto.

DOÑA MARÍA LUISA: Eso pienso yo de mi hija.

DON LUIS: Pues mírelos ahora que están allí los dos juntos. No creo que uno esté más gordo que otro. ¿Cree usted que si yo tuviera víveres iba a dejar que mi hijo creciera hecho una angula? Lo que pasa es que, como usted sabe, estoy empleado en unas bodegas...

DOÑA MARÍA LUISA: Sí, eso ya lo sabía. Desde antes. Pero ahora se han apoderado ustedes de las bodegas.

DON LUIS: Bueno, no es exactamente eso. Ahora explotamos nosotros las bodegas, en vez de que los bodegueros nos exploten a nosotros.

DOÑA MARÍA LUISA: No es de esas cuestiones de las que quería hablar con usted, don Luis.

DON LUIS: Ya, ya. Lo que quería decirle es que en mi casa tenemos vino, así como en otras no lo tienen. Esto es injusto, lo reconozco. Es un pecado en el que yo he caído. Pero es que a mí me gusta mucho el vino.

DOÑA MARÍA LUISA: Ya, ya lo sé.

DON LUIS: Sí, estas cosas se comentan... Y, a veces, me sacrifico y cambio una botella de las que estoy deseando beberme, por un kilo de bacalao para que mi hijo y mi nieto no se mueran... Pero de eso a que yo tenga en casa un almacén de abastos...

DOÑA MARÍA LUISA: No tiene usted por qué justificarse conmigo, don Luis. Soy madre, y como madre quiero hablarle. Esto está a punto de acabarse. Y todos sabemos cómo va a acabar.

DON LUIS: Bueno...

DOÑA MARÍA LUISA: Dejemos eso.

DON LUIS: Dejado.

DOÑA MARÍA LUISA: Si usted cambia algo del vino que esté dispuesto a no beberse, por garbanzos o bacalao o chocolate de ése que han mandado de Suiza, acuérdesse de mi hija, de Maluli... esa niña delgadita que está hablando de sus cosas con su hijo, y yo le prometo que dentro de poco..., de muy poco..., sabré agradecerérselo.

DON LUIS: Ya, ya entiendo.

DOÑA MARÍA LUISA: ¿Y qué me contesta?

DON LUIS: Nada. De momento, nada... Pero le digo una cosa: preferiría poder ayudarla ahora, y que usted no pudiera recompensarme después.

(DOÑA MARÍA LUISA se queda mirándole fijamente, en silencio. JULIO se ha acercado a MANOLITA que está sentada, con el niño en brazos).

JULIO: *(Continuando un inconexo párrafo ya iniciado antes).* ... y como ahora el empleo es fijo... en fin, todo lo fijo que puede ser en esta situación, yo, como sé que tú estás mal... aunque trabajes... Ah, y no me importa que tu trabajo sea ése... Ya te lo he dicho varias veces... Pues yo quiero decirte... Y no lo he hablado con mi madre, ¿sabes?... Además, está lo del niño, tienes que comprenderlo... Yo sé que otros hombres no harían esto...

MANOLITA: Pero ¿qué dices, Julio?

JULIO: Sí, ya sé. Me expreso mal. Nunca me expresaré bien. Pero, aunque las cosas hayan cambiado —y quizá vuelvan a cambiar— una madre sola con un hijo, es una madre sola con un hijo... Yo lo que te digo es que sin hablarlo con mi madre... Y aunque mi madre no quiera... Yo estoy dispuesto a casarme contigo... Si tú quieres... Y así tu hijo tendrá un padre... Lo he pensado mucho.

MANOLITA: Ya. Creo que te entiendo.

JULIO: Ahora, casarse es muy fácil.

MANOLITA: Sí, ya lo sé.

JULIO: Y lo mismo podemos vivir en casa de mi madre que en casa de tus padres... Como están tan juntas... Es como si fuera una misma casa... La verdad es que si nos casáramos sería una misma casa... Como cuando el rey de un país se casaba con la reina de otro.

MANOLITA: Sí, poco más o menos.

JULIO: Y... ¿qué dices?

(MANOLITA pone una mano sobre el brazo de JULIO).

MANOLITA: Lo pensaré, Julio.

(Una tremenda explosión cercanísima. Seguida de otra inmediata. Todos se sobresaltan. Se levantan de golpe los que estaban sentados. Dos explosiones más. Parece que la casa se tambalea).

DOÑA ANTONIA: ¡Es contra esta calle, contra esta calle!

DON AMBROSIO: ¿Están ahí los picos y las palas?

DOÑA MARÍA LUISA: Sí, están donde siempre.

VECINA: Pero si nos cae la casa encima, de poco van a servir.

VECINO: Calla, mujer.

(DOÑA MARÍA LUISA se ha arrodillado. Ha sacado un rosario y comienza a rezarlo. Los demás le contestan. La mayoría reza, pero algunos, no. Los que no rezan son: DON LUIS, DON SIMÓN, DON AMBROSIO, MANOLITA y LUIS. DOÑA DOLORES, que se ha arrodillado, da un discreto codazo a DON LUIS, pero éste se hace el desentendido. MALULI, una vez de rodillas, lanza una larga mirada, mientras reza, a LUIS. LUIS tarda algo en arrodillarse junto a ella y sumarse al rezo).

CUADRO XIII

Comedor de DOÑA DOLORES. Otoño.

(Están DOÑA DOLORES, MANOLITA, LUIS, DON LUIS, MARÍA —la antigua criada— y BASILIO, hoy su marido. Estos dos últimos están gordos, lustrosos, rozagantes. Ella, MARÍA, hace cucamonas al hijo de MANOLITA, que está en una cuna).

MARÍA: *(Con discreta sorpresa)*. Huy, pues está muy hermoso.

MANOLITA: ¿Tú crees?

DON LUIS: Mira, María, no hay que andarse con pamplinas: el niño está hecho un fideo. Ahora veremos si con la Maizena que nos has traído...

MANOLITA: Nunca sabré cómo agradecértelo.

MARÍA: Todo lo que esté en mi mano... Poco puedo hacer... La verdad es que he tardado en enterarme, porque como no venimos por el barrio... Pero en cuanto lo supe, se lo dije a éste.

BASILIO: Sí, es verdad. Y yo he hecho todo lo que he podido. *(A DON LUIS)*. Pero es que, ya lo comprenderás, camarada, los pocos víveres que quedan están controladísimos. Porque..., te lo digo con la mano en el corazón, aunque si me oyeran dirían que era derrotismo: hay lentejas^[40]; lentejas y escasas, para un año, pero nada más.

DON LUIS: Ya. ¿Qué me vas a decir, compañero? Si no hay más que ver a la gente por la calle: es un desfile de esqueletos.

BASILIO: Yo, antes, hacía favores. Pero es que ahora, como lo poco que

queda es para el frente, y lo veo natural...

DON LUIS: Yo también.

MANOLITA: Pues siento que hayáis venido a esta hora, porque no podéis ver a mi marido. Como está en el bazar...

MARÍA: Pero, mujer, si yo ya le conozco.

MANOLITA: Pero tu marido, no.

BASILIO: No, no me acuerdo de él.

MARÍA: Se lo he dicho la mar de veces, que era de aquí, del barrio, vecino de ustedes, que se llamaba Julio, que llevaba gafas..., pues nada, no cae.

BASILIO: Será porque no iba por la tienda, y como yo estaba siempre a mi trabajo...

MANOLITA: Sí, por eso será.

DOÑA DOLORES: Digo yo que si quedan tan pocos víveres, esto no podrá durar mucho.

BASILIO: Quedan pocos para aquí, para Madrid. En Levante y en los pueblos hay más. Pero es difícil traerlos: falta combustible y faltan camiones.

DOÑA DOLORES: Pues a fin de cuentas viene a ser lo mismo. Si nos morimos de hambre, tendrá que acabarse esto. No comprendo a qué tanto resistir, resistir, resistir...

DON LUIS: Calla, Dolores...

MARÍA: En el fondo, doña Dolores tiene razón.

DOÑA DOLORES: Cuanto antes llegue la paz, mejor para todos. ¿No es verdad, María?

MARÍA: Además, lo que yo le digo a éste, si ya está todo perdido...

BASILIO: Todo perdido no está. Si estallase la guerra...

DOÑA DOLORES: Pero ¿qué guerra?

DON LUIS: La de Alemania con Inglaterra y Francia. Parece que es inevitable.

DOÑA DOLORES: ¿Otra guerra, Luis, ahora que ésta está acabando? ¡Dios no lo quiera, Dios no lo quiera!

MARÍA: Estoy con usted, doña Dolores. Peor el remedio que la

enfermedad. Mejor que venga la paz cuanto antes. Y nosotros, a acomodarnos a lo que llegue.

DOÑA DOLORES: Sí, hija, sí.

MARÍA: Por sí o por no, éste y yo hemos procurado hacer todos los favores que hemos podido. Y sin mirar a quién, ¿eh?, sin mirar a quién. Dejando la política a un lado. (A MANOLITA). Al fin y al cabo, usted, señorita, ha hecho también lo que debía, porque el vecino era un buen chico, eso no se puede negar, y usted ahora, pase lo que pase, es una señora...

MANOLITA: Sí, eso sí.

DON LUIS: (A BASILIO). ¿Y tú no crees, compañero, que igual que estos botes de Maizena, podías, de vez en cuando, conseguirnos algo más?

DOÑA DOLORES: No para nosotros, sino para los chicos. Para Luisito...

LUIS: (Con ligera protesta). Mamá...

DOÑA DOLORES: (Yendo hacia la cuna). Y sobre todo para el niño.

MARÍA: Se puede conseguir muy poco, doña Dolores.

BASILIO: Para la población civil no queda nada. ¿No conocen ustedes a alguien que esté en un batallón, en intendencia?

DOÑA DOLORES: No; nosotros, no.

MANOLITA: Mi cuñado Pedro está en el frente, pero como es de la última quinta...

BASILIO: No, de éstos no.

LUIS: Tenemos un primo, Anselmo, que estuvo en la columna Durruti^[38].

MANOLITA: Sí, es verdad. Vino una vez por aquí.

LUIS: A lo mejor vuelve.

DOÑA DOLORES: Sí, pero con eso no podemos contar.

DON LUIS: Yo, antes, cambiaba alguna de las botellas que me correspondían en las Bodegas por otra cosa: bacalao, garbanzos... Pero como ahora las Bodegas están en la otra zona...

BASILIO: (Después de echar una mirada al reloj). Yo me tengo que ir, María.

MARÍA: (Levantándose). Sí, se ha hecho muy tarde.

(Se levantan todos, y van hacia la puerta de la calle MARÍA, BASILIO, MANOLITA y DOÑA DOLORES. Se quedan en el comedor el padre y el hijo).

BASILIO: Salud, camarada^[39].

DON LUIS: Salud, compañero.

VOZ DE DOÑA DOLORES: Hasta otra vez.

VOZ DE MARÍA: Ya le digo, si éste encuentra algo... Pero no se lo garantizo.

VOZ DE BASILIO: Bueno, cuando cambien de función nos pasaremos por el teatro.

VOZ DE MANOLITA: Pues va para largo, porque está siempre lleno.

VOZ DE MARÍA: Salud, señorita. El niño está hecho un sol.

(Sobre estas voces han hablado el padre y el hijo).

DON LUIS: ¿Qué te ha parecido este par de esqueletos?

LUIS: ¡Joder, cómo están!

DON LUIS: Los dos cerditos. No, no te rías. Así les llaman en su barrio, «los dos cerditos», me he enterado.

LUIS: ¿Y éste es aquél tan flaco de la tienda?

DON LUIS: Ella, aunque tú encontraras donde agarrarte, tampoco era una Mae West.

(Entran en el comedor MANOLITA y DOÑA DOLORES).

DOÑA DOLORES: Menos mal que han traído algo de alimento.

DON LUIS: A propósito de alimento, ¿planteamos eso que me has dicho?

DOÑA DOLORES: Me da vergüenza, Luis.

DON LUIS: Pues no te la ha dado decírmelo a mí.

DOÑA DOLORES: (A MANOLITA y a LUIS). Veréis, hijos, ahora que no está Julio... Y perdóname, Manolita... No sé si habréis notado que hoy casi no había lentejas.

LUIS: A mí sí me ha parecido que había pocas, pero no me ha chocado: cada vez hay menos.

DON LUIS: Pero hace meses que la ración que dan con la cartilla es casi la misma. Y tu madre pone en la cacerola la misma cantidad. Y, como tú acabas de decir, en la sopera cada vez hay menos.

LUIS: ¡Ah!

MANOLITA: ¿Y qué quieres decir, mamá? ¿Qué quieres decir con eso de que no está Julio?

DOÑA DOLORES: Que como su madre entra y sale constantemente en casa, yo no sé si la pobre mujer, que está, como todos, muerta de hambre, de vez en cuando mete la cuchara en la cacerola.

MANOLITA: Mamá...

DOÑA DOLORES: Hija, el hambre... Pero, en fin, yo lo único que quería era preguntaros. Preguntaros a todos, porque la verdad es que las lentejas desaparecen.

DON LUIS: Decid de verdad lo que creáis sin miedo alguno, porque a mí no me importa nada soltarle a la pelma cuatro frescas.

MANOLITA: Pero, papá, tendríamos que estar seguros.

DON LUIS: Yo creo que seguros estamos. Porque la única que entra aquí es ella. Y ya está bien que la sentemos a la mesa todos los días...

MANOLITA: Pero aporta lo de su cartilla.

DOÑA DOLORES: No faltaba más.

DON LUIS: Pero nosotros tenemos lo de las cartillas y lo de los suministros de Luisito y yo de la oficina. (A MANOLITA). Tú al mediodía comes con los vales que te han dado en el teatro...

MANOLITA: Sí.

DON LUIS: Por eso digo que la pelma se beneficia, y si encima mete la cuchara en la cacerola...

LUIS: Mamá..., yo, uno o dos días, al volver del trabajo, he ido a la cocina... Tenía tanta hambre que, en lo que tú ponías la mesa, me he comido una cucharada de lentejas... Pero una cucharada pequeña...

DON LUIS: ¡Ah! ¿Eras tú?

DOÑA DOLORES: ¿Por qué no lo habías dicho, Luis?

LUIS: Pero sólo uno o dos días, y una cucharada pequeña. No creí que se echara de menos.

DOÑA DOLORES: Tiene razón, Luis. Una sola cucharada no puede notarse. No puede ser eso.

DON LUIS: (*A DOÑA DOLORES*). Y tú, al probar las lentejas, cuando las estás haciendo, ¿no te tomas otra cucharada?

DOÑA DOLORES: ¿Eso qué tiene que ver? Tú mismo lo has dicho: tengo que probarlas... Y lo hago con una cucharadita de las de café.

DON LUIS: Claro, como ésas ya no sirven para nada...

(*MANOLITA ha empezado a llorar*).

DOÑA DOLORES: ¿Qué te pasa, Manolita?

MANOLITA: (*Entre sollozos*). Soy yo, soy yo. No le echéis la culpa a esa infeliz. Soy yo... Todos los días, antes de irme a comer... voy a la cocina y me como una o dos cucharadas... Sólo una o dos..., pero nunca creí que se notase... No lo hago por mí, os lo juro, no lo hago por mí, lo hago por este hijo. Tú lo sabes, mamá, estoy seca estoy seca...

DOÑA DOLORES: (*Ha ido junto a ella, la abraza*). ¡Hija, Manolita!

MANOLITA: Y el otro día, en el restorán donde comemos con los vales, le robé el pan al que comía a mi lado... Y era un compañero, un compañero... Menuda bronca se armó entre el camarero y él.

DOÑA DOLORES: ¡Hija mía, hija mía!

DON LUIS: (*Dándose golpes de pecho*). Mea culpa, mea culpa, mea culpa...

(Los demás le miran).

DON LUIS: Como soy el ser más inteligente de esta casa, prerrogativa de mi sexo y de mi edad, hace tiempo comprendí que una cucharada de lentejas menos entre seis platos no podía perjudicar a nadie. Y que, recayendo sobre mí la mayor parte de las responsabilidades de este hogar, tenía perfecto derecho a esta sobrealimentación. Así, desde hace aproximadamente un mes, ya sea lo que haya en la cacerola: lentejas, garbanzos mondos y lironos, arroz con chirlas o agua con sospechas de bacalao, yo, con la disculpa de ir a hacer mis necesidades, me meto en la cocina, invisible y fugaz como Arsenio Lupin^[41], y me tomo una cucharada.

DOÑA DOLORES: *(Escandalizada)*. Pero... ¿no os dais cuenta de que tres cucharadas...?

DON LUIS: Y la tuya, cuatro.

DOÑA DOLORES: Que cuatro cucharadas...

DON LUIS: Y dos de Julio y su madre.

DOÑA DOLORES: ¿Julio y su madre?

DON LUIS: Claro; parecen tontos, pero el hambre aguza el ingenio. Contabiliza seis cucharadas. Y a veces, siete, porque Manolita se toma también la del niño.

DOÑA DOLORES: ¡Siete cucharadas! Pero si es todo lo que pongo en la tacilla... *(Está a punto de llorar)*. Todo lo que pongo. Si no dan más.

(MANOLITA sigue sollozando).

DON LUIS: No lloréis, por favor, no lloréis...

LUIS: Yo, papá, ya te digo, sólo...

MANOLITA: *(Hablando al tiempo de LUIS)*. Por este hijo, ha sido por este hijo.

DON LUIS: *(Sobreponiéndose a las voces de los otros)*. Pero ¿qué más da? Ya lo dice la radio: «no pasa nada». ¿Qué más da que lo comamos en la

cocina o en la mesa? Nosotros somos los mismos, las cucharadas son las mismas...

MANOLITA: ¡Qué vergüenza, qué vergüenza!

DON LUIS: No, Manolita: qué hambre.

DOÑA DOLORES: (*Desesperada*). ¡Que llegue la paz! ¡Que llegue la paz! Si no, vamos a comernos unos a otros.

DON LUIS: Si hubieran ayudado las potencias democráticas, hace dos años que esto estaría liquidado^[42].

DOÑA DOLORES: Si los revolucionarios, al principio, no hubieran hecho tantas barbaridades...

DON LUIS: Pero ¿quién tenía la razón?

DOÑA DOLORES: (*Sonándose la nariz*). No sé, no sé...

DON LUIS: Pues yo sí.

DOÑA DOLORES: (*Revolviéndose*). Tú nunca has tenido ideas políticas, y ahora que todo está perdido...

DON LUIS: Sí las tenía. Pero me di una tregua hasta que éstos crecieran... (*A LUISITO*). Yo quería ser Máximo Gorki^[43], ¿sabes?

LUIS: (*Ante la melancolía de su padre, quizá trata de consolarle*). Todavía no está todo decidido. Anselmo dijo que Francia iba a abrir la frontera. Y más gente lo dice. Y al abrir la frontera y entrar material de guerra...

DON LUIS: Hace ya bastante más de un año que lo dijo.

DOÑA DOLORES: Ya me parecía a mí que ese Anselmo...

(*Suenan timbrazos cortos, insistentes, bruscos. Luego, golpes en la puerta*).

DON LUIS: Qué prisas.

DOÑA DOLORES: Abre, Luisito.

(*LUISITO, corriendo, va a abrir. Siguen sonando los golpes en la*

puerta).

DOÑA DOLORES: ¡Dios mío, eso es que ha pasado algo!

MANOLITA: Calla, mamá.

VOZ DE ROSA: ¡Doña Dolores, doña Dolores!

(Entra ROSA, la mujer que vive con PEDRITO. Va hacia DOÑA DOLORES sin ver a los otros, que están en el otro lado del comedor. En la puerta se queda LUIS).

DOÑA DOLORES: ¿Qué pasa, Rosa?

ROSA: *(Muy precipitada. Confusa)*. Han llamado por teléfono, abajo, al taller del escultor...

DOÑA DOLORES: Sí, ya.

ROSA: Era del bazar... Del bazar de Julio... bueno, del bazar, no. De la tienda de al lado. Ha caído un obús... y...^[44]

DOÑA DOLORES: ¿Qué?

ROSA: Julio está muerto.

DOÑA DOLORES: ¡Dios santo!

(DOÑA DOLORES ha llevado la mirada hacia MANOLITA. Hacia allí mira ahora ROSA).

ROSA: Perdóname, Manolita, no sabía que estabas aquí... No te había visto. *(Se vuelve hacia DOÑA DOLORES)*. Venga conmigo a casa, doña Dolores, se lo ruego... Yo no sé cómo decírselo a su madre...

DOÑA DOLORES: Ve tú, Luis, por favor...

(Un instante de silencio. DOÑA DOLORES va junto a la cuna del niño. MANOLITA, sin llorar; se deja caer en una silla. DON LUIS se

marcha, y tras él, ROSA. LUIS se acerca a su hermana. Le pasa una mano por el pelo. Suena el ruido de la puerta al cerrarse).

CUADRO XIV

El sótano de la casa. Las cajas de cartón, los cajones de madera, los santos de escayola.

(Suena, en la oscuridad, la alarma aérea. Se enciende la bombilla. Entran DOÑA MARÍA LUISA, JOSEFA —la vieja criada— y MALULI).

MALULI: No sé para qué nos haces bajar, mamá. Si ya no hay que refugiarse.

JOSEFA: Y estos tramos que hay hasta el sótano a mí me destrozan. Al bajar, bueno; pero luego al subir...

DOÑA MARÍA LUISA: ¿Cómo que no hay que refugiarse?

MALULI: Pero ¿no ves que últimamente ya no baja nadie?

DOÑA MARÍA LUISA: No bajan porque la gente se cansa de todo. Pero sigue habiendo peligro. ¿No oís la alarma? Es que vienen aviones.

MALULI: También vinieron el otro día. Pero no bombardean; tiran octavillas.

(Llega al sótano, corriendo, LUIS. Viene muy alegre, precipitado).

LUIS: ¡Doña María Luisa, Maluli! ¡No bombardean, están tirando pan!^[45]

DOÑA MARÍA LUISA: ¿Qué dices?

LUIS: ¡Sí! Iba a casa, y les he visto a ustedes meterse en el sótano. Por eso

he bajado, para avisarles: no tiran bombas, ¡es pan!

MALULI: Pero ¿tú lo has visto?

LUIS: ¡Sí, está cayendo aquí, en la calle! ¡Yo he llevado a casa dos barras así de grandes! Como cuando el maná.

DOÑA MARÍA LUISA: No sabes lo que dices, Luisito. ¿Para qué van a tirar pan?

LUIS: Pues porque saben que en Madrid hay mucha hambre y que la población civil está de parte de ellos... Tiran para que la gente lo coja.

MALULI: ¡Pan, mamá! (*Y va, rápida, hacia la puerta*).

DOÑA MARÍA LUISA: (*Autoritaria*). ¡No te muevas, Maluli! Sabe Dios si cuando la gente esté en la calle, cogiéndolo, empezará el bombardeo.

LUIS: (*Sinceramente asombrado*). Pero ¿les cree usted capaces de eso?

DOÑA MARÍA LUISA: La guerra es la guerra.

LUIS: Es imposible.

DOÑA MARÍA LUISA: Asómate tú, Josefa, a ver si puedes coger algo.

JOSEFA: Sí, señora. (*Sale*).

LUIS: No creo yo que Josefa... Están todas las mujeres del barrio como fieras.

DOÑA MARÍA LUISA: Pero ella es mayor... Si no puede coger nada, algo le darán. (*Un silencio. DOÑA MARÍA LUISA escucha*). Y no hay combate. No se oyen ni ametralladoras ni antiaéreos.

LUIS: No; ya les dejan venir cuando quieren y que hagan lo que sea.

DOÑA MARÍA LUISA: (*Feliz*). ¡Esto se ha acabado, Luisito; ahora sí que se ha acabado de verdad!

LUIS: (*Sin contrariedad*). Sí, eso creo yo. Perdida Barcelona, y toda Cataluña...

DOÑA MARÍA LUISA: (*Rectificándole*). Ganada, Luisito.

LUIS: (*Sin hacer caso a la observación*). Y con el presidente de la República en el extranjero...

DOÑA MARÍA LUISA: Todo el mundo ve que ha llegado el final.

LUIS: Sí, mi padre también lo cree. Y todos los de la oficina.

DOÑA MARÍA LUISA: ¿Y qué dicen?

LUIS: Están contentos. Resulta que algunos se habían apuntado ya en la Falange clandestina.

DOÑA MARÍA LUISA: Medio Madrid, Luisito; eso no es ningún secreto. ¿Y tu madre?

LUIS: Fíjese, la pobre da saltos de alegría... En cuanto llegamos a casa nos abraza gritando: ¡La paz! ¡La paz! Está como loca...

DOÑA MARÍA LUISA: Es natural, después de todo lo que hemos pasado... Tu padre es el único que no veía muy claro el final.

LUIS: Pero esto ya no había quien lo aguantara. Y él dice que hay que atenerse siempre a la realidad. Yo también estoy deseando que llegue la paz, porque desde que no funcionan las Bodegas nosotros en la oficina no hacemos nada. Vamos allí, pero no hacemos nada. Y eso es una lata. En cuanto llegue la paz tendremos que reorganizarlo todo.

DOÑA MARÍA LUISA: Pero se acabará lo de la incautación.

LUIS: Sí, claro. Se devolverán las Bodegas a sus dueños. A los herederos. Pero como mi padre es el que más sabe de la marcha del negocio, ya está preparando los papeles, las cuentas, todo eso... A mí me ha servido mucho trabajar este año, porque como voy a estudiar Comercio, ha sido un entrenamiento.

DOÑA MARÍA LUISA: Pero te queda acabar el Bachillerato, ¿no?

LUIS: Me queda una de quinto, que me examino ahora en seguida, y el año que viene acabo y puedo empezar la carrera. Y seguramente podré estudiar sin dejar el puesto en las Bodegas.

MALULI: Pero a él lo que le gusta de verdad es ser escritor. Lo que pasa es que le da vergüenza decirlo.

LUIS: No es que me dé vergüenza, es que sé que a la gente le parece raro... Pero escribir puedo hacerlo al mismo tiempo.

DOÑA MARÍA LUISA: ¿Tantas cosas al mismo tiempo?

LUIS: Otros lo han hecho.

DOÑA MARÍA LUISA: ¿No eres tú la que debía tener vergüenza, Maluli? Todavía en tercero...

MALULI: Porque ha habido guerra...

DOÑA MARÍA LUISA: Sí, a ver si la guerra va a tener la culpa de todo. Veremos si ahora en Suiza adelantas.

LUIS: ¿En Suiza?

DOÑA MARÍA LUISA: Para el curso que viene la vamos a mandar a una residencia a Suiza. Es donde mejor enseñan. Sobre todo a las señoritas.

LUIS: ¿Y a ti te gusta irte?

MALULI: Estoy encantada. Tengo una amiga que estudiaba allí, y cuando volvía a España a pasar los veranos, me contaba maravillas.

DOÑA MARÍA LUISA: (*Feliz*). ¡Bueno, al fin vuelve a haber proyectos! El taller lo estamos poniendo en orden, ¿sabes? Para que cuando llegue mi marido lo encuentre todo dispuesto.

LUIS: ¿Han sabido algo de él?

DOÑA MARÍA LUISA: Sí, por la Cruz Roja. Estuvo unos meses en una embajada, y luego se pasó a la zona nacional. He llamado a Agustín, el primer oficial, para que lo tenga todo listo, porque en cuanto llegue Álvaro tendrá que ponerse en seguida a trabajar. Con la de imágenes que han destrozado los rojos, figúrate, le van a llover los encargos.

JOSEFA: (*Llega fatigada, con el peinado deshecho*). Nada. No traigo nada. (*Se deja caer sobre un cajón*).

DOÑA MARÍA LUISA: ¿Nada? (*Se vuelve a LUIS*). Pero ¿no decías que era como el maná?

JOSEFA: Traigo pisotones y cardenales. Conseguí coger dos barras, que me cayeron casi casi en los mismos brazos. Pero se abalanzaron sobre mí esas lobas y me las quitaron. «¡Es la de la casera, la de la casera —gritaban—, la de la casa de los santos!» Y me las quitaron. Yo ya... ya no estoy para estos trotes, señora... Si hubiera ido usted..., señora... O la señorita...

(*Se miran un instante, dudando, la madre y la hija*).

JOSEFA: No, no se lo piense ahora. Ya no queda ni una barra. Ya se han

ido los aviones.

CUADRO XV

Comedor de DOÑA DOLORES.

(Están sentadas, charlando, DOÑA DOLORES, DOÑA ANTONIA y DOÑA MARCELA).

DOÑA MARCELA: Pues ya ven ustedes, no vale. ¿Saben lo que les digo? Que casi estoy por pasarme a las ideas de mi marido.

DOÑA DOLORES: *(Con cierto sarcasmo)*. Buen momento ha elegido usted.

DOÑA MARCELA: Pero no me negará, doña Dolores, que si hay incompatibilidad, ¿por qué seguir toda la vida en la incompatibilidad?

DOÑA DOLORES: Si en este año de divorcio, doña Marcela, han seguido ustedes viviendo en el mismo sitio...

DOÑA MARCELA: Sí, pero separados. Ya lo sabe usted. A Simón le habíamos arreglado para dormir el sofá del comedor.

DOÑA DOLORES: Pues pueden seguir igual.

DOÑA MARCELA: Eso era transitorio. Estábamos los dos esperando como agua de mayo que acabase esto para que él buscase una pensión.

DOÑA ANTONIA: Pobre don Simón.

DOÑA MARCELA: ¡Si él estaba en la gloria! Le tenía echado el ojo a una de la plaza de Santa Ana, que siempre le gustó mucho. Y ahora, ya ven, no vale... No vale ningún divorcio de estos de la zona roja. Ni los divorcios ni los matrimonios...^[46] *(Se arrepiente de lo que ha dicho)*. ¡Ay, perdonen!

DOÑA DOLORES: Déjelo, déjelo...

DOÑA MARCELA: ¡Le digo a usted! Otra vez recién casada, a mi edad.

DOÑA ANTONIA: (*No puede evitar una sonrisa*). No sé cómo tengo ánimos para reírme.

DOÑA DOLORES: La vida sigue, doña Antonia. Contra eso no hay quien pueda.

DOÑA ANTONIA: Pero es que lo mío..., lo mío... Ese pobre hijo en un campo de concentración...

DOÑA DOLORES: Es un trámite nada más, doña Antonia, ya lo sabe usted. Eso han dicho.

DOÑA ANTONIA: Pero él no ha hecho nada. Llamaron su quinta, le movilizaron, ¿qué iba a hacer? Y, ahora, preso.

DOÑA DOLORES: No está preso, mujer.

DOÑA ANTONIA: Sí, es lo mismo, es lo mismo. Y en un campo... ¿Y qué les harán, Dios mío, qué les harán?

DOÑA DOLORES: No pueden hacerles nada. ¿No ve usted que son muchísimos? Dos quintas enteras; o tres, no sé.

DOÑA MARCELA: La del biberón y la del chupete, por lo menos.

DOÑA DOLORES: Claro, miles de hombres.

DOÑA ANTONIA: Y yo ahí, en casa, encerrada... Con esa mujer.

DOÑA DOLORES: ¿Qué piensa usted hacer? Ella tendrá familia.

DOÑA ANTONIA: Sí, en un pueblo de Salamanca.

DOÑA DOLORES: Pues entonces...

DOÑA ANTONIA: Pero... es que yo... ¿Cómo me voy a quedar sola, sola del todo? Me matan a un hijo... Se me llevan al otro... Y ahora... ¿sola del todo? (*Entre hipos*). ¿Quieren ustedes que me quede sola del todo?

DOÑA DOLORES: No, doña Antonia. Yo no le aconsejaría a usted eso. Usted me dijo que se llevaba bien con Rosa...

DOÑA ANTONIA: Yo le he dicho a la chica... Y no sé si se he hecho mal... No sé si a ustedes que, al fin y al cabo, son los únicos que tengo, mis amigas, mis vecinas, les parecerá mal... Yo le he dicho que se quede... No tenemos nada... Sólo mi viudedad... Pero yo sé bordar. Antes bordaba muy bien. Y

ella es muy trabajadora y muy dispuesta... Si Dios nos ayuda, podremos tirar hasta que mi Pedrito salga del campo de concentración, y luego yo creo que lo mejor es que se casen, puesto que las cosas ya no son como antes, y que vivamos juntos, que no me dejen sola...

DOÑA MARCELA: Pues, ¿ve usted? Todo arreglado.

(Ha sonado el timbre de la puerta).

DOÑA DOLORES: *(Levantándose y yendo hacia la puerta)*. Han llamado. ¿Quién será?

DOÑA MARCELA: Manolita o don Luis.

DOÑA DOLORES: No; todos tienen llave.

DOÑA MARCELA: Ambrosio, mi hijo, va a volver al banco, pero le tienen que depurar^[47].

DOÑA ANTONIA: ¿Y qué es eso?

DOÑA MARCELA: No sé. Él me lo ha explicado por encima, pero no lo he entendido bien. No son cosas de mis tiempos.

DOÑA DOLORES: *(Entrando acompañada de MARÍA, que viene algo triste, pero igual de oronda y lustrosa que en su anterior aparición)*. Es María. ¿Se acuerdan ustedes?

DOÑA ANTONIA: ¿Cómo no? ¿Cómo estás, María?

DOÑA MARCELA: ¿De dónde sales? ¿Vienes de la otra zona?

MARÍA: No; si no nos hemos movido de aquí, de Madrid.

DOÑA MARCELA: Huy, nadie lo diría.

MARÍA: Es que...

DOÑA DOLORES: Siéntate, siéntate.

MARÍA: *(Se sienta)*. Gracias, doña Dolores. Es que..., gracias a Dios y a la Virgen de la Fuencisla, no nos ha faltado de nada.

DOÑA MARCELA: Pues ya tienes que haber rezado, hija.

MARÍA: Bueno, hasta los últimos tiempos. Porque en los últimos tiempos, aquí doña Dolores lo sabe...

DOÑA DOLORES: Sí, ya me contaste. (*A las otras*). Es que su marido estaba en abastos, ¿no lo sabían?

DOÑA MARCELA: No, yo no.

DOÑA ANTONIA: Yo algo había oído.

DOÑA DOLORES: Como era del gremio de la alimentación, se enchufó allí. (*Enmendándose*). Bueno, se colocó.

MARÍA: Y ustedes, ¿cómo han salido de esto? Me enteré de lo de Julio. La acompaño en el sentimiento, doña Antonia.

DOÑA ANTONIA: Muchas gracias, hija.

MARÍA: Y la pobre Manolita... ¡Hay que ver, no hace ni un año que yo le decía que tenía la vida arreglada! Y con un hombre tan bueno, tan formal...

DOÑA ANTONIA: Calla, María, por favor.

MARÍA: Usted perdone, doña Antonia.

(*Suena el ruido de la puerta al abrirse*).

DOÑA DOLORES: Ese sí es mi marido. (*Se levanta y sale*).

MARÍA: También me enteré de que Pedrito se había casado. ¡Tan joven!

DOÑA ANTONIA: Bueno, no es eso exactamente. Se va a casar...

MARÍA: ¡Ah! Cuánto me alegro.

DON LUIS: (*Entra con DOÑA DOLORES*). Buenos días, María. ¿Qué te trae por aquí?

MARÍA: A hacerles una visita.

DON LUIS: Se agradece, se agradece. ¿Y tu marido? ¿Cómo está? ¿Sigue en Madrid?

MARÍA: (*Con cierta indecisión*). Eso quería contarles, que ya no...

DON LUIS: (*Interrumpiéndola*). ¿Se ha marchado? Es natural.

MARÍA: No, no. Basilio no se ha escapado. No le ha hecho falta. Él se portó muy bien con mucha gente. Y además se quedó aquí y entregó los depósitos de abastos a los nacionales. No le han hecho nada y le han dado un empleo muy importante dentro de la misma... (*No recuerda la palabra*) de la

misma...

DON LUIS: ¿De la misma rama?

MARÍA: Sí, eso es.

DON LUIS: Los hay que nacen de pie.

MARÍA: (*Aún más indecisa*). Pero ya no..., ya no es mi marido...

DOÑA DOLORES: ¿Cómo que no?

DOÑA MARCELA: Lo que yo les contaba: ni valen los divorcios ni valen los matrimonios.

MARÍA: No valen. A mí no me extraña, porque eran unas bodas muy fáciles, como las del cine.

DOÑA MARCELA: Por eso ahora te dicen: allá películas.

DOÑA DOLORES: Bueno, mujer; pero ahora os volvéis a casar como Dios manda, y ya está.

MARÍA: Es que él dice que el puesto que le han dado, aunque provisional, es muy importante, y que siendo en su... en su... (*Una mirada a DON LUIS*).

DON LUIS: En su rama.

MARÍA: Eso. Que tiene un gran porvenir, y que no nos conviene que lo estropee con una boda precipitada.

DOÑA DOLORES: ¡Ah!

MARÍA: Que es mejor para los dos dejar que pase el tiempo y que empiecen a irle bien las cosas. Que ve muy claro que le van a ir bien. Pero que así, joven y soltero, se desenvolverá mejor, que tendrá más oportunidades... No sé...

DON LUIS: Hombre... Estas cosas... Yo de lo único que estoy seguro es de que tiene un gran porvenir.

MARÍA: A mí... No sé qué dirán ustedes... A mí me parece que me ha hecho una charranada. Y perdonen que diga estas palabras.

DON LUIS: Di las que se te ocurran, no te importe.

MARÍA: Voy a ir al pueblo a ver a mi familia. Pero antes quería verles a ustedes, que han sido como mis padres... Porque es que allí, en el pueblo, no sé qué decir. A lo mejor no digo nada..., porque mi pobre madre ya bastante

tiene.

DOÑA DOLORES: ¿Por qué dices eso?

MARÍA: A mi padre le fusilaron. Se enteró Basilio.

DOÑA DOLORES: (*Después de un silencio*). Y tú..., ¿piensas volver a trabajar?

MARÍA: Sí, eso quería. Pero me imagino que ustedes no estarán en situación...

DOÑA DOLORES: (*Dirige una mirada interrogante a DON LUIS*). Nosotros, de momento...

DON LUIS: De momento, no.

MARÍA: No, si ya me parecía a mí. Yo lo que había pensado es que como he sabido que se ha muerto la Josefa, la criada de doña María Luisa la casera, que iba a ir a pretender allí. Aunque yo no soy como la Josefa, porque yo no entiendo tanto de cocina, y es una casa más importante. (*Rectifica, preocupada*). Bueno, sin hacer de menos.

DOÑA DOLORES: No te preocupes, María; habla con tranquilidad.

MARÍA: Pues eso... que quería preguntarles que qué les parece a ustedes que vaya a pretender a casa de doña María Luisa la casera.

DOÑA DOLORES: A mí me parece muy bien. No veo por qué no. Ella te conoce de la vecindad y sabe que eras buena chica. Con tus defectos, como todo el mundo.

MARÍA: Bueno, ya, eso sí. Lo que quería decirles es que si ella les pregunta, que le digan lo que quieran, que le digan la verdad de lo que piensen de mí, pero que no le cuenten esto que les he dicho.

DOÑA DOLORES: ¿Lo de Basilio?

MARÍA: No, eso ya lo sabrá. Lo de que los nacionales han fusilado a mi padre.

DOÑA DOLORES: ¡Ah!

MARÍA: (*Levantándose*). Como ella es como es...

DOÑA DOLORES: Descuida, mujer. No le diremos nada.

MARÍA: (*Yendo hacia la puerta*). Pues me voy a pasar ahora mismo, y así

aprovecho el viaje.

DOÑA ANTONIA: Yo también me voy.

DOÑA MARCELA: Hala, se levanta la sesión.

(Van todas hacia la puerta).

VOZ DE DOÑA DOLORES: Y vuelve a decirnos lo que te conteste doña María Luisa.

VOZ DE MARÍA: Sí, volveré.

VOZ DE DOÑA MARCELA: Antes de que te vayas, quiero decirte una cosa: eso es una charranada.

(DON LUIS, abatido, se ha dejado caer en una silla).

DOÑA DOLORES: *(Volviendo del recibidor)*. ¿Has estado en el Banco de España?

DON LUIS: Sí.

DOÑA DOLORES: ¿Y qué?

DON LUIS: Estampitas.

DOÑA DOLORES: ¿Qué dices?

DON LUIS: Pues eso... Que las ocho mil pesetas... Los billetes de cincuenta y los de cien y los dos de quinientas... Los he llevado, he ido a una ventanilla, los he entregado, según ordenaban en la prensa, y son estampitas... *(Se rebusca en los bolsillos y saca un papelito)*. Esto me han dado^[48].

DOÑA DOLORES: ¿Y eso qué es?

DON LUIS: Un papelito.

DOÑA DOLORES: ¿Y para qué sirve?

DON LUIS: Para limpiarte el culo.

DOÑA DOLORES: ¡Ay!, Luis.

DON LUIS: Como cualquier otro papelito.

DOÑA DOLORES: Pero, entonces, la numeración que daba Radio Burgos...

DON LUIS: Esa estaba bien. ¿No te acuerdas? Los que tenían esa numeración nos los gastamos hace dos meses en comprar carne de estraperlo.

DOÑA DOLORES: Bueno, pero decían...

DON LUIS: Decían, decían... Bulos, mujer, bulos... Los que nosotros guardábamos aquí, para cuando esto acabase, para el primer mes, eran estampas, cromos Nestlé de esos del niño...

DOÑA DOLORES: Y ahora... ¿qué hay que hacer?

DON LUIS: Pues uno de los que había allí, en la cola de entregar, aficionado a la marquetaría, esta tarde se iba a encerrar en su casa, a hacerle un marco al papelito. Otro no ha pasado por la ventanilla, en vista de cómo iban las cosas. Iba a empapelar el retrete con los billetes.

DOÑA DOLORES: Tendría muchos.

DON LUIS: A media altura, ha dicho. El más optimista decía que dentro de cincuenta años este papelito tendrá un gran interés histórico.

DOÑA DOLORES: Pues a mí, dentro de cincuenta años...

DON LUIS: Ya.

DOÑA DOLORES: No te preocupes, Luis. Saldremos adelante...

DON LUIS: Hombre, yo creo que sí.

DOÑA DOLORES: Porque todo tendrá que normalizarse.

DON LUIS: Claro.

DOÑA DOLORES: Y cuando esto se normalice... No digo yo que vaya a ser un mundo como el que pintaba Anselmo.

DON LUIS: No, me parece que eso no.

DOÑA DOLORES: ¿Sabes algo de él?

DON LUIS: No. Me he acercado a la calle del Olivar...

DOÑA DOLORES: Sí.

DON LUIS: De él no se volvió a saber nada...

DOÑA DOLORES: ¡Jesús!

DON LUIS: Ten calma.

DOÑA DOLORES: ¿Qué?

DON LUIS: No queda nadie. Al tío Ramón y a Manolo los fusilaron los nacionales nada más empezar esto. Juan murió en la batalla del Ebro^[49]. Dice Encarna que a lo mejor Damián se ha escapado a última hora por la frontera.

DOÑA DOLORES: ¡Dios mío!

DON LUIS: ¿Te acuerdas, Dolores? Tú decías que los revolucionarios habían hecho muchas barbaridades.

DOÑA DOLORES: Sí.

DON LUIS: Pues, por lo visto, todos eran revolucionarios.

DOÑA DOLORES: ¿Y...? (*Se interrumpe*).

DON LUIS: ¿Qué?

DOÑA DOLORES: No me atrevo a preguntar.

DON LUIS: Es natural. Pero, anda, ármate de valor.

DOÑA DOLORES: ¿Has estado en la oficina?

DON LUIS: Sí... Bueno, más bien he estado en el bar de enfrente. Luisito y yo ya no somos de las Bodegas.

DOÑA DOLORES: ¿Qué dices? Lo de Luisito puedo entenderlo, pero tú llevas doce años.

DON LUIS: Ya. Pero he fundado ese sindicato.

DOÑA DOLORES: Pero Luisito no ha fundado ningún sindicato.

DON LUIS: Pero yo le he fundado a él. No te preocupes, mujer, te lo cuento porque tengo que contártelo, pero todo se arreglará. No van a dejar que media España se muera de hambre.

DOÑA DOLORES: ¡Señor, y yo que estaba deseando que esto se acabase!

DON LUIS: Por lo menos, ahora no hay bombas.

(Ruido de la puerta al abrirse. Pasa corriendo, hacia el fondo de la casa, LUIS, sin detenerse en el comedor. Con él viene MANOLITA, agitada, con el peinado deshecho).

DOÑA DOLORES: ¿Qué pasa, Manolita? ¡Luis! ¿Adónde vas?

MANOLITA: No le preguntéis. Dejadle, dejadle un poco, que se tranquilice.

DOÑA DOLORES: (*Interrogante*). Pero...

MANOLITA: Le han pegado.

DON LUIS: ¿Qué dices?

DOÑA DOLORES: ¿A Luis?

MANOLITA: Sí, unos soldados... Un grupo... Yo he tenido la culpa... Ha sido por defenderme a mí... Me han dicho no sé qué, una burrada... Yo me he revuelto... No debí haberlo hecho, lo comprendo. Uno de ellos, que debía de estar borracho, me ha metido mano. Entonces, Luisito se ha ido hacia él. Le han pegado entre todos, le han tirado contra la pared. Uno de ellos le daba golpes con la pistola, así, en los costados...

DON LUIS: (*Yendo hacia la puerta*). ¿Y le han hecho mucho?

MANOLITA: No, papá, no vayas... Déjale. No le han hecho casi nada. Se han marchado en seguida. Lo peor ha sido el susto. El miedo y la vergüenza.

DON LUIS: ¿Y dónde ha sido?

MANOLITA: En la calle de Alcalá.

DON LUIS: Habría gente.

MANOLITA: Sí.

DON LUIS: ¿Y qué han hecho?

MANOLITA: Nada. ¿Qué van a hacer? Todos tienen miedo.

LUIS: (*Entra en este momento. Da la impresión de haberse peinado y aseado un poco*). Hola, papá. Hola, mamá. (*Da un beso a cada uno*).

DOÑA DOLORES: (*Abrazándole*). Hijo mío.

DON LUIS: Ya nos ha contado Manolita... Has hecho lo que te correspondía, Luis. Y seguramente también los soldados han hecho lo que les correspondía. Y la gente. Pero tú ten cuidado, no está la calle para bromas si no llevas un carné.

LUIS: Ya.

DON LUIS: ¿Y la matrícula? ¿Qué te han dicho en el Instituto?

LUIS: No puedo matricularme.

DOÑA DOLORES: ¿No? ¿No te puedes examinar?^[50]

LUIS: Por ahora, no. Estos exámenes son sólo para ex combatientes. O

para los que vengan de la otra zona. Nosotros tenemos que esperar.

(Suena el timbre de la puerta. DOÑA DOLORES va a abrir).

DON LUIS: ¿Hasta cuándo?

LUIS: Pues..., éstos van a ser para mayo... Supongo que hasta septiembre.

(El que acaba de llegar es PABLO. Viene vestido con un traje nuevo. Con él entra en el comedor DOÑA DOLORES).

PABLO: Buenos días, don Luis. Hola, Manolita. ¿Cómo estás, Luis?

LUIS: Bien, ¿y tú?

PABLO: Ya ves.

DON LUIS: Pasa, pasa.

DOÑA DOLORES: Siéntate, anda.

PABLO: Venía a despedirme.

LUIS: ¿Te marchas?

PABLO: Sí, con mis padres. Ya te dije. Han venido anoche.

LUIS: *(A los demás)*. A su padre le han destinado a Barcelona.

PABLO: Sí; como le pilló en la otra zona, le hicieron director de Correos en La Coruña, y ahora le trasladan. Ha venido aquí para levantar la casa con mamá.

MANOLITA: Escribirás de vez en cuando, ¿no? A Luis.

PABLO: Sí, claro. Nos escribiremos.

DON LUIS: Oye, ¿y tus hermanos, los mayores? Porque uno de ellos tenía unas ideas un tanto... avanzadas... Luis nos lo dijo.

PABLO: Sí, el decía que era comunista. Pero yo creo que no estaba muy enterado. Ése era Jerónimo. El otro, no. El otro era más bien de Falange. ¡Menudas discusiones armaban! En cuanto empezó esto Salvador se apuntó en seguida. Bueno, y poco después, también Jerónimo. Y mi padre.

LUIS: ¿Ah, sí?

PABLO: ¡A ver!

DON LUIS: ¿Y cómo... cómo están?

PABLO: Bien, muy bien. Jerónimo se ha hecho aviador. Salvador va a seguir con Medicina. Dice que en dos cursillos intensivos de tres meses la acaba. Claro, como les pilló allí...

LUIS: Estará contento tu padre.

PABLO: Sí, está muy contento. En Barcelona le han dado un piso estupendo, que cabemos todos. No como el de aquí. Y además, yo como ahora estamos más desahogados, si quiero, en vez de Magisterio, cuando acabe el Bachillerato puedo entrar en la Escuela de Ingenieros, que es lo que de verdad me gusta.

DOÑA DOLORES: Oye, ¿y Florentina, vuestra criada?

PABLO: La pobre está deshecha. Cuando se marcharon las brigadas, hace un año, se fue su marido. Pero ahora, como han ganado los nacionales, pues piensa que no le volverá a ver nunca. Y se ha pasado todo el mes llorando. Se viene con nosotros.

DOÑA DOLORES: Siento no poderte ofrecer una copa, unas galletas... Pero, de verdad, no tenemos nada.

PABLO: No, si ya... ya lo comprendo. No me atrevía a decíroslo, Luis, pero mi padre ha traído algunas botellas. Y me ha dicho... (*Habla directamente a DON LUIS*) ... que le subiera a usted ésta. (*Le entrega una botella envuelta en papel*). Es anís.

DON LUIS: (*Coge la botella, la desenvuelve, va al aparador la descorcha*). Dale las gracias, Pablo, pero muy de corazón. Y dile que siento no tener nada para corresponder. (*Al ver la marca del anís*). La competencia. No hay mal que por bien no venga. Antes no podía beber otro anís que no fuera el nuestro. Era la consigna. Pero como me han despedido...

PABLO: ¿Le han despedido a usted? (*Echa una mirada a LUIS*).

DON LUIS: Y a ti, Luisito, a ti también. Pero ahora no se trata de eso. (*Va sirviendo las copas que DOÑA DOLORES ha colocado sobre la mesa*). Ahora se trata de que, por esa feliz circunstancia, vamos a tomarnos todos una copita de «Las Cadenas» que, aquí entre nosotros, es mucho mejor. ¿Ves tú,

Dolores? Decías que no teníamos nada para ofrecer a nuestro amigo y, de pronto, ¡milagro!, una copita de anís de la mejor calidad. (*Alza su copa*). Por vuestra suerte, Pablo.

PABLO: Gracias. Y porque ustedes también la tengan.

(Todos brindan y beben).

EPÍLOGO

Campo muy cerca —casi dentro— de la ciudad. La luz de un sol pálido, tamizada por algunas nubes, envuelve las zonas arboladas y los edificios destruidos. Se oye el canto de los pájaros y los motores y las bocinas de los escasos coches que van hacia las afueras.

(Por entre las trincheras y los nidos de ametralladoras pasean LUIS y su padre).

DON LUIS: Aquello era el Hospital Clínico. Fíjate cómo ha quedado.

LUIS: Eso es una trinchera, ¿no?

DON LUIS: Claro. Te advierto que quizá sea peligroso pasear por aquí. Toda esta zona estaba minada.

LUIS: Pero ya lo han limpiado todo. Lo he leído en el periódico. ¿Sabes, papá? Parece imposible... Antes de la guerra, un día, paseamos por aquí Pablo y yo... Hablábamos de no sé qué novelas y películas... De guerra, ¿sabes? Y nos pusimos a imaginar aquí una batalla... Jugando, ¿comprendes?

DON LUIS: Sí, sí...

LUIS: Y los dos estábamos de acuerdo en que aquí no podía haber una guerra. Porque esto, la Ciudad Universitaria, no podía ser un campo de batalla... Y a los pocos días, fíjate...

DON LUIS: Sí, se ve que todo puede ocurrir... Oye, Luis, yo quería decirte una cosa... Es posible que me detengan...

LUIS: ¿Por qué, papá?

DON LUIS: Pues... no sé... Pero están deteniendo a muchos... Y como yo fundé el sindicato... Y nos incautamos de las Bodegas...

LUIS: Pero ¿eso qué tiene que ver? Era para asegurar el abastecimiento a la población civil... Era un asunto de trabajo, no de política. Y aunque lo fuera: el Caudillo ha dicho que los que no tengan las manos manchadas de sangre...

DON LUIS: Ya, ya... Si a lo mejor no pasa nada... Pero están deteniendo a muchos, ya te digo, por cosas como ésa... Yo lo que quería decirte, precisamente, es que no te asustaras... Creo que hacen una depuración o algo así...

LUIS: ¿Y eso qué es?

DON LUIS: Pues... todavía no se sabe bien... Llevan a la gente a campos de concentración...

LUIS: ¿Como a los de las últimas quintas?

DON LUIS: Sí, algo así. Pero por estas cosas supongo que, al fin, acabarán soltándonos...

LUIS: Papá, hablas como si ya te hubieran detenido.

DON LUIS: Bueno, yo lo que quiero decirte es que, si pasa, no será nada importante. Pero que, en lo que dure, tú eres el hombre de la casa. Tu madre y tu hermana calcula cómo se pondrían las pobres... Tú tendrías que animarlas.

LUIS: Sí, no sé cómo.

DON LUIS: Pues les dices que, estando yo parado, al fin y al cabo, una boca menos.

LUIS: Qué cosas dices.

(Un silencio. El padre ha sacado un pitillo, lo ha partido y le da la mitad a su hijo. Lo encienden).

DON LUIS: *(Dando una profunda bocanada).* Qué malo es, ¿verdad?

LUIS: Sí, papá. Pero se fuma... Me parece que, te detengan o no, nos

esperan malos tiempos, ¿verdad?

DON LUIS: A mí me parece lo mismo, pero hay que apechugar con lo que sea.

LUIS: Hay que ver... Con lo contenta que estaba mamá porque había llegado la paz...

DON LUIS: Pero no ha llegado la paz, Luisito: ha llegado la victoria. He hablado con doña María Luisa. ¿Te acuerdas que alguna vez le llevé un kilo de bacalao?

LUIS: Sí.

DON LUIS: Prometió pagarme el favor. Por mí no puede hacer nada, porque hay que esperar a que me depuren... Pero dice que un amigo suyo a ti podría colocarte.

LUIS: Bueno. Y al mismo tiempo estudio.

DON LUIS: Eso habíamos dicho. Al principio te será fácil porque la Física la sabrás de memoria.

LUIS: Sí, he estudiado bastante.

DON LUIS: Pero ¿has estudiado Física roja o Física nacional?

LUIS: Y... ¿de qué me puede emplear el amigo de doña María Luisa?

DON LUIS: *(Antes de contestar echa una mirada de reojo a su hijo. Duda un poco y contesta con una sonrisa)*. De... de chico de los recados.

LUIS: ¡Ah!

DON LUIS: No he encontrado otra cosa, Luis. Pero él dice que es de mucho porvenir. Están montando una oficina de importación y exportación. Y, de momento, no son más que tres o cuatro, todos de la otra zona. Tú serías el quinto.

LUIS: Sí, el chico de los recados.

DON LUIS: Compréndelo. Hay que llevar dinero a casa —del que vale, no de las estampitas ésas— a gastar en trapos y en pinturas. Y lo de «chico de los recados» lo digo un poco en cachondeo. Es que dicen que al principio todos tendrán que arrimar el hombro, y habrá que llevar paquetes y cosas de un lado a otro.

LUIS: Ya, ya.

DON LUIS: Para ese empleo te vendría bien la bicicleta que te iba a comprar cuando pasase esto, ¿te acuerdas?

LUIS: Ya lo creo. Yo la quería para el verano, para salir con una chica.

DON LUIS: ¡Ah!, ¿era para eso?

LUIS: No te lo dije, pero sí.

DON LUIS: Sabe Dios cuándo habrá otro verano.

(Siguen paseando).

TELÓN

A handwritten signature in black ink, written in a cursive style. The signature is written over a horizontal line that extends across the width of the page. The signature itself is somewhat stylized and difficult to read, but it appears to be a name.



FERNANDO FERNÁN GÓMEZ. Actor, director, guionista y escritor, Fernando Fernán Gómez es uno de los nombres esenciales del panorama cinematográfico y literario español, por la pluralidad de su talento, su extensa y variada trayectoria artística y su carácter acerbo e independiente.

Nacido en Lima (Perú) el 28 de agosto de 1921. Pronto le llegó su salto al cine, llegando a protagonizar casi 200 películas y dirigir más de una veintena.

Por su trabajo de actor, director y autor teatral recibió los máximos galardones de las Artes Escénicas: Príncipe de Asturias de las Artes, Seis premios Goya, el Oso de honor del Festival de cine de Berlín, Premio Donostia a toda su trayectoria, o el Premio Nacional de Teatro.

Pero paralelamente Fernando Fernán Gómez se interesó por la escritura teatral y la adaptación de guiones, lo que lo llevó más adelante a escribir varios volúmenes de ensayos y once novelas. Fue un gran éxito su autobiografía en dos volúmenes, *El tiempo amarillo* pero su éxito más clamoroso lo obtuvo con una pieza teatral prontamente llevada al cine, *Las bicicletas son para el verano*, sobre sus recuerdos infantiles de la Guerra Civil.

Fue elegido miembro de la Real Academia Española, y tomó posesión del sillón B el 30 de enero de 2000. También se dedicó a la tarea periodística como articulista, colaboró con *Diario 16* y el suplemento dominical de *El País* y *ABC*.

Falleció en Madrid el 21 de noviembre de 2007, a los 86 años de edad. Su despedida, al más puro estilo teatral, se realizó en el Teatro María Guerrero de Madrid, su féretro fue recubierto con una bandera rojinegra anarquista.

Notas

[1] «Proye» es el Cine Proyecciones. Con el Bilbao, citado antes, siguen estando en la calle de Fuencarral, entre las glorietas de Bilbao y Quevedo. Sitúan el lugar de la acción, el barrio de Chamberí; y las películas enunciadas, la fecha: el verano de 1936. La preferencia por *Rebelión a bordo* frente a *Vuelan mis canciones* (una fantasía sobre la vida de Schubert, interpretada por los cantantes Jan Kiepura y Marta Egghert) subraya la tendencia de la aventura de los personajes, dentro de un ambiente de época.

<<

[2] El Instituto Escuela fue una creación de la Institución Libre de Enseñanza para aplicar sus métodos al Bachillerato. Estaba en la calle de Serrano; es hoy el Instituto Ramiro de Maeztu. Las alusiones marcan la diferencia entre los muchachos de barrio y los de una cierta aristocracia intelectual. El «Ojo de Lagarto» lo sitúa el autor en las inmediaciones del actual —y ya entonces— Museo de Ciencias Naturales; admite que el nombre podría habérselo dado su propio grupo infantil. <<

[3] Títulos como *El tanque número 13* y *Sin novedad en el frente* (esta última de Erich Maria Remarque) indican, como en el caso de las películas citadas, la preferencia por la violencia, a pesar de que las dos fueron novelas con intención pacifista. <<

[4] Abisinia-Etiopía. En guerra entonces contra la invasión italiana. <<

[5] La Ciudad Universitaria de Madrid fue, en efecto, y como se verá en el desarrollo de la obra, centro de combates durante años. Subraya la incongruencia de la guerra civil, aun vista a días de distancia de ella. <<

[6] *Ahora*, diario en formato reducido y con páginas en huecograbado, reproducía la fórmula de *A B C*, pero con ideología republicana. Señala la política del personaje. <<

[7] José María Gil Robles, jefe de la C.E.D.A. (Confederación Española de Derechas Autónomas), ministro de la Guerra en el gobierno de Lerroux, aspiraba al poder absoluto (trescientos diputados) en las elecciones del 16 de febrero de 1936 en las que ganó el Frente Popular. Gil Robles, sin embargo, no fue aceptado por Franco; pasó parte de su vida en el exilio de Portugal y, al instaurarse la democracia en España, no consiguió ser diputado. <<

[8] En las elecciones nacionales de febrero de 1936 triunfó el Frente Popular, una coalición de todos los partidos políticos de izquierdas (los partidos considerados antifascistas). Esta victoria siguió a la formación del Frente Popular en Francia (el año anterior) y anticipó la victoria del mismo, en Francia, en la elecciones de abril de 1936. Lógicamente la política del nuevo gobierno español era anticlerical. Su meta, la separación absoluta de Iglesia y Estado y el desarrollo de un sistema educativo laico. <<

[9] *Cinegramas*, fundada en 1934, una de las muchas revistas populares dedicadas al cine, destinaba páginas a publicar fotografías de lectores y lectoras que aspiraban a ser «estrella». No se recuerda que ninguno de aquellos aspirantes consiguiera sus propósitos, al menos por esa vía. <<

[10] José Calvo Sotelo, jefe de la oposición contra el Frente Popular, fue asesinado el 13 de julio de 1936. El dato sitúa la acción de la obra al día siguiente. <<

[11] El Teatro Martín, en la calle de Santa Brígida, dedicado entonces exclusivamente a la revista considerada audaz. <<

[12] El teniente Castillo, de la Guardia de Asalto, fue asesinado por pistoleros derechistas a la salida de su casa en la calle de Augusto Figueroa; durante la guerra civil dicha calle se llamó del Teniente Castillo. <<

[13] Las Casas del Pueblo, predominantemente socialistas, tuvieron en un principio un propósito cultural y de enseñanza, como los Ateneos Libertarios de los anarquistas; trataban de suplir la carencia de la enseñanza para las clases trabajadoras. Se concebía la cultura popular como un arma. <<

[14] Se llamaron «Chíbiris» (por el estribillo de una canción popular que entonaban a coro) a grupos festivos de izquierdas que solían ir a merendar a la Casa de Campo, que la República había convertido en propiedad colectiva; antes lo era de la Corona. Llevaban unos gorros parecidos a los de los marineros americanos, llamados «merengues» por su forma. A veces eran atacados por grupos falangistas; así fue asesinada Juanita Rico, a unos metros de la casa de la calle de Álvarez de Castro, donde vivía Fernán Gómez y sucede la acción de la obra, en el verano de 1936. <<

[15] José Mojica, actor y cantante mejicano que se retiró en pleno éxito para profesar en una orden religiosa. Las continuas alusiones al cine y a sus personajes señalan un ambiente real de la época en la que el cine se «descubría» como un arte popular, mientras el teatro seguía dedicado principalmente a la burguesía. <<

[16] El Protectorado era una franja en el norte de Marruecos controlado por España hasta 1956. Las principales ciudades de esta zona era Tetuán y Tánger. <<

[17] La sierra de Guadarrama, donde se organizó la primera resistencia frente a las fuerzas que bajaban de Castilla sobre Madrid. «Miliciano» fue una antigua palabra a la que se dio un nuevo sentido, el de voluntario civil frente a los «soldados» del Ejército regular. <<

[18] Situado en la Montaña de Príncipe Pío, donde hoy está el Templo de Debod. Hay un monumento en homenaje a sus defensores. Los militares sublevados se hicieron fuertes en él, pero fueron asaltados por los milicianos.

<<

[19] «Paseo» es una palabra tomada del cine de los Estados Unidos, que reproducía el lenguaje de los «gánsters»: la invitación a «dar un paseo» a la víctima suponía sacarla del casco urbano y asesinarla en un descampado. <<

[20] Numerosas embajadas practicaron el derecho de asilo, y acogieron en sus edificios a personas perseguidas. Nunca fueron asaltadas. Muchas veces se permitió la salida de los refugiados hacia el extranjero en coches protegidos por la bandera del país de asilo. Hay alguna literatura sobre esas situaciones, desde el punto de vista de los perseguidos y asilados, principalmente *Una isla en el mar Rojo*, de Wenceslao Fernández Flórez, y *Madrid, de Corte a checa*, de Agustín de Foxá. <<

[21] María Guerrero: una de las actrices más famosas del teatro español moderno. <<

[22] Celia G3amez: famosa actriz del cine (argentina). <<

[23] El acuerdo de No Intervención fue firmado el 28 de agosto de 1936 por veintiocho países: obligaba a los pactantes a no participar en la guerra de España bajo ningún concepto. En la zona republicana se consideró «en sentido único», aludiendo a que Alemania, Italia y Portugal siguieron combatiendo directamente junto a Franco, mientras las democracias abandonaban a la República. <<

[24] «Pacos»: francotiradores. El vocablo procede de la «guerra de África» (o de colonización de Marruecos) y es onomatopéyico, por el ruido del disparo y de su eco rompiendo la calma. <<

[25] Las Juventudes de Acción Católica donde se ejercía una labor cultural, catequética y recreativa, pero también política. Fernando Fernán Gómez perteneció a la Mariano-Alfonsiana, que tenía su sede en la iglesia del Perpetuo Socorro, en la calle de Manuel Silvela. <<

[26] Parece referirse al Congreso Internacional de Escritores, que se inauguró en Valencia, el 4 de julio de 1937, para trasladarse a Madrid, ya cercado, donde continuó en la Residencia de Estudiantes de la calle del Pinar, mientras a unos kilómetros sucedía la batalla de Brunete. Hay testimonios de Malraux, Hemingway, André Chamson, Louis Aragón, Dos Passos; entre los españoles, de Bergamín y de Alberti. Sin embargo, el contexto de acontecimientos de estas escenas (combates en la Ciudad Universitaria, salida del Gobierno hacia Valencia) son anteriores y se refieren a noviembre de 1936. <<

[27] Cuando el gobierno abandona la capital, para trasladarse a Valencia, se le encarga al General Miaja la organización de la Junta de Defensa de la capital.

<<

[28] Dolores Ibárruri, La Pasionaria: diputado en Las Cortes por el partido comunista; famosa por su oratoria y por los discursos que pronunció con el interés de animar a un pueblo abatido en su lucha contra el fascismo. <<

[29] La Internacional: el himno del Partido Comunista. <<

[30] Las Brigadas Internacionales: voluntarios de todo el mundo que acudieron a España para luchar contra el fascismo y en la defensa de la República. Los voluntarios norteamericanos formaron las Brigadas Lincoln, los italianos las Brigadas Garibaldi, *etc.* <<

[31] Himno revolucionario eslavo, convertido con la letra traducida y adaptada en el de los libertarios españoles. <<

[32] Grupo generacional de novelistas españoles populares que, junto a otros (Alberto Insúa, Rafael López de Haro, «El caballero audaz»...) escribían, con mejor o peor fortuna literaria, novelas costumbristas impregnadas de erotismo. <<

[33] *CNT* fue el título de un diario fundado en la guerra civil que correspondía a la ideología del sindicato libertario. *A B C*, el viejo periódico monárquico, fue incautado por el Partido Socialista y no interrumpió nunca su publicación.

<<

[34] «No pasarán» fue el lema que se utilizó en Madrid, durante el asedio, para animar la población a la defensa de su ciudad. <<

[35] Chicote: famoso bar de Madrid, en la Gran Vía <<

[36] La ciudad de Burgos fue la sede central de las operaciones nacionales (las de Franco) durante la Guerra Civil. «Radio Burgos» fue el órgano de difusión de noticias oficial del ejército franquista durante la guerra y la inmediata posguerra. <<

[37] Pablo Iglesias: Fundador del Partido Socialista Obrero Español (PSOE).

<<

[38] Durruti, famoso líder anarquista. Así se aclara de manera explícita lo que intuimos en el discurso político de Anselmo, en la parte I, capítulo 9. <<

[39] El saludo revolucionario. Durante estos años, en la zona republicana, «salud» sustituyó a «adiós». <<

[40] Las lentejas se convirtieron en el símbolo de la resistencia: «Píldoras de la resistencia del Dr. Negrín», fueron llamadas. Bien porque en la zona republicana continuaba su cultivo, bien por importaciones masivas, fueron la alimentación básica del Madrid cercado, junto con las «chirlas» (almejas pequeñas), los «chicharros» (pescados de baja calidad) y algunas hortalizas.

<<

[41] Arsenio Lupin: protagonista de novelas policíacas escritas por el escritor francés Maurice Leblanc (1864-1941). <<

[42] «Si hubieran ayudado las potencias democráticas»: este comentario de don Luis apunta a una teoría aceptada por muchos de que ésta fue una de las causas principales de la derrota de la República. Mientras las democracias (Francia, Inglaterra, Estados Unidos) acataban el acuerdo de «No Intervención», Hitler y Mussolini no hicieron lo mismo. La aviación alemana, tropas italianas y suministros de todo tipo que llegaban a las zonas nacionales le dieron una clara ventaja a Franco. <<

[43] Máximo Gorki: escritor y revolucionario ruso (1868-1936). <<

[44] «Obús» es una pieza gruesa de artillería, palabra de origen francés. En la guerra civil se aplicó al proyectil de obús, y en esa acepción está admitida por la Real Academia. <<

[45] El bombardeo de pan existió en la realidad: pequeñas barras de las llamadas de Viena envueltas en papel con la bandera llamada entonces monárquica, hoy nacional. Fue fabricado especialmente para esta ocasión, para dar la sensación a la población cercada y hambrienta de la abundancia de los sitiadores, pero en realidad ya no existía en su filas. Fue el último pan blanco que vieron los madrileños hasta pasados muchos años. La victoria tampoco trajo el pan. <<

[46] «No vale ningún divorcio de estos de la zona roja. Ni los divorcios ni los matrimonios...»: en boca de la graciosísima doña Marcela se coloca otra referencia más a la cambiante situación social y política. En efecto, nada más concluida la guerra, el régimen de Franco puso en marcha todo un programa para deslegitimar todas las normas y leyes «anticatólicas» institucionalizadas por el gobierno republicano. <<

[47] Las «depuraciones» trataron de discriminar los comportamientos durante la guerra civil en la zona republicana. Generalmente consistía en las respuestas juradas a un cuestionario, al que había que añadir avales de personas de garantía. Eran una forma menor de la represión, aunque la palabra «depuración» pueda aplicarse, también, con un carácter general a todas las medidas de castigo. <<

[48] Los billetes y monedas acuñados por la República fueron declarados sin ningún valor; fueron admitidas, con diversos porcentajes, series de billetes inmediatamente anteriores a la guerra civil. Las cuentas bancarias y de caja de ahorros sufrieron el mismo tratamiento, en relación con las fechas de los ingresos efectuados. <<

[49] La batalla del río Ebro, cerca de Cataluña, fue una de las más cruentas y determinó el desenlace final de la Guerra Civil a favor de las tropas insurrectas. <<

[50] Todas las papeletas de examen y títulos académicos expedidos durante la guerra civil fueron anulados. <<